

COLECCIÓN ANIVERSARIO

Fábula y vida



Juan Chabás
con prólogo de Ana Vilorio Iglesias y
José Antonio Portuondo

COLECCIÓN ANIVERSARIO

Fábula y vida



Juan Chabás
con prólogo de Ana Vilorio Iglesias y
José Antonio Portuondo



Ediciones UO



Primera edición: Universidad de Oriente,
Santiago de Cuba, 1955

Edición y composición: Carlos Manuel
Rodríguez García

Diseño de cubierta: Adrian Amed Garcia
Jardines

Imagen de cubierta: viñeta de Juan Chabás
publicada en la primera edición
de este libro

© Herederos de Juan Chabás, 2022

© Sobre la presente edición
Ediciones UO, 2022

ISBN: 978-959-207-701-0

EDICIONES UO

Ave. Patricio Lumumba no. 507

entre Ave. de las Américas y Calle 1ra

Reparto Jiménez, CP 90500

e-mail: edicionesuo@gmail.com

www.facebook.com/edicionesuo

página web: <https://ediciones.uo.edu.cu>

Este texto se publica bajo licencia Creative Commons *Atribucion-NoComercial-NoDerivadas* (CC- BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático, su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, por fotocopia u otros) siempre que se indique la fuente cuando sea usado en publicaciones o difusión por cualquier medio.

Se prohíbe la reproducción de la cubierta de este libro con fines comerciales sin el consentimiento escrito de los dueños del derecho de autor. Puede ser exhibida por terceros si se declaran los créditos correspondientes

Prólogo

La Universidad de Oriente celebró el 10 de octubre de 2022 el 75 aniversario de su fundación. En el contexto de las actividades conmemorativas por esta efeméride, la Alta Casa de Estudios presenta a la consideración del lector contemporáneo el libro *Fábula y vida* (1955, primera edición) del intelectual español Juan Ambrosio Chabás Martí (Denia, Alicante, 1900 – La Habana, 1954). Es conveniente significar que se trata de un texto poco divulgado en los predios educativos e instituciones culturales, al menos en nuestra ciudad.

La publicación inicial aparece prologada en la impresión de 1955 por el letrado cubano Dr. José Antonio Portuondo Valdor (Santiago de Cuba, 1911 – La Habana, 1996). En su exposición, el docto profesor, crítico e investigador enfatiza: “este manojo de cuentos que el propio Chabás dejara preparado ya para las prensas [...] revela su dominio de un género poco frecuentado por los escritores españoles contemporáneos, un tanto olvidados [...], de la herencia de ‘Clarín’” (1955, p. 13).

Dentro de este marco referencial el citado académico señala algunas intertextualidades del escritor alicantino con temas y técnicas afines abordados por el cine, literatos precedentes y coetáneos a Chabás, así como artistas plásticos visibles o sugeridos. En relación con esta figura es pertinente ofrecer algunas consideraciones que ilustran la importancia de Juan Chabás en el universo iberoamericano en general y el cubano en particular.

En el primer caso, cabe subrayar el año 1898 en España, momento de confusión y decadencia caracterizado por una cuádruple crisis: derrota militar, dificultades económicas, precaria

situación cultural, desorientación general en lo político, entre algunos de los hitos significativos.

Ahora bien, en este contexto un grupo de intelectuales, prioritariamente escritores, tratan de enfrentar los conflictos; con ellos alcanza la literatura española un espíritu de excelencia solo superado en los Siglos de Oro. Se les ha dado el nombre de Generación del 98 por haberse dado a conocer alrededor de esa fecha, año emblemático en la historia y cultura ibera, también enlazada al gran intercambio con la renovación literaria latinoamericana denominada modernismo.

Consecuente con lo anterior, los integrantes de la Generación del 98 se caracterizan, *grosso modo*, por la preocupación de España y el propósito inmediato de incorporar al país a las corrientes ideológicas y culturales del resto de Europa, a partir de un espíritu de rebeldía, protesta y crítica que se manifiesta en la obra que sus integrantes desplegaron.

Un rasgo *sui generis* es la representación de Castilla como símbolo de integración nacional, por eso muchos de sus temas giran alrededor de la vida, los paisajes, las costumbres y los tipos humanos castellanos; en esta perspectiva se distingue el empeño por el enriquecimiento del idioma español al que incorporan nuevas voces de diferentes orígenes. Hay diversos criterios sobre los componentes de la “generación del 98 o grupo del 98”, pero es concluyente la calidad literaria que exhibieron todas esas personalidades, así como sus disímiles posiciones ideológicas con el devenir del tiempo. No obstante, se atribuyen semejanzas aplicables al conjunto en tanto todos pertenecen a la clase media, proceden de la periferia, los caracteriza una voluntad de singularidad también denominada esnobismo o exhibicionismo, una pasión y vehemencia identificadas como “dolor de España”.

En esa misma línea, en la primera década del siglo xx, se reconoce, además, la labor del denominado novecentismo o posmodernismo. Sus principios estéticos y éticos convergen con las inquietudes de los noventayochistas; no obstante, este círculo ilustre de pensadores comprometido con el contexto de crisis y los procedimientos para oponerse a la misma consiguió un estilo más objetivo y catedrático.

Quizás por esa razón, aunque algunos de ellos fueron exitosos novelistas (Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala), en la mayoría hay más condiciones para la ensayística. El ensayo atesora importantes antecedentes eruditos, por ejemplo, Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912) y sigue sus pasos Ramón Menéndez Pidal (1869-1968).

Estos mentores inspiraron a los novecentistas entre los cuales se destaca el polémico José Ortega y Gasset (1883-1953), el pensador que más influyó en la ideología hispánica en la primera mitad del siglo xx. Todos sus libros, ensayos y trabajos tienen un enfoque filosófico en correspondencia con el sistema de ideas de los filósofos alemanes. Sus conceptos estéticos los expone en dos excelentes ensayos: “La deshumanización del arte” (1925) y en “Ideas sobre la novela”.

En 1927, con motivo del tricentenario de la muerte Luis de Góngora y Argote, y a iniciativa del poeta torero Ignacio Sánchez Mejías, un grupo de jóvenes intelectuales organizaron un homenaje al poeta cordobés. Esto trajo como resultado un hito fundacional en la historia cultural en España. Ese acto inaugural revalorizó la vigencia de Góngora como poeta barroco, a la vez, rubricó su influencia en los autores líricos del 27; además, trascendió la modernidad de esta joven generación al integrarse a los movimientos innovadores que, desde mucho antes, se habían generalizado en el resto de Europa, no así en España tal vez por el mismo brillo, espíritu independiente y calidad personal de la Generación del 98, también por la tendencia a la asincronía que caracteriza a la literatura española.

La principal tarea de la Generación del 27 estuvo encaminada a europeizar la producción poética española. En este sentido, incorporó en ella las corrientes simbolistas y surrealistas que, hasta ese momento, era patrimonio casi absoluto en la poesía de Juan Ramón Jiménez.

Son necesarias otras precisiones. En este grupo influyeron Juan Ramón Jiménez y los autores vanguardistas. No tienen un único estilo, en cambio sí una similar concepción poética: renovar el lenguaje en busca de la perfección formal y conceptual, cargado de lirismo.

Entre los autores de la Generación del 27 no hay un solo estilo. Cada uno tuvo su voz personal. Se produjo una evolución estilística clara que permite hablar de diferentes etapas. Básicamente, se estimuló una transformación desde una poesía formal y vanguardista hacia una poesía más humanizada y comprometida.

En pocas palabras, a partir de 1927 a 1939, de acuerdo con varios enfoques (Dámaso Alonso, Lázaro Carreter entre otros), se pueden yuxtaponer fases más o menos manifiestas. Hasta 1927 se observó la influencia de los -ismos y la poesía pura. Tras esa fecha, en contraste, se percibió el cansancio del formalismo; en cambio, al estallar la Guerra Civil (1936-1939), hubo un giro hacia la humanización e implicación política y social. Tras la guerra ocurrió el éxodo, el exilio y la añoranza de la patria perdida y un predominio ideológico en España del existencialismo.

En suma, la etapa de 1898 a 1939 es pródiga en grupos generacionales que de alguna manera se interrelacionan. Tienen una edad aproximada. Poseen un nivel de formación intelectual que les permitió realizar una buena labor en la crítica y la investigación. Participaron en varios actos comunes. No rompen con la generación anterior, aunque intentan —cada uno— un lenguaje literario personal. En su primera época, no hay enfrentamiento ideológico; son abiertos, liberales y progresistas, por lo general. A algunos les preocupa mucho lo religioso o trascendente, aunque en el caso de los integrantes del 27 no sea este el tema.

La Guerra Civil Española así como la posterior e inmediata larga etapa de posguerra, solo dieron espacio a dos actitudes prioritarias: silenciarse o politizarse por completo en uno u otro bando contingente. Ambos adversarios estaban preocupados por la defensa y propaganda de las ideas por las que combaten, más que por su estilo. Bajo estas premisas y sugerencias de la lucha, la calidad de la literatura decrece con escasas excepciones, aunque toma tintes humanos, dramáticos, populares y apasionantes.

A tenor de lo anterior, partir de 1939 hasta muchas décadas subsiguientes sobreviene el exilio. A la politización anterior se une la angustia de haber perdido la guerra, la búsqueda de una nueva vida fuera de España, el fondo de una Segunda Guerra Mundial. Desde el exilio a la muerte o la vuelta se advierte una cicatri-

zación parcial de los lastimados; un esfuerzo por encontrar los últimos caminos de su poesía y el éxito.

En este contexto histórico-cultural convulso se inserta el español Juan Chabás. Compartió su vocación poética juvenil con Dámaso Alonso y, como este, sus primeras publicaciones se concibieron en verso. Dedicó la mayor parte de su actividad literaria a la prosa narrativa y crítica.

Tras la derrota sobrevino el exilio. Diversos países de Europa, Latinoamérica, y Estados Unidos se convirtieron en los nuevos espacios geográficos de estos intelectuales y de miles de hispanos. Cuba acogió a Manuel Altolaguirre, Concha Méndez y Juan Chabás por solo citar a algunos. Las propias circunstancias de los escenarios territoriales que socorrieron a los emigrados prescribieron el giro asumido en la obra de los españoles del éxodo.

En el caso concreto de Juan Chabás, Santiago de Cuba fue la provincia que acogió al distinguido experto. La recién fundada Universidad de Oriente recibió al escritor como miembro de su claustro en condición de profesor de Literatura Española en la Facultad de Filosofía y Educación de 1949 hasta 1954, al decir del Dr. José Antonio Portuondo. Cultura y vivencias extraordinarias fueron las divisas transmitidas por él a los estudiantes, a los profesores y a aquellos que fueron sus nuevos receptores y amigos.

En la Universidad de Oriente aconteció la primera edición de *Fábula y vida* (1955). En el prefacio de José Antonio Portuondo como primer dato relevante se señala la humanidad diversa presente en los temas e influencias de estos siete relatos, escritos, por demás en años y circunstancias diferentes.

Para iniciar se debe advertir la sugerencia del título *Fábula y vida*, es decir, un sintagma nominal compuesto por dos sustantivos entre los que se establece una relación semántica enlazada por la conjunción y, es decir, se forma una concordancia directa entre ellos.

La fábula es un género literario, un tipo de relato breve de ficción que tiene una intención didáctica y moralizante. Por eso, suele estar acompañado de una moraleja, es decir, una enseñanza explícita sobre la interpretación del relato. Sirve para divulgar

y enseñar valores, así como para sancionar aquellas conductas que resultan negativas. Es una forma antigua que, antes de la escritura, se transmitía por tradición oral.

La palabra fábula procede del latín *fabŭla*, que tiene el mismo origen que “habla”. De allí que el término se relacione con el acto de contar historias, normalmente inventadas, o sea, de ficción. Fábula también puede referirse a una historia falsa, una invención, un rumor o habladuría.

Dentro de sus rasgos más característicos, podemos mencionar su brevedad y popularidad; el relato posee un orden lineal, sin saltos temporales; son educativas o moralizantes, atemporales; los personajes representan arquetipos; en términos generales, se conoce la siguiente estructura: situación inicial, conflicto, desenlace o solución, moraleja.

La fábula posee, casi siempre estos fundamentos: narrador en tercera persona, personajes (humanos, divinos, animales u objetos animados), acontecimientos. Son diversas según el tipo de relato y personajes. En el caso del texto de Juan Chabás pueden observarse las clasificadas como de situación y humanas.

Las fábulas fueron importantes en España en la literatura medieval y renacentista, así como en el Siglo de Oro y en el clasicismo del siglo XIX; también se observa su impronta en autores del siglo XX y XXI aunque sin el carácter de tendencia literaria que poseyó en épocas precedentes.

En *Fábula y vida* todas las narraciones exhiben una intención ética, unas veces perceptibles y otras sugeridas, pero omnipresente, ya sea expresada en una frase breve, un monólogo, una descripción u otro elemento. Se revela en este texto las credenciales culturales del autor, el civismo patriótico y el compromiso con su patria, así como el dominio de la herencia humanista de su momento. Además, rinde tributo al cimiento popular de su cultura originaria al propio tiempo que incorpora los alcances de las conquistas del modernismo noventayochista, el posmodernismo novecientista y juanramoniano en el lenguaje y lo amalgama con el espíritu renovador de la Generación del 27 de preguerra.

Quizás por eso en *Fábula y vida* se combinaron relatos en los que se sintetizó la herencia popular española a partir de

un género que tiene un perfil reconocido en las letras hispanas y, el escritor otorgó, además, a los textos, atributos propios de la fábula en el diseño de sus piezas narrativas, de manera que estos aspectos subscriben las posibles razones del título. Por otra parte, completa la conexión entre los sustantivos fábula y vida como complemento irrefutable de las coordenadas éticas en la que sobreviven los personajes: el anhelo y la realidad de cada individuo en correspondencia con las circunstancias y su enfoque existencial.

Puede constatarse este criterio en los relatos que integran *Fábula y vida*. La unicidad del texto se consigue a partir de núcleos temáticos que se particularizan en cada narración. En esa misma línea estos ejes son: la personalidad (individual “Peregrino sentado”, “Olvidado de su sangre”, colectiva “Juan sin tierra”, la descomposición del yo); también el agonismo a la manera de Unamuno en unos casos “Cazador de su muerte”, y otras veces más cercano a Pirandello; el tipo y arquetipo humano sobre todo del hombre pobre y del sujeto explotador, por solo citar algunos ejemplos.

Dentro de este orden de ideas hay que hacer notar que esos sujetos ficcionales son portadores de valores positivos o negativos, de esta manera transmiten: patriotismo individual o colectivo (“Muerte de nadie”, “Amanecer”), aliento épico, heroísmo, odio, envidia, sufrimiento, duda y escapismo.

Por consiguiente, el narrador dimensiona la figura popular, así como su interacción con los problemas devenidos en su entorno con la finalidad de transmitir, a través de este y otros componentes del relato, un mensaje eficaz capaz de comunicar un encargo moralizante. En consecuencia, subyace en ciertos relatos un aliento épico no exento de lirismo, de manera que la heroicidad se fortifica e inmortaliza cuando un personaje o un acto se fijan en el imaginario popular a través del romance.

Por su parte, el escritor imbrica el lenguaje culto y el popular con destreza; recuérdese el soporte cultural sólido de Chabás heredado del espíritu de época del 98 y de sus contactos intelectuales con el 27, este último su propio círculo vital. Envuelve a todas las narraciones un hábil, sugerente y depurado manejo del cromatismo juanramoniano. De manera que se percibe una

suave pertenencia del autor al neopopularismo, una de las direcciones esenciales de la vanguardia española.

Por demás, la estructura narrativa escogida es sencilla, directa y lineal. El tiempo es cronológico continuo con escasas retrospectivas. El presente es el tiempo principal de estas para preponderar la lucha por la existencia, entiéndase el sentido ético de la vida, su ideal.

Juan Chabás fue uno de los hombres del éxodo, de la España trasterrada y peregrina como miles de españoles que integraron la larga nómina —a veces el definitivo exilio— de un grupo humano que, en última instancia, se desarraiga de sus raíces tras una cruenta guerra civil. Es esa la fábula y la vida que muestra Chabás en este libro.

Ediciones UO ofrece a los lectores un hermoso texto. No puede dejar de señalarse que se recupera en momentos en que en el campus universitario hay una voluntad así como un ambiente propicios para el discernimiento y la sistematización de los aportes un tanto inadvertidos de figuras nacionales y extranjeras que prestigiaron desde sus inicios a nuestra querida Universidad de Oriente.

Dra. C. Ana Vilorio Iglesias

Profesora Titular

Universidad de Oriente, Cuba

Prólogo a la primera edición

La Universidad de Oriente rinde, con la publicación de estas narraciones de Juan Chabás (1901-1954), público homenaje a la memoria de quien fuera ilustre profesor de Literatura Española en su Facultad de Filosofía y Educación, desde 1949 hasta el año mismo de su fallecimiento. Preparaba Chabás para las ediciones de nuestra Universidad, y así lo habíamos anunciado, un volumen de ensayos críticos titulado *Quevedo entre dos mundos* que la muerte no le dejó terminar. En su lugar ofrecemos este manojo de cuentos que el propio Chabás dejara preparado ya para las prensas y en el cual revela su dominio de un género poco frecuentado por los escritores españoles contemporáneos, un tanto olvidados, en este punto, de la herencia de Clarín.

En *Fábula y vida* confluyen corrientes librescas que manan de la rica tradición narrativa española, principalmente, de la italiana, de la francesa y de la hispanoamericana y, sobre todo, el más precioso caudal de las propias vivencias del cuentista entrañablemente unido, en amor y en dolor, a su pueblo. Son siete las narraciones, escritas en años diversos y bajo muy diferentes circunstancias e influencias. “Peregrino sentado”, aparecida por vez primera en la *Revista de Occidente* (tomo 5, no. 13, julio de 1924), renueva, con algunos rasgos de humor pirandelliano, un tema grato a don Miguel de Unamuno: el de la personalidad.

Chabás, que tradujo impecablemente los *Tercetos* del gran dramaturgo y narrador italiano, había estudiado también con agudeza y hondura el problema unamuniano de la personalidad. Véanse, entre otras, las páginas que dedica a don Miguel en su *Literatura española contemporánea 1898-1950*

(La Habana, Cultural, 1952), especialmente aquellas en que trata del problema mencionado. Don Justo, el “peregrino sentado”, tiene más de un rasgo que lo emparentó con don Sandalio, el “jugador de ajedrez”. La técnica es la misma que utilizara Unamuno en sus novelas, certeramente descrita por Chabás en su libro citado:

En esas novelas toda la acción es la vida única de sus héroes, vida total y hacia adentro, con un rumbo fijo, con un destino impulsado fervorosa y rectamente por la pasión. Nada distrae de esa acción; ni peripecias secundarias, ni anécdotas, ni la presencia de otra vida frente a la del protagonista que la de su antagonista, que es a veces él mismo.

El estilo es aún fiel al ejemplo de la generación del 98, con su preferencia por las oraciones simples y el enlace paratáctico o asindético de las mismas, que señalara Jeschke, por la morosa delectación en la pintura de cosas y aspectos menudos de la vida, peculiar de Azorín, y en la que Chabás se complacía ya desde su primer libro de versos en cuya “explicación” inicial confesaba: “La vida grande y entera yo no la percibo sino en sus cosas menudas; las que se llegan al alma solas”.

“Cazador de su muerte” plantea, desde nuevo ángulo, el gran tema unamuniano de “el otro”, de Caín y Abel, variante, como se sabe, del de la personalidad. En el cuento de Chabás es Abel —Abelardo— el matador de su hermano Carlín, por accidente que nadie cree tal y que llenándole de muerte y de odio la conciencia le lleva al suicidio. Aquí también se renueva el agónico diálogo unamuniano de *Abel Sánchez* y de *El otro*, en la escena en que los padres de Abelardo y Carlín expresan apasionadamente su dolor y su inconfesable sospecha:

—Tienes que hacer algo para sacarle de la cárcel. Aunque de veras tenga él la culpa; aunque lo matase queriendo.

—¿Y por que iba a querer? ¿Por Isabel? ¿Por celos? Un hijo mío no hace eso. Pero ya nada tiene importancia. ¿Lo oyes Rosa? Nada. Tú lo has dicho. Lo mismo da que fuese queriendo, o por casualidad, o que hubiera sido otro, o que se hubiera muerto de enfermedad.

—No, Vicente; no es lo mismo.

—Sí, Ilosa. Tendríamos de cualquier manera uno muerto y otro vivo. Este, que es el único que nos queda, el único, porque ya no podemos hacer otro. ¡El único! Y que más dá que el que quede sea este o hubiera sido el otro. Siempre el que queda tiene que acabar siendo el otro.

“Olvidado de su sangre” insiste en el problema de la personalidad, esta vez como uno de los aspectos o tipos que asume en la literatura contemporánea la descomposición del yo, estudiados y clasificados por Chabás en su *Literatura española contemporánea*. Uno de esos tipos descritos por él es el de

[...] un yo subconsciente. Ignora nuestra conciencia o se enfrenta pugnazmente con ella, la niega, la acosa y al cabo levanta sobre ella la voz y el mandato de su existencia oscura y profunda (Ereud, Lawrence, Joyce, Svevo; antes, Dostoiewski).

El cuento de Chabás, escrito en La Habana, posiblemente en 1946, recuerda otro de Lino Novas Calvo. No sé quién soy. (México, Colección Lunes, 1945) que lleva como epígrafe unos versos de Jorge Santayana, aplicables igualmente al relato de Chabás:

I would I might forget that I am I,
And break the heavy chain that binds me fast,
Whose links about myself my deeds have cast...

Es el afán de escapar a la propia realidad personal, en fuga ante sucesos irremediables que acusan y acosan al protagonista. El estilo, superando los hallazgos sintácticos de la generación del 98, aprovecha, para la expresión del monólogo interior, el enlace paratáctico de oraciones simples, breves, cortantes, en angustioso jadeo:

Sí; debo de haberme caído. No. He resbalado sobre el malecón, eso es todo. Me he apoyado en él. Mi frente sobre la piedra. Su frío más álgido que el mío, y esta dureza, me devuelven conciencia de mi vida. Algo me resiste. Prueba que yo mismo no soy piedra, que estoy fuera de las cosas. Fuera de ellas, luego en mí. ¡Coraje! ¡Todo no es caminar hacia adelante! (Coraje, claro, de corazón)...

Con “Juan de la tierra” pasamos del problema de la personalidad individual al de la personalidad colectiva. Juan es aquí esencialmente un tipo: el hombre del pueblo, explotado, el campesino, el trabajador de mar o tierra, agrícola o industrial que ama y defiende su suelo. El cuentista es simple espectador de un proceso vital en el que encarna la vida misma de su pueblo. El final queda en suspenso, como interrogación abierta hacia el futuro.

“Amanecer”, en cambio, expresa un rotundo sentido afirmativo, la decisión de un pueblo de luchar por la libertad de su tierra. Las recias figuras campesinas están trazadas a espátula sobre, el duro paisaje que ensombrecen la noche y las luces grises del amanecer. El cuento se resume en dos estampas vigorosas: la de la voladura del tren por el grupo guerrillero, y la despedida de Pedro Sanabria y de su madre Rosario. La primera está realizada con una sabia secuencia de escenas significativas que mantienen en suspenso la atención del lector hasta el desenlace, en forma que recuerda la técnica cinematográfica; la segunda pudo ser ilustrada por José Gutiérrez Solana.

En ningún otro cuento puso Chabás tanta riqueza plástica, ninguno le iguala tampoco en el aliento épico. Y es que Pedro Sanabria y sus compañeros son los protagonistas de un nuevo romancero que ha renacido sobre las tierras de España al compás de su impulso libertario. Y el narrador, actor también en el acto primero de la gran tragedia española, puso su voz mejor y su sabiduría técnica a decir su esperanza y su fe en los hombres del pueblo español. Aquí el problema de la personalidad se resuelve sumiendo al individuo en el gran cuerpo colectivo de la patria. Leyenda y realidad —fábula y vida— se confunden, y Pedro Sanabria, trasmutado en Rodrigo de Arazona, como su homónimo ilustre, el de Vivar, sigue viviendo en los labios y en el corazón del pueblo, vencedor de la muerte, símbolo ya de un ansia de Libertad y de Justicia.

La lucha por la Libertad tiene también lados sombríos, duros costados que conoció Juan Chabás. “Muerte de nadie”, que recuerda en el título, y solo en él, una novela de Benjamín Jarnes, es homenaje sombrío al heroísmo anónimo de quienes murieron y mueren sin testigos por la Libertad. A ratos cruza sobre

estas páginas, como retazos de bruma o de humo en el puerto, un eco de *Vercors* o de algún film de Marcel Carné. Se ve con ojo de cámara cinematográfica el escenario que diseña el primer párrafo de la narración:

Silencio de piedra dormida, humo quieto y verde de los árboles, cerrado o entoldado sueño; eso era la ciudad, olvidada de vivir, vacíos los cauces lentos de las calles. Bajaba a oscuras y a tientas, desde las avenidas altas hasta los arrabales, y se quedaba arrodillada en los muelles del puerto, en el cual empezaba a respirar, movida por el alba próxima, una brisa que apenas rizaba el mar estancado.

Chabás recuerda, una vez más, la lección sintáctica del 98 y la de Gabriel Miró, y forja su prosa a base de “sintagmas no progresivos” —como los ha llamado Dámaso Alonso— que llevan en suave fluir de río el pensamiento, entre múltiples meandros que descubren, con aspectos diversos del paisaje, su atmósfera. La experiencia del cine y de su contrapunto audiovisual le enriquecen la técnica puesta al servicio de un propósito expresivo. La personalidad individual se pierde ahora en el anonimato. Un grupo de hombres es llevado, de noche, hacia la muerte por amar la Libertad. Solo el viejo Moulet, conciencia vigilante, se yergue, en las brumas del puerto, con la pipa apretada entre los dientes.

El último cuento del volumen, “Tres Pedros”, es un tríptico que encierra una tesis o, mejor, la respuesta de Chabás al problema esencial que sus cuentos plantean: cada cual debe modelar su personalidad, su vida, como se fabrica un ánfora preciosa. El tema pudo serle sugerido por un cuento de Félix Pita Rodríguez, “El despojado”; la arquitectura del tríptico resulta mucho menos artificiosa que la de una narración de análoga estructura, “Roads of Destiny”, del norteamericano O’Henry (William Sydney Porter), considerado por el formalista ruso Boris Aikhenbaum como un renovador de la técnica cuentística contemporánea.

Las tres breves narraciones que integran el tríptico de Chabás se inician de modo semejante: “Pedro tuvo muchos oficios y en todos los que ejerció, unas veces le fue bien y otras mal”; “Pedro tuvo muchos oficios y en todos los que ejerció, unas

veces le fue mal y otras bien”; “Había tenido muchos oficios y en todos los que ejerció, unas veces le fue bien y otras mal”. La secuencia de las narraciones es análoga y solo difieren sustancialmente en el final. El Pedro del primer cuento fracasa en su empeño de moldear su ánfora y se ahoga con ella; el Pedro del segundo relato logra fabricar un ánfora parecida a la que recordaba desde niño y muere después de moldearla, pero el ánfora no pudo servir de recipiente y el agua se escapaba por un agujerillo en su fondo; el Pedro de la última narración quería hacer también algo perfecto, pero no solo. Quería también que su ánfora, además de hermosa, tuviese alguna utilidad. Y la hizo con amor, como besándola con los dedos. Poco después se enfermó y murió, pero el alfarero del pueblo, poniendo el oído al cuello de sus ánforas, “oyó que sonaban como el viento o el mar. Estaban llenas de vida”.

En este triplico, como dijimos antes, se resume la lección que encierran los cuentos de Juan Chabás: El hombre, cada hombre, es el modelador de su propia personalidad y de su propio destino. Hay que hacer concordar en indisoluble unidad el proyecto y la existencia, la ilusión y la realidad, la fábula y la vida. Don Justo fue solo un proyecto que no llegó a realizarse; Abelardo es toda una vida devorada por la fábula; Luis Teruel, frustrado anhelo de escapar de la realidad ignorándose a sí mismo; Juan de la tierra es la lucha del proyecto y la existencia que adquiere resonancias de epopeya en la gesta de Pedro Sanabria y sombrío matiz de vencimiento en “Muerte de nadie”. “Los tres Pedros” pone de nuevo el acento en la vida individual y concluye con una moraleja afirmativa.

Fábula y vida expresa de modo perfecto la actitud vital de Juan Chabás y su concepción del mundo. Sus cuentos revelan lo que hubo en él de conocimiento entrañado del pensamiento y de las literaturas de su tiempo, lo que supo aprovechar de la rica tradición literaria y lingüística de España, su dominio del oficio de escribir. Descubren, sobre todo, su recia personalidad que hace propios temas y modos iniciados o apenas insinuados por otros, que descubre ángulos inéditos de un problema anterior y los reviste de nuevo sentido; su profunda ternura que acaricia hombres y cosas y modela el paisaje con plástico de-

leite de pintor o mosaísta. Maneja por igual los tonos brillantes y los sombríos de la paleta. Pinta la atmósfera con habilidad de buen impresionista. La lengua se le ilumina de voces populares y tiene, por instantes, un acentuado carácter musical. El verso se le ve, a veces, en la prosa —“Qué bien sabe la fruta a cualquier hora”—, y sabe contrastar el paisaje morosamente descrito con la pasión aborascada a la que sirve de escenario y contrapunto. Hay, en todos los cuentos, una inculcable voluntad de estilo realizada por encima de empréstitos e influencias. Y en cada párrafo se ve desnudo al hombre que quiso forjar su personalidad y su destino con la sustancia misma de su tierra. Juan Chabás, como escritor de raza, se nos da vivo y cabal en la letra vibrante de sus fábulas.

José Antonio Portuondo

Universidad de Oriente

Santiago de Cuba, marzo de 1955.

Peregrino sentado

No podía tener sosiego. Le rebullía la sangre de ansia viajera. Y como era imposible vivir con esa inquietud, ya lo había decidido: aquel año se marchaba. Haría por fin la volada larga que tanto tiempo estuvo meditando, siguiendo con los ojos la yema de su dedo que se le iba muy lejos, temblonamente, por las cartulinas del Vidal de Blache. Todos los días incorporaba un detalle al proyecto de su viaje. Ya le temblaba dentro del alma el ajeteo de los trenes, que le removía todo su ser, ilusionado con la fe del caminante.

Y él, que era muy tímido, que se avergonzaba de confesar a nadie cualquier intimidad, ya se atrevió a decir que partía, que iba a marcharse de viaje, porque pensaba que esa noticia no era el anuncio de un recatado deseo, sino palabras de despedida, el adiós del amigo que se ausenta.

—¿Cuándo te vas?— le preguntaban. Y él:

—No lo sé; pero pronto.

Nadie lo creía. A veces, en una tertulia de amigos, alguien declaraba:

—Justo me ha dicho que se va.— Y los otros: —y a mí; —y a mí; —y a mí.

Lo había dicho a todos y ninguno lo creía. Porque era todo lo contrario de un viajero. Quizás también lo contrario de un hombre de ciudad. Siempre vivió con añoranzas de un lugar humilde y recogido, evocando el recuerdo de su juventud rural. Desde que estaba en Madrid, los días se le escapan del cerco espiritual de su intimidad sin dejarle la gracia de ninguna emoción.

El hubiese querido retenerlos, conservando su imagen momentánea. Pero cuando terminaba el día le era imposible contar el rosario de sus horas. Ya llevaba cinco años en Madrid, y aún no se había incorporado nada de la ciudad. No se sentía ligado a ella. Siempre estaba deseoso de partir; primero pensó volver a su casa rural, vivir sosegadamente en el rincón de esa casa. Pero luego, reflexionándolo, se halló demasiado solo, porque ya no tenía a sus padres, ni había nadie en ella, y si él regresaba hallaríala hoscamente cerrada. Al llegar, como a un huído, la casa le rechazaría porque él la dejó abandonada al morir sus padres. Era muy mozo entonces, y pensó que en Madrid la vida tendría facilidades de brazos abiertos. Quería luchar, desentumecerse de su sosiego lugareño, y se fue a la capital, ansioso de cosas que él mismo no acertaba a pensar concretamente. Y pasaron quince años y no había hecho nada. Concurrió una vez a unas oposiciones y las perdió. El no servía para eso.

Y ya se decidió a vivir con las rentas de su heredad y su caudal, burguesamente. Pasaba todo el día leyendo en su casa. Prefería los libros de viaje; era una íntima compensación a su quietud. Tomaba uno de los muchos que guardaba, el Vidal de Blache, y se pasaba horas muy largas mirando la ruta del viajero. Tenía ya del mundo una visión de carta geográfica. Se le entró en los ojos el azul pastel de los mares de atlas y no pensaba en el mar de verdad sino en ese, siempre del mismo azul pálido, monótono, más bien cielo que mar.

Plantaba el dedo sobre él, como una nave, y seguía el itinerario lineal de las corrientes, desde un mundo hasta el otro. Por esta devoción de lecturas y porque ya la vida en Madrid le era insoportable, se ilusionó con un viaje. El, que no salió nunca de La Nucía y de Madrid. Y estaba completamente decidido. Ya no tardaría mucho. ¿Adónde? No lo sabía. No era para pensarlo así, de pronto. Necesitaba sospesar mucho todos los deseos y todas las ventajas. A ninguna ciudad grande; eso, no. Nada de Londres, ni de París, ni de Berlín; esos eran viajes de diplomáticos o de gentes ávidas de diversión. El hacía su viaje por otro motivo. Es que tenía fe de viajero; era un peregrino puro. Partiría pues a ciudades pobres, humildes. Pensó si a la tierra de promisión. No;

tampoco. Mejor adonde nadie acostumbraba; ni viaje de diplomático, ni de explorador, ni de turista. Viaje de viajero.

Y decidió que lo mejor era marchar sin rumbo fijo. Y señaló la fecha de su viaje: “Dentro de un mes”.

Vivía en una alcoba con gabinete, en una casa de huéspedes en las afueras de Madrid. Repudiaba las casas del centro, llenas de estudiantes, con el comedor tertuliero. La dueña hija de un pueblecito de Castilla, era viuda de un comerciante en vinos. Llegó a Madrid con su marido y, cuando este murió arruinado, se quedó en la casa y fue realquilando habitaciones. Vivían en ella dos oficinistas, un maestro francés, un catedrático de Instituto de provincias, que estaba haciendo unos estudios especiales en Madrid, y Don Justo. No conocía este a ninguno de sus compañeros de hospedaje. Tan solo los encontraba en la escalera o en los pasillos. Y ello escasas veces. Era hombre recoleto, poco deseoso de charla y camaradería; o, más bien, ignoraba los placeres de la amistad y el diálogo cordiales. Estaba todo el día metido en su cuarto, leyendo, o asomado al balcón, cuando el sol le regalaba —decía él— sus buenos luses de tibieza. Hacía que le sirvieran la comida en su cuarto; separaba los libros y sobre la misma mesa de trabajo disponía la colación. Era como si se dedicara a un trabajo más, allí, solo, comiendo entre los libros y los papeles. Únicamente salía por la noche. Acostumbraba dar largos paseos, mirándolo todo, hundiéndose en la noche. Le parecía que la ciudad era entonces más sincera y más generosa, ofreciéndose a todos sin esa prisa del día en que cada uno andaba para algo; por la noche las gentes salían por salir, sin otro fin, y así marchaban despacio, sosegadamente. Ya de regreso a su casa, a horas altas de la madrugada, don Justo sentíase transido de claridad por la brisa punzante, límpida, que aún parecía oler a nieve. Esta era la única gracia que reconocía a Madrid: su vientecillo serrano, madrugero y helado, que confitaba la escarcha sobre todas las cosas. Su casa, en la barriada con solares, con luz encendida en la espalda, en alguna ventanita, solitaria, bien plantada, le parecía una isla abrigada en aquel mar de frío. Y cuando entraba en ella, después de entretenerse mirando el calvero de los solares y las cocheras de los tranvías, que se llevaban a su rincón el último aliento de

la ciudad, se quedaba lleno de nostalgia por algún abrigo más suyo que aquella alcoba alquilada; y como era imposible volver a su retiro rural, pensaba entonces en su viaje. Era ya una mañana; a veces subía los escalones, parándose en los descansillos, fingiéndose la ilusión de remotas estaciones y las iba contando: “me faltan dos estaciones para Port-Bou”— decía, por ejemplo; y continuaba subiendo, hasta el último piso, en que vivía.

Ya en su casa sentábase a leer un poco o daba algunas vueltas por su gabinete, cuidadosamente para no despertar a nadie. Y se acostaba.

No era comprensible que aquel hombre viviese con tanta soledad; y la malicia del profesor de Instituto explicaba la razón: “¡Ay, soledad!; no crean ustedes. Debe de ser un mátalas callando!”. Pero Don Justo no las mataba de ninguna manera. Cuando salía por la noche, dando así más pie a las murmuraciones del catedrático, seguía siendo tan sencillo como durante el día, en su cuarto. Iba al café un momento, saludaba a unos amigos antiguos, tomaba un vaso de café con leche y se iba a pasear. Hacíalo con frecuencia por las cercanías de las estaciones, porque le gustaba oír el silbo de los trenes. Imaginaba que estos partían para lejanos viajes porque andaban en aquellas horas tan insólitas; nunca creyó que fueran locomotoras haciendo maniobras. Se quedaba largo tiempo mirando los puentes de señales, queriendo interpretar las de los brazos luminosos; emocionábale sobre todo verlos desplegados, abiertos, caídos horizontalmente, como haciendo la cruz de todos los caminos, o también, a veces, era como si se abriesen por él, como si le dijeran: —“¡Ahora!”—, alentadoramente. Toda la noche se ofrecía con anchura detrás de aquellos brazos luminosos, tan resueltos y decididos al tenderse. Otras veces se iba a cualquier cine donde proyectasen un film de países desconocidos. Se imaginaba ser el peliculero de la aventura, y ya se complacía con las tierras que iba descubriendo. De pronto, si surgía algún accidente que no le agradaba, como estaba muy absorto y distraído, sin darse cuenta de que le rodeaban, exclamaba: —“Eso no lo hubiese hecho yo”. Y por cualquier cosa así tenía que salir del cine porque la gente reparaba en él y se reía.

El catedrático no podía contener su curiosidad; quiso conocer a fondo a Don Justo y entró una tarde en su cuarto. No sabía del vecino más que sus ansias de viaje, y pensó que estas le sirvieran de pretexto. Entró en la habitación de su hombre: estaba este junto al balcón, sentado en una silla, leyendo un libro.

—Buenas tardes, don Justo —dijo—. Venía porque como sé que es usted aficionado a los viajes y yo tengo un libro muy interesante sobre el particular, por si quería...

Don Justo se levantó para saludar a su visitante y le interrumpió:

—Verá usted: ¿aficionado a los viajes, dice? No sé; creo que no. Seguro que no. Si fuera aficionado a los viajes los hubiera hecho, ¿verdad? Pues mire, nunca hice más viaje que el de mi tierra a Madrid. Otra cosa es que yo quiera hacer un viaje. No por afición; es por devoción más bien, por devoción y por necesidad. Usted no me conoce y esto no se lo explica. Pero yo, sí; yo me lo explico muy bien. Porque si no hago un viaje, ¿qué voy a hacer?

El catedrático pensó: esto no va mal. Es amable. Habla. Podremos averiguar cosas. Y preguntó:

—¿Qué va usted a hacer? Vamos, don Justo, ¿no cree usted que se pueda hacer algo que no sea viajar?

—Nada de eso. Creo que se pueden hacer muchas cosas; lo que ya no creo es que puedan hacer todas las cosas todos los hombres. Es una idea vieja y yo creo que es verdadera. Por lo menos siempre he podido comprobarla. Creo que cada uno nace para una cosa, ¿verdad? Por ejemplo: usted nacería para ser catedrático y por eso lo es. Yo hice unas oposiciones jurídicas y las perdí. Es que no había nacido para juez. En cambio, ya ve, será chifladura, será lo que usted quiera, pero siento que he nacido para viajar. No es afición, es destino. La afición vendría después. Quizás viajando se me exaltará más tarde el gusto por los viajes. Hoy yo no tengo más que el ansia de hacerlos; no muchos: uno, pero largo. Tal vez un viaje que dure toda la vida; una peregrinación. ¿Usted es catedrático, verdad? Pues yo soy un peregrino. Las dos cosas son muy naturales. Nacimos para lo que somos.

El catedrático, antes tan animoso, al oír esto pensó que ya no era tan fácil su empresa. Había que cercar a aquel hombre si no quería que le hablase siempre de su ansia viajera.

—Pero vamos a cuentas, don Justo. Usted dice que ha nacido para viajar; sin embargo, nunca ha viajado. ¿Cómo lo sabe entonces? ¿Y si estuviese usted equivocado? ¿Y si fuese usted un hombre sedentario? ¿Y si hubiera nacido para ser un padre de familia? Porque es usted un hombre muy casero, Don Justo; no sale más que de noche; ¡claro, porque no iba a vivir como un santo! Vamos, que cualquier día se casa usted, y adiós viajes.

—Esas cuentas, querido profesor, le salen a usted equivocadas. Ni yo he de casarme, ni vivo falto de santidad. ¿Sedentario? No; ya se lo digo; yo nací para hacer un viaje. Y no tardaré: dentro de un mes me marchó.

—Pues feliz viaje, don Justo. ¿Y, adonde se marcha usted?

—No lo sé. No viajo por ir a ninguna parte. Cuando pienso en mi viaje nunca lo hago en el término de mi llegada. Eso es lo menos que me importa. Yo soy un viajero puro; me interesa el andar por andar. Yo estoy completamente solo; en ningún sitio tengo las raíces hundidas. No hallo nada que sea mío; sí que tengo una casa y una heredad, pero salí de ella cuando era mía y si hoy volviese a entrar estaría todo puesto con descuido y por manos ajenas. La casa es nuestra casa cuando nosotros atendemos a todos los cuidados, cuando todo lo que hay en ella obedece al orden que nosotros establecemos. Y allí no; allí mis manos no cambiaron nunca una cosa de sitio, ni en el campo hay un árbol que sea mío porque yo lo plantara o cuidase. Es verdad que mi madre procuraba las faenas de la casa y mi padre tenía en orden la labor del campo; pero yo nunca anduve en la labranza ni me cuidé de la hacienda. Y cuando ellos murieron, todo se quedó muy solo; la casa cerrada, la masía en arriendo. ¿Cómo quiere usted que yo vuelva ahora? De todos los rincones, llenos de silencio encogido y parado, se levantaría un aire espeso que pondría en mí reparo y pena. Y como yo no podría sentirme niño como cuando iba por el lugar rapaceando, ni mozo tampoco, pues nadie me tendría ese respeto con que se considera al hijo que anda al lado del padre por el hortal y tiene en la casa un cuarto que es suyo, no acertaría a pensar que

todo aquello me pertenece. Desde aquí sí que me siento dueño, porque la nostalgia me acerca a todo; pero si estuviese allí sentiríame extranjero, o con esa amarga tristeza del que vuelve tarde y encuentra que las cosas conocidas, los detalles familiares, lo más allegado o más humilde no está ya o está distinto. Al abrir la casa, todo lo que en ella permaneciese vivo se extrañaría de mí como yo de lo desaparecido. No puedo volver; y aquí tampoco puedo estar. Necesito andar por un camino largo. Si yo fuera más sencillo me calzaría unas sandalias, tomaría el bordón de rama nudosa y fuerte y emprendería desde ahora mis jornadas. Mas no tengo el ánimo tan humilde. Pienso en los trenes y en los trasatlánticos; eso sí; no quiero ciudades, ni quiero tampoco fijar un rumbo exacto a mi viaje. Me iré sin más ni más... ¿sabe usted por qué quiero yo viajar?

—¿Por qué?

—Pues nada más que por viajar.

El bueno del catedrático comprendió que se había equivocado y no intentó continuar sus averiguaciones. Tendió a Don Justo un libro que en el bolsillo de su americana traía, y se lo dio:

—Aquí tiene usted un catálogo de todo lo que se ha escrito sobre viajes. Creo que puede interesarle.

Lo tomó Don Justo entre sus manos, que siempre le temblaban un poco, y dando las gracias al catedrático, lo dejó en la mesa luego de leer en alta voz y pronunciándolo muy bien el título que decía: Librairie Hachette, Catalogue, etc. Admiróse el profesor de que este hombre supiera francés. ¡Tan retirado como era! El concebía un idioma extranjero como un adorno cosmopolita, como una prenda que puede presumirse. Y el francés era la mejor. Era el traje de buen corte que precisaba traer en las reuniones de muchas elegancias. A Don Justo, para el viaje que pensaba hacer, ni el español le hacía falta. Mudo podía ir por el mundo ese hombre. ¿Porque, quién hablaría con él si casi era un loco?

Aún siguieron conversando unos momentos, porque Don Justo le mostró al catedrático sus libros y sus mapas. No reparaba el profesor en estos. Ahora observaba la habitación de su reciente amigo. Maravillábase de las muchas cosas inútiles que

en ella había y del desorden en que estaban. Sobre la mesa, unas ropas revueltas con libros y papeles. En una librería con cuatro estantes de pino, otros volúmenes caídos, recostados unos sobre otros. En el último estante, un busto de Venus con una corbata colgada del cuello, una botella vacía y una espuela. Todo tenía una incongruencia nimia y desastrada.

Cuando el catedrático se dispuso a despedirse, ya en la puerta, le dijo Don Justo:

—Ya ve usted; no se puede vivir en este cuarto. Yo necesito que todo esté muy ordenado, muy bien dispuesto y aquí no sé como tener policía y pulcritud en las cosas.

—Claro.

Aún estuvo varios años en Madrid. Siguió haciendo la misma vida solitaria y absorta, siempre con su constante idea fija. Y él no lo quisiera: no creía en la soledad ni hallaba en ella placer. Sabía y sentía que mucho apartamiento acaso roba intimidad. Tenía además ternura de corazón y este le solicitaba a veces un poco de compañía. Sí; hasta entonces había podido vivir con aquel aislamiento; pero ya su espíritu, que comenzaba a madurarse con los cuarenta y tantos años que tenía, deseaba el coloquio con otras vidas. Mas cuando intentaba el logro de su deseo, se le quebraba la voluntad. Hallaba consuelo de ese quebranto en los recuerdos de su niñez y de su adolescencia que le brotaban más abundantes cuanto más solo estaba. También su niñez fue recogida y recatada. El la veía ahora entornando los ojos como si quisiera enfocarla en la media luz de su cuarto. Veía un jardinillo de geranios que delante de la casa crecía. En este jardinillo había un limonero, ancho y grande, cuya sombra le daba albergue sosegado en sus mañanitas de mayo. Muy dulces eran esas mañanas. Entretenidas en juegos ordenados y quietos, que nunca él fue bullanguero. Bajo del verde citro, toda su juventud corría. Un perro anciano del casero se le sentaba a la vera y se dormía luego, tendido; y él cerraba el libro y le acariciaba, y levantaba después los ojos al jugoso verdor del árbol, recordando su lección. Allí también fueron sus estudios mayores y allí se le inquietó la primera ansia de amor. Apenas podía recordar cómo era ella: guardaba tan solo una emoción de blancos vestidos y el agua limpia y fresca de sus miradas; aún le humedecía a veces

raíces de su vida el recuerdo de esa emoción de agua que tenía en los ojos la doncellita. Era ella una niña y estaba en flor el limonero; y como él nunca le dijo nada, se casó la niña con un mozo labrador. Siempre le ocurrió así: codiciaba las cosas y se le detenía el impulso de cogerlas. Y aunque él mismo se reconociera tan grande flojedad de ánimo, nunca pudo combatirla.

Ya desde entonces, no sintió más amor ni más amistad. De sus compañeros era eso: compañero; nunca amigo. Y no había conocido mujer como él deseara. Siempre sin queja. Ahora ya veía él su vida árida y apartada. Sin concretar mucho la semejanza, iniciando tan solo el perfil de la metáfora, él recordaba, al pensar en sí, un árbol que había camino de la cueva de un monte de su tierra. Era un pino muy viejo, con el tronco retorcido y arañado; la copa alta, pequeña y redonda, resonaba siempre, guitarra y violoncello de todos los vientos. El pino crecía al borde mismo del mar, en lo alto de la roca que era roja y fuerte, como viva. Avanzaba hacia el mar esta roca, con una prora aguda. Y el pino alto tenía una nobleza viajera cuando el viento lo inclinaba un poco y casi asomaba su copa al mar. Don Justo recordaba la frente con viento del árbol en el espejo esmaltado de verde, trémulo de honduras de la caleta. Y a él también, como al pino, se le entraba la vida en el mar y se le iba por sus ondas.

Día 15 de mayo de 19.., se decide la vida de Don Justo. Hace cinco mañanas ha entrado a vivir en la casa una familia provinciana. Matrimonio y dos niñas, piensa Don Justo, que se complace en calcular la edad de estas y cuenta: ocho mañanas de veinte de mayo, Luisa; diez mañanas, Maruja. Ahora, en el balcón, las dos niñas están hablando con él. Don Justo apenas dice nada. Ellas le van contando, tomándose una a la otra las palabras. Estas niñas vienen de un pueblecito por el que ha pasado muchas veces Don Justo yendo y viniendo de su tierra. Estas niñas, son de Alpera. El señor que acompaña a su madre no es su marido. Don Justo se ha equivocado.

Luisa le dice que su padre se marchó de viaje hace muchos años. Ese señor que las acompaña es tío de ellas, es un hermano de su madre. Es tío Luis. Don Justo cuenta que también él irá de viaje. Irá muy lejos. Las niñas le miran un poco asombradas.

—¿Dónde?— le pregunta Maruja.

—¿Y por qué se marcha?— inquiera Luisa.

El no sabe bien qué contestar. Les dice a las niñas que entren en su cuarto. Desde hace mucho tiempo no ha sentido una emoción tan clara. Hace cuatro años, en un jardinillo público, sintióse también muy feliz jugando con una niña. Iba vestida de blanco, las piernas desnudas. El le daba a la comba. Y su alma saltaba con la niña, en la ternura mojada de la mañana. Ahora llegan sus dos nuevas amigas. Entran las dos cogidas de la mano, parándose un poco en la puerta. Ya Don Justo se acerca y las acaricia. Ya las tiene sentadas en sus rodillas. ¡Dios, cómo se le dilata la vida en estos instantes! ¡Qué paz y qué sencillez hay en toda la mañana! Abre un álbum grande, y les enseña fotografías de muchas tierras. Maruja palmorea:

—¿Y te irás tú a esos pueblos?— le pregunta.

La más pequeña, Luisa, ha señalado una fuente en una postal y dice:

—En mi pueblo hay otra como esa.

Cuando llega la hora de comer, las niñas salen porque su madre las llama. La doncella pregunta a Don Justo si quiere que le entren el almuerzo.

—No; hoy no— responde. Hoy comeré con todos.

Produce mucha extrañeza en el comedor la aparición de Don Justo. La dueña de la casa le ha presentado a los hermanos, que son ahora los últimos huéspedes amigos de ella.

—No sale nunca. Hombre más santo no se conoce. Ni para comer sale de su cuarto. ¿Qué ha pasado hoy, Don Justo?

—No ha pasado nada. Estas dos criaturitas estuvieron en mi cuarto. Somos ya muy amigos. Y he querido comer con ellas.

Poco a poco la conversación se va ciñendo. Vuélvese a hablar de viajes. Cuenta la madre de las niñas que hace cinco años su marido partió a tierras de ultramar; escribió al principio unas cartas. Después no hubo más noticias suyas. Todo lo dice con voz de contenida pena, de tristeza muy recogida y larga:

—Antes siempre esperaba que iba a volver, que aparecería en cualquier momento. Ahora ya sé que no. Sé que está en una República del Sur y que está bien. Dios se lo perdone y a mí me alivie.

Don Justo no se atreve a poner ningún comentario. Qui- siera decir palabras de confortación y de esperanza, pero es torpe para hablar. En este momento se le nubla toda la inteli- gencia. Es como si todo él fuese un agua dormida y parada y vi- niera un viento extraño y la hiciese temblar removiéndola. Sí; de eso se da cuenta: dentro de su espíritu sucede en ese instante una tormenta. Precisando más, todavía no es la tormenta. Es la nube oscura y el cielo plomizo y el agua verdinegra de todo el pasado temblando honda en su cauce que parecía tan quieto. Luego, como la nube se apacigua, ya logra darse cuenta de que piensa. Ya se ve a sí mismo, andando doblado por esa tormenta, medroso por todo. El creía estar completamente libre. Pensaba viajar porque no se sentía raigado. Y de pronto, he aquí que todo ese pasado le sobrecoge. Ya para partir necesitará romper con él. ¿Quedarse será mejor? No; tampoco puede. ¡Viajar es necesario! Que aún está de años llena su vida y precisa andar y andar. Si él hubiese tenido dos hijas y mujer no partiría; mas su soledad quiere carreteras y caminos. Él ha visto esta verdad en la sombra de su aislamiento: que el solitario solo se acompaña andando. Buen peregrino es y le queda por rezar todo un legua- rio de oraciones.

La dueña de la casa rasga momentáneamente el ciclo de la tormenta de Don Justo:

—¡Parece mentira!— exclama. Irse dejándola a usted y a esas dos criaturas. Menos mal que tiene usted a su hermano. ¡Qué dejados están algunos de la mano de Dios!

—¿Quién sabe?— dice Don Justo. Eso del viajar es como una locura. Hay quien nace para ser un peregrino y no tiene la culpa si un día parte lejos y no vuelve más. Somos niños, somos hombres y la locura no enciende su luz y no se la ve. Y de pron- to, un día cualquiera, se despierta en nosotros su fondo amargo, y nos sobrecoge. Y entonces ya no tiene remedio. Alguien nos pone en la mano el bordón y nos señala el sendero.

—Sí, sí— dice la madre. Pero cuando se tiene una casa y una familia que guardar...

—Es verdad; entonces la locura es más dolorosa. Yo no tengo familia ni tengo nada. Casa tengo, pero cerrada. Y un día, me marcharé lejos y ya no volveré, probablemente. Tengo fe de

caminante y veo muy claras todas las cosas. Nací para ser un peregrino.

La dueña de la casa le miró con ironía e incredulidad.

—¡Buen peregrino está usted! Peregrino sentado. Seis años le conozco, y siempre lo mismo: que se marcha, que tiene que hacer un viaje, y nada: ni salir de casa.

—Pues algún día tenía que ser. Pasado mañana me voy.

—¿Adónde?— pregunta Maruja.

—No lo sé, ángel mío. Iré de ciudad en ciudad.

—No lo creo— dice la dueña.

Y Don Justo:

—Es lo mismo.

Se decidió en el momento que lo pronunciaba. Al principio hasta a él le sonaron las dos palabras como otras cualesquiera. Luego, *pasado mañana* quiso decir pronto; luego, una fecha. Ya entonces su fonética se precisaba más y las sílabas se espaciaban; como si quisiera alejar el día las pronunciaba interiormente con mucha lentitud *pa-sa-do-ma-ña-na*. Y paradójicamente, esta lentitud no le alejó el día. Se lo señaló concretamente como si lo llevase pegado a la frente por dentro en un papel de calendario: Mayo, 17, sábado.

Después, recordó las palabras de la patrona: peregrino sentado.

Era verdad. El se imaginaba siempre sentado. Cuando tenía que ir a cualquier parte desde que se levantaba hasta que llegaba, y volvía a sentarse, antojábase otro. Al andar sentía que de cierto modo atravesaba un estado de inconciencia. Luego, al sentarse todo se le definía. Caminar era para él como sonámbula actividad y el reposo de la silla el buen despertar. Entonces ¿no era un peregrino? ¿No tenía fe de caminante? Adivina adivinanza, cual es la fuente que brota el agua más clara. Sí, era fe. No comprendía nada, pero se iba.

Y salió a comprar todo lo que le hacía falta.

Esto parecía cosa de cuento, pero es verdad. Esta tarde, 17 de mayo, tibia y clara, un poco húmeda, Don Justo ha dicho adiós a todos.

Hay en la puerta un ómnibus con dos mulas. Como este momento es de mucha importancia en la vida de Don Justo no le adobaré con ningún detalle literario. Como Stendhal, voy a decir tan solo noticias exactas: Son las seis y media —hora solar. Un mozo sube dos veces al cuarto de Don Justo: se lleva dos maletas grandes y un baúl de pino, forrado de tela negra. Abajo, este mozo y el cochero cargan el equipaje en la baca del ómnibus. Don Justo recoge un bolso de mano, un abrigo que cuelga del brazo y mire al cuarto. Vuelve a dejar bolso y abrigo. Cierra bien las persianas del balcón. Dice adiós a todos: un adiós breve. Ya tiene en la mano y en el brazo, otra vez, bolso y abrigo. En la puerta repite: “hasta luego”.

Cuando llegó a la estación, no salía ningún tren. Esperó en un banco a que abrieran cualquier taquilla. Lo mismo le daba. Ni siquiera miraría a qué trayecto pertenecía la ventanilla. Sucédiale que al querer recordar los nombres de las ciudades con que en sus lecturas había tropezado, los olvidaba todos. Solo recordaba los nombres de los pueblos de su tierra. La plasticidad fonética de esos nombres era casi un goce para su paladar. Los pronunciaba con halago, recreándose; su recuerdo, al volver de cada sílaba, despertaba en él múltiples emociones. No podría decir ningún nombre en la ventanilla, porque de hacerlo, pediría un billete para alguno de esos pueblos. Diría: Jávea, Altea, Benidorm, Alfaz del Pí o Valldigna, Gandía, Alverxer, Jeresa.

Y él no quería volver a su tierra. Quería ir lejos.

Cuando se abrió una ventanilla se acercó y fingiendo con una sonrisa natural costumbre de eludir el nombre, pidió una primera para la estación final del itinerario.

¡Ya! Fue como si le arrancaran de Madrid. No eran las raíces; no. ¿No? Cenó y se tendió a dormir.

Mañana del 18 de mayo. Don Justo se asoma a la ventanilla. Ahora despierta de su sueño con el fresco alegre que mezcla aromas tiernas de tierra con rocío al acre olor de la locomotora.

Despierta de su sueño físico y de ese otro más escondido, más constante de su peregrinaje.

Don Justo conoce estas tierras. Las recuerda muy bien. ¡Y hace doce años!

Ya oye hablar valenciano y la estación tiene un jardinillo con flores. Lejos, un calvario con los cipreses en cuesta y la ermita blanca en lo alto del cerro, prendida del azul límpido del aire.

Cazador de su muerte

Los días se inauguraban, uno tras otro, iguales: Abelardo se levantaba al alba, se dirigía a la corraliza de la casa y, después de dar un pienso de cebada al caballo, atravesaba el patio, que era grande y cuadrado, con cerca de cal y canto y ciprés alto en el centro. Se detenía ante el pozo, mirador oscuro y hondo de las estrellas últimas. Tomaba un cubo de agua y se frotaba con jabón desde la cabeza a la cintura. El aire de la madrugada, delgado y penetrante, le hincaba a veces en la piel alfilerillos de fríos. Abelardo se gozaba en ese estremecimiento, que le hacía más agradable, al enjugarse, la fricción áspera del lienzo. Se peinaba de prisa el pelo casi rapado. Cuando terminaba el sumario aseo, entraba de nuevo en la casa, prendía unos leños en el hogar y calentaba el café, que su madre dejaba preparado por la noche. Luego, caminando sigilosamente, entraba en la habitación de su hermano Carlín, para despertarle. Todas las jornadas se inauguraban así. A poco, Carlín y él, azada al hombro, siguiendo al rocín que marchaba lento con el horcate sobre el lomo, emprendía el camino hacia el bancal donde tuvieran que trabajar.

Pero unos cuantos días en el año eran diferentes. También Abelardo se levantaba al clarear, mas no cargaba los aperos de labranza. De una gruesa alcayata clavada al lado del hogar, descolgaba su escopeta, la bruñía con un pañizuelo de gamuza y preparaba el zurrón, la canana con los cartuchos nuevos, el reclamo para las codornices. A su vera, mirándole con los ojos muy fijos, dorados, el cuerpo alargado y tenso con escorzo impaciente de espera, Bul alzaba el hocico hasta la mesa para olisquear todos aquellos trebejos, mientras movía anhelante el rabo. Era

un buen perro de caza, mas, como su amo, al año solo disponía de unas cuantas mañanas de abril para el gusto y el arte de la cetrería. Los demás días, que eran los de todo el invierno y gran parte del verano, guardaba la heredad, ladrando desde el camino a los transeúntes, y a veces, las noches de luna, por canino orgullo, a las estrellas.

Abelardo había aprendido a cazar con su padre. Desde muy niño le acompañó en esa diversión como en el trabajo. A los diez años ya sabía guiar el arado, podar, calzar camellones para la siembra, segar el forraje. A los doce, su padre le puso por primera vez la escopeta en las manos, después de abrumarle con muchos consejos de prudencia y destreza. Y aunque no tuviese ocasión de ejercitar frecuentemente la caza, había llegado a tirar muy bien. Tenía en la comarca fama de puntería exacta y siempre se distinguió por su habilidad para educar perros y encontrar y seguir la cacería; era, en suma, eso que llaman los aficionados una buena escopeta.

Aquella primera mañana de abril se extrañaba de no sentir el alborozado deseo con que todas las primaveras inauguraba sus salidas. No es que la mañanita no fuera hermosa. Desde que abrió la puerta de la corraliza sintió el aire fresco del alba impregnado de rocío y oloroso a romero y tomillo de la montaña. En el cielo limpio aún vigilaban con brillante temblor las estrellas últimas; fulguraban con ese límpido y estremecido relámpago de luz de plata y transparencia de cristalinas gotas que asegura el aire claro para el buen cazar.

Bul, con el hocico húmedo y un rojizo resplandor del fuego del hogar en los ojos dorados, le miraba jubiloso.

Esa mañana de abril era la primera vez que el padre no saldría a cazar con los hijos. Los años le fueron doblando el ánimo y apesadumbrándole las piernas. Tampoco podía podar ni trabajar. Solo se ocupaba en el cultivo menudo del hortal de la casa. La noche anterior, mientras cenaban, Vicente Renco miró las tres escopetas colgadas junto a la llar y tuvo que hacer esfuerzos para que no se le mojaran los ojos. Se los restregó con los puños encallecidos, como si le molestara la luz amarilla del quinqué de petróleo. Y encendiendo al final de la comida una pipa de tabaco que él mismo cultivaba y secaba, los ojos vuel-

tos a Rosa Lozano, su mujer, comenzó a decir, con voz que se le adelgazaba de ternura a pesar de su reciedad de hombre de campo y su garganta bronca y áspera de fumador viejo:

—Mañana no me esperen para salir de caza. Es la primera temporada que faltaré. Pero las piernas ya no están para brincar matorrales y estos ojos cuando miran al cielo, ya no ven las alas y los picos de las calandrias y las alondras, cuando vuelan altas con sol... ¿Dónde vais a ir, hijos?

—Por la trocha del cerro hasta la quebrada de la laguna. Se han visto estos días por allá algunos ánades y por los forrajeros dicen que hay perdices.

Mientras Abelardo se ceñía la canana y esperaba que Carlín llegara del pozo para tomar el café, recordaba las palabras del padre y se le detenía el ansia.

No era solo tristeza por la ancianidad del padre. Es que al oír aquella su voz enronquecida, empañándose de tristura como los ojos velados, se le apareció de súbito, allí, entre aquellas paredes, toda la angosta mezquindad de su propia vida labradora. Abelardo iba a cumplir treinta años. Los sentía cuajándosele por el cuerpo con elástica fortaleza de ansias; cuando embrancaba el cuello del rocín para saltar sobre la grupa, al descargar enérgicamente el hacha sobre el cimal de un árbol, al llenarse de aire frío el pecho respirando todo el día de una bocanada, al romper con el mango de la azada el rojo terrón macizo y duro de tierra violentamente compacta, se embriagaba con la potencia de su propia fuerza. Y se preguntaba si solo iba a servirle para trabajar en tierras ajenas y mejorar un poco los pegujales chicos que su padre les dejaría, a él y a Carlín, y envejecer después, como sus padres, entre las mismas paredes de la casona de piedra y argamasa, levantándose todas las mañanas al alba, mirando cómo el ciprés del patio retorció cada año más sus rugosas ramas resinosas y clavaba en el cielo la punta aguda de su cónica esbeltez rígida, apretada, oscura de verdor oloroso.

Le gustaba la caza porque su ejercicio le deparaba un audaz movimiento de aventura; porque podía, horadando el aire con sus tiros, llevar su voluntad hasta una vida que huía como el viento; porque lo que querían sus ojos lo alcanzaba su rifle. Su deseo hubiera sido cazar los anhelos de su vida como venados

o perdices fugitivos; a pleno vuelo o a loca carrera. Pero su vida se le iba sin que la pudiera cazar. En el cinema de la aldea próxima a su campo, en alguna revista o en los grabados de algún diario, había visto imágenes de grandes ciudades, trenes que cruzaban espacios de tierras desconocidas y, sobre los mares, ciudades viajeras, navíos donde la vida era alegre proyecto de fiestas y alborozo de vacaciones. Pero delante de él, esa vida como un pájaro de alas de sol, volaba tan alta, tan aprisa, que ni siquiera podía apuntar su rifle.

Estas ansias de una vida más bella comenzaron a despertársele después de conocer a Isabel.

En muchas leguas a la redonda no había labradora tan bella. Casi del rubio color de la mies madura la seda de su pelo; membrillo en sazón, tersa y transparente, la piel que el sol sin estropear bruñía; la figura erguida, graciosamente altiva, melodiosa al moverse. Iba toda vestida de su alegre belleza lozana.

Llegó a la comarca para pasar unas ferias con unos tíos suyos, que habitaban una casa de labranza cerca de la de Vicente Renco. Era huérfana y vivía en su pueblo con un hermano casado con mujer arisca. Por eso se quedó con aquellos tíos, que siempre desearon tener compañía de hijos. Abelardo la contemplaba frecuentemente caminar acompasada con un cesto ancho de frutas sobre la cabeza, hacia el mercado de la aldea. Le ofreció alguna vez llevarle la carga. Y ella:

—¡Pero si no pesa! Y además la cesta, como es tan ancha, me quita el sol. Muchas gracias.

Y seguía caminando, rítmico el paso, volviendo el rostro a uno y otro lado del sendero, y se alejaba tarareando una cancioncilla ligera.

Al lado de aquella mujer, Abelardo creía en la felicidad. Cerrando a solas los ojos, la había visto muchas veces y hablado oscuramente, sin palabras. Una tarde de domingo, bailó con ella en un sarao de una masía próxima. Cuando terminó la danza, siguió enlazándola por la cintura y poco a poco se alejaron de la casa. A Abelardo le escocían los labios de comecón de besarla. Pero Isabel se desenlazó, brusca, y separándose de él le dijo que era novia de su hermano Carlín. Y era verdad. Siempre Carlín

suavemente y en silencio lograba cuanto apetecía. Era esbelto, flexible, delgado, y a los 20 años aún parecía un adolescente. Tenía una dulce voz aguda y entornaba un poco los ojos, grandes y claros, para hablar. Su madre decía: “Carlín tiene voz y cara de ángel”. Muchos lo pensaban así. Las mujeres principalmente.

El día comenzaba a clarear. El cielo estaba anubarrado y un velo de luz azul y malva envolvía el paisaje. No parecía despertar el alba: era como si la noche fuese palideciendo y se diluyese la tierra en sueño húmedo de neblinas. En el horizonte, tras las montañas arrodilladas con lenta gravedad sobre el valle, brillaba de cuando en cuando, dorado, el resplandor brevísimo de un relámpago. Olía a humedad de hierba segada. Soplaban un airecillo fresco que susurraba entre las matas, frondosas ya de hojas recién nacidas.

Abelardo y Carlín avanzaban por un estrecho sendero pedregoso y empinado que, bordeando la linde del egido del padre, conducía hacia la cañada. Iban uno tras otro, silenciosos, cada cual con sus pensamientos. De cuando en cuando, cualquiera de ellos tenía que silbar y reclamar al perro que se alejaba demasiado retozando, y al reclamo volvía a seguirles con mansedumbre.

No se veía por los caminos a otros cazadores. Acaso los dos hermanos habían sido demasiado madrugeros o bien los demás desistirían de salir ante la destemplanza del amanecer brumoso. Abelardo sentía que la soledad del campo le pesaba sobre el corazón. Y en vez de apretárselo con las manos, como cuando duele, lo iba envolviendo con pensamientos y recuerdos, conversando en silencio consigo mismo. Le sucedía muchas veces hablar a solas con el corazón. Si el aire era luminoso y el sol alegre, mientras trabajaba en el campo le daba por cantar. Pero los días de neblina le subía a la garganta una bola de vida íntima, tan apretada y llena de ansias de no sabía qué, como para dejarle sin voz; y sin voz y a solas hablaba consigo, con su corazón.

Se decía, mirando a su hermano: —“Las espaldas de Carlín, qué bien lucen cruzadas por las correas del rifle y el zurrón. Las mías no son tan hermosas; demasiado abultados los músculos, y dobladas. ¡Claro! Carlín no ha cargado de niño gruesos haces

de leña, ni segado garbas y más garbas de forraje o alfalfa, ni dormido en pajar de rasa ajena. Yo solo le llevo nueve años a Carlín; pero tengo diecisiete más que él de trabajar sobre la tierra. Carlín casi no había cumplido tres cuando padre compró la casa y la huerta.

¡Criarse en una casa propia, correr por el portal y jugar libremente todo el día! ¡Qué bien sabe la fruta a cualquier hora, qué gustoso el pan con arropo de la merienda, cuando desde el amanecer no hay que podar a jornal los árboles ni corcovarse para la siega del trigo ajeno!

Hasta los diecisiete años Carlín no hizo nada. Ir a la escuela, que es lo único que le envidio. Por eso sabe leer y cuentas mejor que nadie, y tocar muy bien la guitarra y versar; por eso es el más querido de los padres y de todo el mundo.

Quizás alguien piense que yo tengo celos de Carlín. No; nunca, ni de él ni de nadie. Carlín, sí; tiene celos. No sé de qué, pero los tiene. Quizás de que soy más fuerte. Puedo partir de un golpe sobre mi rodilla una rama gruesa, y él no. Puedo galopar con el caballo a pelo, y él no. Quizá le avergüenza que yo sea más fuerte. Cuando hace días en la taberna del pueblo alguien se permitió una broma fea sobre Isabel, Carlín solo exclamó: “eso es mentira”; pero yo le rompí al maldiciente los labios con que dijo la fealdad. Carlín debiera agradecerme eso, pero yo sé que no le gustó. Le dio rabia. ¡Rabia y vergüenza de no ser fuerte!

¡Ah, si bastara la fuerza para conseguir el cariño de una mujer! Yo sé que a Isabel le halagó que yo le rompiera la boca al otro. Pero no basta ser fuerte y tener buenos puños. Hay que tener gracia para hablar y alegría y malicia en los ojos y ese ángel que tiene Carlín... todas esas cosas que se pueden tener cuando uno ha pasado la niñez consentida, y la azada no le ha hecho callos en las manos a los ocho años, y no ha dormido muchas noches sobre la paja y ha comido todos los días olla caliente y pan tierno.

También es cuestión de ánimo. Ánimo para acercar los labios al oído de una mujer y saber decirle con el aliento: te quiero. Yo siento el olor del pelo de Isabel, le veo el temblor de los labios, y el fulgor de los ojos cuando se fatiga bailando, y todo eso se me sube a la cabeza y me arde en la boca y me tiemblan

las manos con ansia de abrazarla. Pero no puedo decirle al oído: te quiero. Se lo diría, aquí, ahora, estrechándola contra mí. Mas, sería como si le robara a Carlín una cosa suya. ¿Y él? ¿No sabía él que yo quería a Isabel antes de que ellos fueran novios? Se me adelantó. Para eso es más joven; para ir más aprisa.

—¡Abel! —con el brazo derecho extendido hacia el horizonte, Carlín observó:— si no vamos más rápidos, no llegaremos a la cañada antes de romper el día.

Una franja de luz rojiza anunciaba el salir del sol. El airecillo se tornaba más fresco.

—Sí; tienes razón. Vamos atajando.

Comenzaron a caminar con ligereza por el herbazal. Ahora iban uno al lado del otro. Bul correteaba un poco, se alejaba a trechos, regresaba jadeante. Ya tenía el ansia de la caza.

—No parece que te gusta mucho el día— insinuó Carlín.

—¿Porque está un poco neblinoso? A lo mejor, al romper la mañana aclara. Será bueno. ¿No sientes que la yerba está empapada de rocío?

—¿Y cómo andas tan mudo y preocupado?

—Pues no sé.

—Ya hace días.

—Yo soy siempre un poco callado, ya lo sabes.

—Pues a veces cuando se tiene algo en el pecho y no se suelta, es malo: se pudre dentro.

—Ni tengo nada en el pecho ni se me pudre nada.

—Más vale así.

Las últimas palabras de Carlín fueron interrumpidas por un resonante aleteo que aturdió el aire. A pocos pasos de los hermanos levantó el vuelo un bando de perdices. Carlín descolgó precipitadamente la escopeta de su hombro y mientras el perro azuzaba al bando disparó, aunque estaban ya las perdices fuera de trecho. Erró los dos tiros, que fueron rodando por el campo, de matorral en matorral, hasta hacer resonar en el cerro próximo el retumbo de los ecos de las descargas. Se espantó la soledad de la mañana con los broncos estampidos y el ladrido de Bul.

—Hay que tirar con más calma, Carlín— observó Abelardo; menos mal que son perdices que no vuelan muy lejos. Volveremos a encontrar el bando. Y quizás otras.

—Si te parece yo puedo bajar por el camino hondo, hasta los trigales y tú sigues por aquí.

—Como quieras. Pero si nos separamos mucho no podremos aprovechar los dos a Bul.

—Pues vamos juntos hacia los trigales. Las perdices volaron hacia allá.

Llegaron cuando salía el sol. El viento fresco de la mañana briscaba por las tiernas hojillas y movía el verde tallo flexible del trigo, que se rizaba ondulando como una marejada. Era un trigal esbelto y lozano. Carlín entró en él; el verdor lo ocultaba casi enteramente, como si atravesara agua al cuello un río. Le gritó el hermano desde la orilla:

—No te metas mucho por el trigal, que se estropea. Además, no se te ve entre el verdor.

Pero Carlín ya no le atendía. Le alegraba aturdirse braceando entre el oleaje verde, sentirse rodeado por el jugoso olor fragante de la mies y de la tierra mullida.

Súbitamente, otro bando de perdices le voló casi de los pies, sobresaltándolo. Pero esta vez llevaba el fusil a punto y disparó a tiempo. Si no había visto caer a ninguna, estaba seguro de haber herido a más de dos perdices por lo menos. El bando voló hacia el camino. Abelardo antes de salir del trigal disparó dos veces. Del primer tiro vio caer a dos perdices. El segundo disparo, lo apuntó ya cuando el bando volaba rasando el trigo.

Galopó Bul.

Abelardo gritó:

—Carlín, ahí va el perro, llámale.

El perro enmudeció de súbito. Se oyó en cambio un grito punzador y alto de Carlín.

Abelardo no podía explicárselo. Se hincó de rodillas sobre la tierra, pisando al mismo tiempo las frescas amapolas del trigo y las tibias fuentes rojas que le brotaban al hermano del pecho y del rostro. Le tapaba las heridas mientras le llamaba a

gritos. Pero el hermano tenía los ojos muy abiertos, fijos, vueltos hacia el sol, que le encendía como un cristal luciente unas gotas de agua sobre las pupilas. Algo, con un borboteo oscuro, le roncaba en la garganta. Abelardo le tomó entre los brazos la cabeza y se la incorporó un poco. Por los labios entreabiertos le salió a Carlín un hilillo de sangre. Se le cayó sobre el pecho. Abelardo le descansó entonces la cabeza sobre la tierra, que tantas veces para él había sido almohada. Quiso gritar el nombre de su hermano, llamarle, y se le estranguló la voz encajada en la boca como una piedra fría. Lo embrazó de nuevo; quería levantarlo, ponerlo en pie. Pero no pudo; o había perdido de repente toda su fuerza o su hermano pesaba en ese instante con todo el peso de la tierra y el cielo a la vez. Estaba absolutamente inmóvil. Sobre él sí se movía en manchas, en burbujas, en pegadizos chorrillos, en fluyentes hebras, su propia sangre. Pero todo su cuerpo estaba plomizo de quietud, sorda e inalterablemente quieto, con una fijeza tensa, irremediable, que Abelardo solo había visto en los muertos. Sí; quietud de muerte. ¡Carlín muerto!

Abelardo, espantado, gritó. El perro, aullando, redoblaba el pavor del grito.

No acudía nadie. El campo estaba solo, de una soledad tan abrumadora como la inmovilidad de Carlín. No podría nunca saber Abelardo cuanto tiempo esperó a que alguien acudiere a sus voces. Se oscureció el sol y comenzó a tronar. Una nube, baja y espesa, fue cuajando su negrura sobre el trigal y descargó un palo de agua. De la cabeza inmóvil de Carlín, la lluvia resbalaba limpiándole la sangre. Abelardo se inclinó hacia el cuerpo de su hermano, le tomó la escopeta que al caer le había quedado entre las piernas, y su zurrón, y se los puso al hombro. Luego, arrodillándose al lado de él, lo embrazó por la cintura, lo cargó sobre las espaldas y enderezándose después, comenzó a caminar bajo la lluvia, rumbo a casa.

Ya ante las puertas sintió por primera vez Abelardo que la muerte de su hermano era un acto suyo. Hasta entonces, aquel horrible azar le había parecido cosa fuera de su propia vida, como si su hermano hubiese sido muerto por un rayo. Pero al llegar a la puerta de la casa y detenerse un poco para pensar cómo avisaría la desgracia a los padres, se le llenó toda la conciencia

del sobresalto de estas imaginadas preguntas: ¿cómo ha sido? ¿quién lo mató? Y cuando el padre desde el hortalillo de la casa le vio llegar y lo miró de súbito con ojos espantados que aún veían sin comprender ni saber, él gritó: —“he sido yo, padre...”

La casa se llenó rápidamente de vecinos, que hacían un coro de *ohs!* y de *ahs!* al llanto de los padres. Abelardo veía en los ojos de todos una hostilidad torcida, que les brillaba en la mirada como un filo de navaja. Cuando entró Isabel temió que sus ojos fueran aún más cortantes. Fijó Abelardo los suyos en el suelo para no sentir la herida del reproche suspicaz. Isabel se quedó plantada en medio de la alcoba, inmóvil, mirando al muerto. Solo los labios le temblaban un poco, se le estremecían como si estuviesen balbuciendo en secreto las sílabas del nombre de su novio. Abelardo levantó hacia ella la mirada y la vio palidecer de súbito, llevarse al rostro un pañolillo blanco que estrujaba entre las manos y salir. Al pasar junto a él le preguntó como un bisbiseo:

—¿Cómo fue?

La pregunta se le clavó en el pecho. Miró a cuantos estaban en la alcoba y a su hermano yacente. Hasta en la boca lívida y cerrada de este le parecía ver la misma pregunta. Como si aquella muerte la hubiese hecho él adrede y todos tuviesen derecho a pedirle cuenta de la vida de Carlín. Nadie, ni la misma Isabel, ni los padres, se le habían acercado para decirle una palabra de consuelo. Se le caía aquella muerte encima, lo aplastaba, lo anonadaba y nadie le daba la mano y le decía cerca la palabra necesaria de alivio. ¡Vivir treinta años honradamente para eso!

Al medio día llegaron de la ciudad el escribano, el alguacil, el médico forense, el Secretario del Juzgado y el juez. Estuvieron largo rato examinando el cuerpo de Carlín. Luego preguntaron muchas cosas a los padres, a los amigos, a Isabel. Después el juez se acercó a Abelardo y le pidió que le acompañara “al lugar del suceso”. Allí tuvo que explicar muy detalladamente cómo había ocurrido todo. Dónde estaba su hermano, cómo había tirado él, cómo había encontrado el cuerpo de Carlín. Abelardo no podía más; sentía que las piernas le temblaban y se le doblaban y una nube fría le cercaba la frente, le enturbiaba los ojos, le llenaba de algodónada niebla la boca, de telarañas de

oscuridad los labios. Solo sentía un punzante deseo: quedarse a solas. No ver a nadie.

Era tan agudo, tan absoluto ese deseo que cuando dieron vuelta a la llave del calabozo de la cárcel del pueblo y le dejaron a él cerrado en la lobreguez de las cuatro paredes, se derrumbó en el jergón que sobre una tabla de madera hacía de cama, y sollozando se durmió.

Vicente Renco y Rosa Lorenzo, sentados frente a frente ante el hogar, con la casa vacía de hijos, se miraban sin palabras y de cuando en cuando, suspiraban. Tenían los rostros enjutos y lívidos, los ojos rojizos. Vestidos de negro, apretaban entre sus labios el silencio, y con las manos cruzadas e inmóviles sobre las piernas, parecían sujetar una vida inútil, vacía, que les había quedado después de la muerte de Carlín y el encarcelamiento de Abelardo. El padre había decidido ir a visitarle en la cárcel, para ver qué se podía hacer por él. Hablaría también con un abogado y con el juez.

Pero pasaban las horas y allí estaba sentado, mirando alternamente a Rosa o a su mano, y sin hacer nada. Es que él mismo era ya nada. Había vivido sesenta años para tener una casa, unos hijos, y ver a estos casados dándole nietos y cuidando y haciendo crecer poco a poco aquella chica hacienda, que había hecho de sarmiento su brazo y doblado su espalda. Y de repente, todo se había desherbó con violencia. Como avanzaba el tiempo y la mañana pasaba, Rosa preguntó:

—¿No ibas a ver al juez y al abogado, Vicente?

—Sí; ya voy.

—¿Tú crees que Abelardo...?

Vicente no dejó que su mujer terminara.

—No te tientes tú misma con esa pregunta, Rosa. ¿Cómo puede nadie saberlo?

—Por eso, porque nadie lo sabe, puede ser verdad lo que cualquiera piense.

—¿Por qué había de matarlo? ¿Tú has oído que nadie lo dijera?

—No; nadie lo dice, pero siento que lo piensan.

—¿No será que tú lo dudas?

—Y tú, tú mismo, ¿no te lo preguntas? ¿Te lo ha dicho a ti alguien?

—No; nadie. Ni se lo dejaría decir a nadie delante de mí.

Después de exclamar esto enérgicamente Vicente musitó para sí:

—Abelardo y Carlín, Abel y Carlín, Caín y Abel. Y esta vez ha sido Abel.

Quizás sin saberlo él mismo. Casualidad. Nadie sabe por qué pasan las cosas, y suceden. Y después de suceder...

—¿Qué hablas?— preguntó Rosa...

—Nada.

—Sí; estás hablando a solas de lo mismo. Porque es para volverse loco, Vicente; pero no puedes volverte loco, no puedes.

Tienes que hacer algo para sacarle de la cárcel. Aunque de veras tenga él la culpa; aunque lo matase queriendo.

—¿Y por qué iba a querer? ¿Por Isabel? ¿Por celos? Un hijo mío no hace eso. Pero ya nada tiene importancia. ¿Lo oyes Rosa? Nada. Tú lo has dicho. Lo mismo da que fuese queriendo, o por casualidad, o que hubiera sido otro, o que se hubiera muerto de enfermedad.

—No, Vicente; no es lo mismo.

—Sí, Rosa. Tendríamos de cualquier modo uno muerto y otro vivo. Este, que es el único que nos queda, el único, porque ya no podemos hacer otro. ¡El único! Y qué más da que el que quede sea este o hubiera sido el otro. Siempre el que queda tiene que acabar siendo el otro.

—¡El otro, Vicente! ¡Ay, hijo mío, mi Carlín! ¡Y pensar que me lo ha quitado este, este que me queda!

—¡Calla, Rosa! Los dos los hemos hecho, y tenido y criado lo mismo. No quiero saber ni recordar nada. ¡Malditas las escopetas y quienes las inventaron...!

Solo al cabo de muchas semanas consiguió Vicente Renco que su hijo saliera de la cárcel, con libertad condicional, tras

dejar como fianza una fuerte cantidad de dinero que hubo de procurarse hipotecando la tierra y la casa.

Cuando Abelardo, desde el encierro y la soledad del calabozo volvió al hogar, no se sintió liberado. Inútil que procurase distraerse afanándose sin descanso en la labranza para que la fatiga lo abrumara de sueño. Ni en lo hondo de este alcanzaba el olvido. En cada cosa veía a su hermano y su imagen lo hacía prisionero de su muerte. Vivo en la sombra o en la luz de los pensamientos, como en la alucinación del ensueño, Carlín le clavaba los ojos en la frente, le oprimía la garganta hasta la congoja. Se erguía ante él mudo, rígido y avanzaba hasta tocarle con las manos los hombros. A veces empujándole, lo derribaba y tendía en el suelo y le apretaba el cuello hasta asfixiarle. Frecuentemente despertaba sintiéndose oprimido como si de veras le estrangulasen. No podía entonces retener un grito de horror, que luego lamentaba haber exclamado porque sus padres le oían y le solían preguntar desde su alcoba si le sucedía algo. En esos instantes hubiera querido que aquella aparición de su hermano tuviese en la vigilia vida verdadera como en el ensueño, para lanzarse contra su presencia inmóvil y matarle.

Habían pasado más de seis meses desde el suceso y Abelardo no había logrado dormir una noche en paz. Sobre sus alucinaciones le atormentaba la próxima vista del proceso y la mortificación constante de los interrogatorios y diligencias judiciales.

Una caliente mañana de agosto, mientras labraba unas tierras cercanas al lugar donde cayera su hermano, ya rendido por la labor y ofuscado por el sol ardiente, que le quemaba la cabeza, se tendió a la sombra de un copudo algarrobo para aliviar el cansancio. Al cerrar los ojos la visión de Carlín se le apareció con nitidez insólita, nueva. Estaba despierto, y sin embargo, su hermano se le plantaba delante. Y le gritaba en el mismo oído, con voces agrias como graznidos, más penetrantes que el chirrido de las cigarras y el rumor sostenido de las abejas.

De súbito, Abelardo se irguió, y, fuera de sí, corriendo empavorecido por la tierra labrada, comenzó a gritar:

Vete, Carlín, vete, vete!

Ya había caído la tarde cuando unos labradores de la comarca hallaron a Abelardo al borde del camino de la quebrada, a una legua de la tierra de labor. Bajo un árbol, con el horcate enganchado, rumiaba su rocín, pisándose las riendas de cuerda. Bul estaba junto al amo, quieto.

Tardaron mucho los campesinos en conseguir que Abelardo recobrar el sentido. Cuando se acordó, lo montaron en su caballo y le acompañaron a casa. No pudieron arrancarle palabra. Estaba descarnado y lívido. Cabalgaba con el cuerpo doblado, dándose con la barbilla sobre el pecho. Parecía hombre a quien la edad vence y doblega.

—La muerte de Carlín —observó uno de los labradores— te está matando a ti, Abelardo. Tienes una tristeza y un remordimiento como si lo hubieses hecho de intento.

Abelardo no respondió nada; pero aquellas palabras le horadaban la cabeza. Cuando entró en la casa ya era de noche. Sobre la mesa pequeña de pino que había junto a la llar, una luz de aceite, rojiza, lanzaba sobre el suelo, largas y oscuras en la sombra, las siluetas de sus padres. Vicente y Rosa, enlutados, silenciosos, tomaban la colación de la noche. Sentóse también él, sin decir palabra. Era un silencio tan duro y tan fuerte, que parecía una persona más, también enlutada y rígida, que paseara descalza por toda la casa.

De pronto, la madre se levantó, tomó del hogar una escudilla de sopas y le sirvió a Abelardo en su plato.

—No, gracias; no quiero comer, madre.

La madre suspiró: —¡Ay, Señor, ay, Señor!— y se volvió a sentar.

Cruzó el zaguán un murciélago, revoloteando. Bul, en la puerta, aulló al sentir que la sombra le aleteaba sobre la cabeza. El viejo, con el paso lento, encorvado, se asomó a mirar la noche.

Abelardo, aún sentado a la mesa, sintióse amargamente solo. Incluyó la frente entre los brazos, cruzados sobre el tablero. No podría medir el tiempo que había permanecido así. Cuando se levantó, sus padres ya no estaban allí. Por la puerta de la casa, abierta, entraba un airecillo fresco, de amanecer. Bul dormía a sus pies.

Se levantó, se dirigió al armario donde su padre había guardado las escopetas, cogió la suya, despertó al perro y salió, seguido de Bul. Aún estaba lleno de noche el campo. Tomó un sendero que llevaba hacia la casa donde vivía Isabel. Apenas había caminado unos cincuenta pasos volvió por el mismo sendero hacia el camino de la quebrada. Hubiese querido, antes de salir, decirles a los padres que él no había jamás deseado la muerte de Carlín. Pero no se atrevió. Le parecía inútil. Si no lo creían así, ¿para qué hablar de eso? Y si lo creían, no dejarían de pensarlo por sus palabras. Luego determinó decírselo a Isabel. También le desfalleció el propósito. Además, él mismo dudaba de que fuera así. Nunca había querido la muerte de su hermano y había sido un azar aquel disparo mortal. Pero después, en vez de llenársele el ánimo de piedad por el desaparecido, se le había henchido de odio. Carlín le había llenado de muerte, una muerte que le pesaba, le perseguía, le acosaba, le vencía. Era como un pájaro negro, nocturno y carnicero, que tuviera posado sobre su cabeza y le picoteara los ojos y los labios. A veces doblaba las alas sobre su rostro y todo se le convertía en oscura noche de plumas que se le pegaba a las mejillas.

Cuando Abelardo llegó a la quebrada sentóse un instante en un margencillo de piedra.

¡Si él pudiera matar aquella muerte que le entenebrecía la vida! Negras alas de pesadilla le estremecieron los ojos. Apoyó la escopeta en los pies, reclinó la frente sobre el cañón y disparó. Le pareció ver una luz intensa, encendida, brillante, que le agrandaba los ojos. Le pareció oír a Bul. Apoyó una mano en las piedras de la margen para no caer del todo. Pero caía dulcemente, mientras las alas negras del pajarraco aquel se abrían en su cabeza.

Olvidado de su sangre

Me llamo Luis? Sí. Me llamo Luis. ¡Al fin lo recuerdo! ¡Olvidarse hasta de su propio nombre! Paseaba hace años, con una amiga mía francesa por la calle de Sierpes... ¡Aquel sol sevillano de mediodía! ¡Aquella luz, con susurros de colmena y esplendor de cal!

Desde una acera a la otra me llamó a voces un amigo: “¡Luí, Luí!”. —“¿Oíste?”— me hizo observar la muchacha— “Tu nombre, en Sevilla, suena como *l’oui*”. Y tradujo, cerrando mucho la o “*el uido*”.

Sí; yo era Luis, Luí; el huido.

Y ahora, de nuevo, huido. ¿De qué, de quién? ¿De mí mismo?

Es sorprendente que estos recuerdos se precisen tan exactos, y no pueda en cambio recordar mi nombre entero... Luis, ¿y qué más? ¿Qué ha podido pasarme para que lo haya olvidado?

A veces, la niebla del tiempo no deja ver más que esos recuerdos pequeños, sucesiones fugaces de olvidos, entre los cuales flota la vida. ¿O la vida está anclada en ellos? Como una isla en medio del mar. Si queremos asir el sentido de nuestra propia vida, es necesario navegar hacia esa isla, buscar las raíces del recuerdo descubierto, llenarse el pecho con el sabor de su savia.

¡Este afán de volver a pasar por el corazón todas las cosas que hemos olvidado!

¿Esa obstinación en actualizarlas, no es inquietud ante la fuga de lo presente, o desasosiego al sentir que solo existe porque deja de serlo y, al pasar, se lleva trozos de nuestro

futuro? ¿De cuántos futuros está hecho este presente nuestro? Vida. Tiempo. Acción fugitiva en el percedero *hoy mismo*. Eso somos. Y ese hoy mismo, ¿será por percedero eterno?... ¡Claro! Para alcanzar la eternidad es preciso situarse más allá de la muerte. Las cosas solo vuelven a vivir después de su muerte...

¿Y qué más da? ¿Por qué pensaré yo ahora en todo esto? Tengo la sensación de estar mezclando adivinaciones, pensamientos ajenos, que a veces son como un agua quieta y estancada, sobre cuya superficie floto. ¿Por qué, de pronto, recuerdo los nombres de Quevedo y Heidegger y no puedo recordar el mío?

Luis. ¿Y qué más? No sé. Es como si hubiese nacido antes que la palabra, y todas las cosas hubiesen estado arrinconadas en un desván, sin nombre, como yo. Hasta que no sepa enteramente cómo me llamo, no soy. Otra vez el recuerdo lejano me está cerrando el paso a la memoria de mi ahora mismo. ¿Memoria de lo actual, de lo presente? Sí; las cosas solo empiezan a ser, cuando comenzamos a recordarlas.

Me llamo Luis... Ah, si pudiera volver a ser niño, cuando apenas nadie nos llama más que por nuestro nombre. Luis, como mi abuelo materno. Era marino. Capitán de barco. Se retiró cuando tenía cincuenta años. Ahora recuerdo la casa que compró en el campo, a la orilla de la mar, en Altea, allá en Alicante. Altea, una Génova pequeña, colgada en la montaña; el mar le mojaba las casas más chicas, y llenaba de viento salado los tejados, donde por la noche soplaban la voz de los pinos.

¡Qué lúcidamente me acuerdo ahora de todo esto! Es un recuerdo blanco y azul, como el bote de vela que mi abuelo tenía para pescar. Yo heredé de mi abuelo el amor al mar. Y mi nombre: Luis. Ahora, sentado aquí en el malecón, delante de este mar tan parecido a aquel, me siento mejor. También me hubiese gustado ser capitán de barco. ¿Pero, qué soy? ¿Qué he sido?

Vayamos por partes. Sin correr. ¡Ah, si no me doliese tanto la cabeza! ¡Si no tuviese este gusto amargo en los labios, secos además, salados! ¿Sabor de membrillos verdes, de arcilla mojada, de leche de higos, de sangre?

La sangre sobre la nieve. Apenas saltaba de la herida, se coagulaba, negruzca. ¿Dónde? ¿Dónde vieron mis ojos esa sangre?

Recuerdo un estruendo de motores, un silbido de balas. ¡Teruel! De la leyenda de los amantes, a esta sangre que ahora mismo me sabe amarga en los labios...

¿Teruel? ¿Has dicho Teruel? Pues eso... Antonio Teruel... “Dr. Antonio Teruel, especialista en niños”... Veinte años viendo ese letrado, todos los días, al abrir la puerta de la casa. Mi padre se llamaba Antonio Teruel.

Era de Hinojosa del Duque. Blanca cal de pueblo cordobés, entre los oscuros olivares. Allí, un cortijo. Iba alguna vez con mi padre a cazar perdices. Las patas de las perdices, rojas. ¡Y aquel alboroto de las alas! Alboroto de revuelo entre ramas y brozas. ¿Por qué habré recordado aquella blanca cal de las paredes del cortijo, junto a este rojo de sangre de las patas de las perdices?... Ahora me sabe a sangre y a cal la boca...

En verdad, yo prefería ir a Altea, con mi abuelo Luis. ¡Hola! Me llamo... ¡Al fin! ¡Luis Teruel!...

¿Y qué más? ¿Cómo se llamaba mi madre? La recuerdo muy bien. ¿Muy bien? ¿Cómo era? Sí; la recuerdas. Mira: tenía el pelo castaño, y con la edad, se le fue poniendo dorado. Lo peinaba con raya al centro, y lacios bandos lisos sobre las orejas, aplastados sobre las sienes, recogidos hacia atrás con un moño sobre la nuca.

Era muy alta, delgada, pálida. Tú la conociste siempre vestida de luto, Luis. Caminaba lentamente, a veces con las manos tendidas hacia delante, silenciosa. Parecía ciega. Pero sus ojos tenían una claridad azul, y eran dulces y asombrados, y los posaba sobre las cosas largamente. O se detenía un instante, en pie, en la mitad del corredor de nuestro apartamento. Y entonces los ojos se le agrandaban. Mi padre la llamaba... ¿Cómo? Aún me parece oír su voz, que le temblaba un poco, como si temiese golpear con ella a mi madre... ¡pero el nombre, el nombre, el nombre! Voz sin palabra.

En cambio recuerdo las manos de mi madre, posadas sobre mi cabeza. “Luis, creces como una espiga de trigo”... “Luis, ¿tú no serás marino, verdad?”. Sí; recuerdo que mi madre me decía eso muchas veces. Y ya ves: aquí estás, sentado sobre esta orla del barco inmenso que es La Habana. En el Malecón,

del otro lado del mar. Siempre de niño había soñado cruzarlo, a bordo del falucho de mi abuelo. Con el ala de la vela bien alta. El falucho se llamaba Ala. Ala, escrito en la amura de babor. ¡No! Era un nombre más largo. Y el letrero iba montado sobre las dos escaleritas abiertas de la A. Había en el centro una letra redonda, femenina, como la popa del falucho. ¿Una G? ¿Aglá? No, tampoco, Agla, ancla, angla... Recuerdo que el falucho se llamaba como mi madre. Angla... Ángela. Eso es: ¡Ángela! ¿Cómo no podía acordarme? Es que mi padre no la llamaba así. Como si fuera muy niña, la llamaba siempre Angelita...

¡Es tan difícil que yo recuerde estas cosas! Mi madre murió cuando yo tenía doce años. Me preguntó muy dulcemente, ya casi dormida en la muerte: —“Luis: ¿tú no irás a llevarme claveles al camposanto cuando yo os deje?”. Y su pregunta me pareció tan clara, tan sencilla, que yo contesté, sin disuadirle de su muerte: “Si, iré, madre”. Yo la miraba muy fijamente a los ojos, para ver si los cerraba. En lo blanco del derecho, tenía una pintita roja, como una gotita muy chica —no mayor que un grano de sal— de sangre.

Sobre el mármol de la tumba de mi madre, leí muchas veces su nombre, al llevarle claveles los domingos. Nombre de madre, santo.

Y no puedo recordarlo. María de los Ángeles... Había después una S grande, s de soledad, de silencio, de susurro, susurro del aire, en la soledad y el silencio de los cipreses del campo santo. Campo santo. Nombre santo. ¿Por qué no surge ese nombre de esta playa de olvido? ¡Nombre santo de mi madre, surge! Tu nombre santo surge, de esta playa de olvidos, madre mía... ¡Oh, si yo fuese un poeta!... Inventaría ahora tu nombre... Tu nombre santo surge... ¡Ya está! María de los Ángeles Santurce y Nieto...

¿Por qué tienes miedo, Luis, a decirte ahora, aquí y a solas, que tu madre estaba loca? ¿No recuerdas lo que dijo tu padre? “En el instante de morir pareció recobrar la razón”... Eso es. Razón, palabra, nombre recobrado... Que no se te vuelva a olvidar nunca. ¡Ya está! ¡Qué angustia hasta aquí! Luis Teruel y Santurce... Mi nombre entero, mi razón...

Luis Teruel y Santurce, natural de Madrid, de 38 años de edad, de estado... de estado...

No lo recuerdas. Otra vez la oscura agua donde todo se hunde. Si al menos fuera un agua viva, sonora, con espumas blancas, con olor a algas y medusas... Mar... Navegaría mi alma hacia una playa nueva de recuerdos, a bordo de todas estas palabras que se vuelan de mi memoria, vivas aún, velas al viento de cosas que tienen significación clara para mí en el instante que las pronuncio; al menos, en este momento en que me dejan su sabor sobre los labios. Pero todo se me hunde en un agua oscura, lenta, oleaginosa, honda, sin orillas, muerta.

Con todo, ya soy. Si en este momento me perdiese otra vez a mí mismo, podría llamarme: “¡Eh, Luis Teruel y Santurce, dónde vas, sin mí?...”

Si en algún instante no me reconociese, yo podría —¡qué consuelo!— presentarme a mí mismo: “El Sr. Luis Teruel y Santurce”...

—Tanto gusto. ..

Gusto... ¿Gusto, a qué? ¿Es que estás contento de ti? Has llegado hasta aquí dando vueltas, pisando horas y más horas, ceniza de tiempo, arena mojada de días... ¿Y qué?

—Tanto gusto... ¿Cómo está usted ?

—¿Quién me lo pregunta? ¿He sido yo mismo? ¿Dónde estoy?

Estoy aquí, sentado en el malecón. ¿Y qué hago? Nada. Miro al mar. Miro esos reflejos luminosos de un anuncio de ron, que juegan a despertar la oscuridad, rizándola de falsa auroras. ¿O más allá de esos reflejos ya comienza a clarear un temblor de amanecer? No hay nadie. Ni un automóvil. ¿Será ya el alba? Yo tenía un reloj, pero debo de haberlo dejado por alguna parte... También he olvidado el reloj...

Encenderé un cigarrillo. Estas pequeñas cosas que se encuentran fácilmente, a tientas, por los bolsillos: las cerillas, el paquete de cigarrillos, una llave... Amargo humo... El viento duerme, y el humo, antes de disiparse, se nubla un poco delante de mis ojos. ¿O soy yo mismo? ¿Serán mis propios ojos los que se nublan? ¿Iré a quedarme ciego? Quizás cansancio, tan solo.

Sueño, tal vez. ¡Si ahora pudiera verme en el espejo! ¿Verme o encontrarme? ¿Me habré olvidado a mí mismo en algún espejo perdido? ¿Dónde me he visto últimamente en un espejo? Tengo la sensación de que mi imagen huyó al verme. ¿Huir? Ah, sí: Luis, luí, *el uido*, huido.

Luis el huido, el ido. ¿Ido? ¿Loco yo? ¿Por qué hace muchas horas que estoy hablando como un loco, sin sentido y a solas? ¡Esos terribles juegos con los cuales las palabras se entretienen en torcernos el sentido! Loco: el locuaz solitario, locutor de soledades, coloquio de olvidos... Y perderse por una galería sin fin... No estoy loco, pero estoy vacío. Quise saber cómo me llamaba para tener algo mío en los labios. Sabor de mí. Saber quién era y cómo. Y aquí estoy ya: Luis Teruel y Santurce. ¿Y qué? ¿Para qué me sirve ya saberlo? Aquí estoy, vacío y cansado, frente al mar. Tengo frío. Angustia, tengo. ¿Desde cuándo no sé lo que hago? La osa mayor navega a la deriva, se está recostando sobre el mar. Y como hay una nube que le ronda las estrellitas traseras, no puedo —rueda que ronda, rueda— encontrar el lucero del norte...

Ahora que ya sé mi nombre me parece que todo me llama: el silencio, esa soledad asfaltada y brillante de la calzada, la voz del mar. Y me dan ganas de contestar la verdad: ¡no está! Hace ya días que me sucede esto: al volver de cada esquina me detengo un instante, como si hubiese dejado de ir conmigo, y tuviera que esperarme a mí mismo. Y me parece oír al verdadero Luis Teruel, desde la otra acera, dictándome: “¡Adiós chico, ahí te quedas!”. Me quedo, ¿dónde? ¡Si en ese instante yo no soy ya Luis, ni Teruel, ni Santurce! Soy nadie, nada, nacido y muerto al mismo tiempo.

¡Se acabó, Luis! Basta, ¿A qué ese horadar inútil, horas y horas, hacia el fondo vacío de ti mismo? Prueba a ponerte en pie. ¿Caminar? ¿Que no tendré fuerzas? Veamos... Sí; torpes los pies, inseguro el rumbo; guiñando el paso. Pero avanzo... He creído morirme... Todavía tengo sudor frío por la frente... Y este mezclado sabor ruin de bilis y ron en la boca... No puedo más... Voy a caerme...

Sí; debo de haberme caído. No. He resbalado sobre el malecón, eso es todo. Me he apoyado en él. Mi frente sobre

la piedra. Su frío más álgido que el mío, y esta dureza, me devuelven conciencia de mi vida. Algo me resiste. Prueba que yo mismo no soy piedra, que estoy fuera de las cosas. Fuera de ellas, luego en mí. ¡Coraje! ¡Todo no es caminar hacia adelante! (Coraje, claro, de corazón)... Sí; me galopa a veces. Ahora. Me borbotea en la garganta... Me soltaré la corbata... Extraña cosa. Extraña, porque parece de otro, no cosa mía. Nunca dejo de llevar corbata... ¿Cómo he podido salir sin ella? Salir... ¿A dónde, de qué sitio? ¿Por una escalera? Tengo la sensación de que he subido por alguna escalera muy estrecha, de peldaños rojos y negros, que crujían al pisarlos... Subir, marcharse, ir fuera... Salir en italiano, en francés, en español... ¡Valiente tontería, Luis! Esta arenilla de palabras, ahora, para hundirse más cada vez... Vueltas, darle vueltas a las palabras... como a todo... Otra vez... —¿y la vez, otra o la misma, no es una vuelta?— Otra vez todo me vuelve y me da vueltas y... Estoy muy mal... ¡Cuidado, Luis! ¿Morir? No tanto... Náuseas... Esto va a pasarme en seguida...

Me parece que estoy viéndome en la luz del amanecer, como en un lejano espejo sin vidrio, solo de transparencias y silencio... Tengo la sensación de ser vidrio yo mismo... Sí, es así. Por eso has de torcerte una mano con la otra y apretarlas, para convencerte de que estás vivo y eres de carne y hueso... Te lo vuelvo a decir, Luis: se acabó. Ahora mismo es preciso que sepas lo que has hecho, por qué estás aquí de dónde vienes... ¡Ah, sí? ¿Y si no fuera preciso? ¿Y si me acostara aquí sobre esta piedra del malecón, salobre y callada?

Y se me irían clavando las estrellas una a una en los ojos, y el frío de la luz del alba me cortarían de perfil el rostro, y las cucarachas, con las alas plegadas, irían trepando por mis manos, frías de anhelo nocturno hasta buscar la sombra ensalivada de mis labios entreabiertos, en hueco oscuro. Y esta ansia de recordarme, de precisar, se iría diluyendo, y acabaría cubriéndome sin duelo, blanca, como una sábana... La sábana blanca sobre la piedra y sobre mí. Nieve en la piedra. No puedo recordar la blancura de la nieve sin verla manchada de sangre... Mi nombre y la ciudad fría. ¡Vivir después de esa sangre! Si la olvidara, olvidaría mi propia razón de ser. ¿Y el recordarla ahora no es haberla olvidado? ¿No era mi misma sangre?

¿Y tú te lo preguntas, Luis? Sí. Yo mismo. ¿Habré podido olvidar hasta esa sangre? Nombre, razón de vivir. Sangre, y nombre... ¿Habré perdido la razón, la sangre, el nombre? ¿Por qué me he llevado la mano a la frente? Sin saber por qué. ¿Picadura de insecto, escozor de mosquito? Pero nada zumba, ni trompetillea. Sensación de dolor en la espalda. El cuerpo dormido intenta volverse, apoyándose sobre su propia blandura. Y hay unos estambres que desatan el sueño; oscuras cuerdecillas de la conciencia me avisan con miedo el peligro de caer de la estrecha piedra si me volviese. El cuerpo se me contrae. Estás o estabas dormido, Luis, y quieres despertar.

Me pasaré los dedos por los párpados. Sí, son mis dedos. Sobre mis ojos. Los oprimen. Se me deslizan desde el lagrimal hasta las sienas. Súbitamente los siento como si fuesen de otro. Y tengo el presentimiento de deslumbrarme; de vivir con los ojos cerrados, sumergidos para siempre en una claridad violenta, ardiente.

¿Por qué antes de que pueda abrir los párpados, me sujetan los pies, los brazos, me oprimen los ojos y las sienas? ¡Cuántas manos, alientos, sordos golpes! ¡Por los oídos, lancetas que hieren y cortan no sé que sedas, rasgándolas dentro de los tímpanos!

Al fin, fuera de mí, ruidos. No puedo abrir los ojos. Tengo la sensación de que me han pegado los párpados con un aceite derretido al sol. Sin que pueda evitarlo, los brazos se me abren, lentos, tenaces. ¡Soltadme los brazos! ¡Soltadme todo el cuerpo! ¡Dejadme!

¿Pero por qué gritas así, Luis? Nadie te sujeta. Te sujetaba el sueño. Estás despertando.

Sí. Estoy, ya despierto, sobre el malecón. Seguramente me he acostado rendido de cansancio, y me he dormido. Solo. Tengo todo el traje arrugado. Me levantaré. Me hace daño ese rojo de sol que se desangra sobre el mar. ¿Amanecer de qué noche? Tengo la sensación de que ha pasado mucho tiempo. Yo no estaba tan delgado. Y menos envejecido. Pero tengo aún... Luis, Luis —mi nombre en los labios. Puedo conocerme: Luis Teruel y Santurce. ¡Qué terrible, si hubiera despertado siendo otro! ¿Otro? ¿Quién? Hombre, Luis ¿quién? ¡Tú! Sí, tú. Y en torno a ti, las cosas. Mira la ciudad. Completamente nueva. La seca el

sol, envolviendo las fachadas, pasándole su resplandor dorado y caliente por los árboles, aún mojados de noche. ¿No te sientes tú también nuevo?

Mira esa calle, frente a ti. Vertical al malecón. Cruza. Vamos. Puedes. Sí, puedo. Uno, dos, uno, dos. Automata. Ya estás en la calle, Luis. Mira allí un café. Aún no han apagado las luces del establecimiento. Es que el café está lleno de noche. Y aquí dentro, toda la vida parece acurrucada en esta sombra del amanecer. ¿Será la vida como un gato, que vive arrinconada por los cafés?

Este lugar es tan conocido como una voz, como una mano, como unos ojos. Voz que te ha hablado antes al oído, mano que ha estrechado tu mano, ojos que te han mirado caminar... ¿Qué horas has dejado aquí que en este instante te sisean recuerdos desde el murmullo caminante, —muelle viejo— de ese reloj colgado en la pared? Escucha... escúchate a ti mismo... Mira: son las seis de la mañana. No recuerdas qué has hecho esta noche. No le pongas azúcar al café. Así, amargo, te despertará mejor.

Hubo un momento en que no sabías ni cómo te llamabas... Ni tu nombre.

—¿Y qué más da tu nombre, si no sabes quién eres, ni cómo, ni qué?

—¿En dónde han sonado estas palabras? ¿O son un eco?

—“¡Señores, señores, me llamo Luis, Luis Teruel y Santurce... LUIS!!!”

—Perdonen, perdonen, creí que estaba solo. Adiós...

Ciertamente, toda la gente que había en el café te habrá creído loco, Luis. El camarero, el tranviario, el chino de las verduras, el golfo, aquel con el serrucho... Es inútil que les hayas pedido perdón. Se han reído de ti. Te han mirado como se mira a un loco o a un borracho... ¿Por qué no callas? ¿No puedes dejar de hablarme? ¡Qué bien, este fresco de la calle sobre mis mejillas!... Y no pensar más en nada. Olvidarme... Déjame hacia adentro, mudo y en paz.

—¿Sí? ¿Quieres que te deje? ¿Vacío de ti mismo?

—Sí.

—¡Mientes!

—¿Quién eres tú para decirme eso?

—¿Me lo preguntas? ¿No lo sabes? Tú. Soy tú.

—Claro, sí. ¿Y qué me importa? ¡Déjame!

—Lo dices, pero sí te importa. ¿Si ahora yo te dijese, como siempre, desde esta esquina: “Adiós, hombre, ahí te quedas?” Te lo voy a decir... “Eh, Luis...”

—No. ¡No! Espera. Aunque sea desgarrándome. Quiero verme, oírme. Despertar. Soy Luis Teruel Santurce. Yo. Aquí, en pie. En esta esquina. Calle de Águila. Otro café, con las puertas abiertas y las luces encendidas. Las seis y cuarto en el reloj. Dentro de tres horas, tengo que entrar en la oficina. Oficina, de oficio. Oficio, quehacer, abierto de ocho a seis.

Salí a las seis de la tarde. Casi a las seis y media. Tenía sed. Fui a beber un ron con agua mineral. Yo no había ido nunca a ese café. Más bien una tabernilla, una boite, para gente que no se ha conocido nunca a sí misma o tiene miedo de quedarse a solas. Desde que entré me sentí mal. Me parecía que todo el mundo iba a pedirme explicaciones de por qué estaba allí. Yo mismo tenía la conciencia de ser un intruso. Quizás por eso me apresuré a beber. Y cuando el ron empezaba a marearme un poco, se acercó a mí una mujer trigueña, alta, los ojos pequeños pero brillantes y profundos a la vez, los labios, a pesar del carmín cerúleo y pastoso, dulces y jugosos cuando se abrían húmedos sobre el marfil incisivo, igual y resplandeciente, de los dientes.

Se acercó, y me preguntó, en voz baja, casi hablándome al oído:

—¿Ya no me recuerdas? ¿O no quieres saludarme?

En realidad yo debía de estar muy mareado para no haberla conocido inmediatamente. Porque aquella mujer... Bueno. Basta. ¿Para qué vas a volverte a decir todo eso? Son cinco años de tu vida... Hay algunas cosas que no cambian nunca... Una venita que se hincha en la frente al reír. ..

Una palabra inútil, a veces repetida —claro, claro— que le sale a la frase como sale un lunar en la mejilla. Cuando dijo: “—Te habrás olvidado de mí, claro, claro”— la reconocí en seguida...

Tres años sin vernos. La última vez había sido sobre el muelle de una compañía de navegación. Ella, en pie, a popa del barco, levantaba el brazo, con un pañuelo en la mano. Era la cuarta vez que nos decíamos adiós. Siempre sin palabras: con un pañuelo, con la espalda, con el papel azul y recortado de un cable, con unos pasos silenciosos, a oscuras, como si mis pies le hubieran robado, dormida, al alba, la posibilidad de despertar...

¿Y ahora? Ahora, al fin, ha de ser para siempre.

¿Siempre?

Vuelve a decirte esta palabra, lentamente, saboreando el tiempo que se queda quieto en inestable equilibrio sobre sus sílabas... Siempre. Si ahora, en cambio, te la repites muy de prisa, rítmicamente, te parecerá escuchar un reloj que te señala las horas futuras de esos días —uno tras otro— que ya serán para ti ese siempre. Siempre, hasta que llegue ese otro siempre tuyo, ese que te acompaña silencioso paso a paso: tu muerte.

Pero esta vez, no. La muerte quedó a su lado, retorciéndose, y en el espejo, donde yo apenas llegué a verme de perfil, huyendo.

Piensa en todo esto, Luis. Tenía los ojos abiertos, llenos de sombra. Esa misma sombra le vestía el cuerpo, parecía levemente envolverle en un tul moreno, rosado, aquella blancura de jazmines apretados, del vientre, de los senos, de los hombros. No se movía.

De pronto, muy quieta, sin mirarte siquiera, dijo:

—Así como estamos me gustaría que nos quedáramos para siempre...

¡Qué tontería! ¡Me sonó tan falso!...

—Aprisa, Luis. Recuerda...

Sí; recuerdo. Había una lucecilla rojiza, pálida, al lado de la cama. El espejo de una coqueta nos copiaba a los dos, al fondo de la alcoba, bañados en esa luz, como flotando en una sangre gaseosa, inmóviles.

Su mano, extrañamente lívida por aquella luz, cóncava delicia, ordenaba la quietud del aire, dios pequeño de aquellos minutos de sopor y deleite. La levantó despacio sobre su cuerpo,

donde parecía dormir, olvidada, a la orilla de sus muslos. La acercó a mi frente. La apoyó sobre mi pecho.

Volvió entonces su voz a repetir: —“Si nos quedáramos así, para siempre...”

Al lado de la lámpara, pequeña laguna de agua brillante, relucía su cartera. Ella se incorporó levemente. Vi otra vez su mano en el aire. Registró la bolsa. Brillaba entre sus dedos un pequeño destello aprisionado; parecía un pececillo acabado de sacar de una pecera...

Sentía sobre mi rostro un aire tibio, que me acariciaba con temblor de cabellos y una impregnada dulzura de olores. Recuerdo unos ojos que iban creciendo sobre los míos, que se abrían cada vez más. Volvió a repetir:

—“Ahora, nos quedaremos juntos para siempre...”

La aguda punta de aquel pececillo marcó el lugar exacto donde me latía el corazón. Sentí tu tictac a flor de pecho...

¿Y en este instante, Luis, dónde estás? Recuerda. Has llegado hasta aquí caminando sobre recuerdos. A veces los recuerdos son como una alfombra blanca, espesamente tejida, y los pies van sobre ella silenciosos, lentos. O lienzos pálidos, donde vemos pasar nuestra vida entre nubes de sombra. Estoy perdido. En este instante no sé por dónde camino, ni por qué he llegado hasta aquí. Miraré en torno. Es preciso que encuentre un letrero, una puerta, un balcón, para que me sirva de faro... Sí. Míralo. Ese farolillo rojo. Esta noche estaba encendido. Todavía, debajo del farol, sin brillo ahora, el mismo letrero de esta noche: FARMACIA DE TURNO. Aquí fue donde tú entraste esta noche. ¿Ahora lo recuerdas? Eran las doce en punto. Ella había guardado de nuevo su pececillo en el bolso, pero no podía dormir. Sollozaba. Luz del sueño. “Un poco de luz para el sueño”, pediste en la farmacia. Y el dependiente te miró raramente: “Querrá usted decir luminal”. ¿Te miró? ¿Por qué *te*? ¿Acaso no soy yo, yo mismo, ya sin otro posible, yo a solas? ¿YO? Sí, yo. Luis Teruel y Santurce. *Me miró*. El dependiente *me miró*.

¿Ves qué sensación de certeza de ti mismo, ese yo? ¡Pero, Luis, Luis, Luis: otra vez tú y yo! ¡Oh, este juego de no ser nunca, de no actuar nunca siendo! ¡Este huir de mí! ¿Ya esto

llaman hablar a solas? ¿A solas yo, acompañado inevitablemente de este otro yo mismo? Será necesario volver... Volver a aquel instante en que ella se quedó al fin dormida, y yo salí de la alcaoba silenciosamente. Y al cerrar la puerta, me vi un instante en el espejo... ¿Y te quedaste allí en el espejo, Luis, cuando se cerró la puerta? ¿Dormirá todavía ella, vuelto el rostro hacia el espejo, y tú, desde lo hondo de él, estarás en pie mirándola, mirándola?...

Es preciso volver, despertarla, decirle adiós para siempre... Ahora, de espaldas al farol, se vuelve hacia la izquierda. Sí. Es esta misma calle. Todavía está ese mismo carrito de frutas, lleno de manzanas coloradas. Esta noche, con la lucecilla eléctrica encendida, palidecían las manzanas, iguales, juntas... Como si sus dos senos se hubiesen multiplicado olorosamente y le sobrasen, y se los llevasen en el carrito, de madrugada... ¿Los de ella sola? Los de todas las mujeres que duermen allí cansadas de goce?... Bueno, basta. ¡Pues sí que son momentos para que se te ocurran estas tonterías, Luis! Sí. Tienes que caminar aún dos cuadras. Dos esquinas más. Esta es la primera. Aquí ella tropezó, se cogió a tu brazo. ¿Recuerdas?... Puerta entornada. Se empuja. Sombra. Al fondo, una claridad azul. La escalera, a la derecha; detrás, pasos velados, un sirviente. Olía a azucenas olvidadas, a jabón de tocador, a hojas secas, a camerino de teatro... “Por aquí, señor”... Sí. Por aquí. Empujó... Ya está. ¡La escalera a la derecha... ¿Y si me ven solo? ¡Vamos, entra!

.....

Número diez. Es aquí. Casi estoy seguro: número diez. ¿Pero por qué esos tres policías ante la puerta? —¿Como? ¿Que si me atrevo? Vengo a ver si duerme todavía... A despertarla... ¿Yo?... No sé... Yo creo que la dejé dormida... Sí; lo veo. Dormida sobre esa playa blanca con sangre...

¿Muerta? ¿Dicen ustedes que muerta? ¿Dormida en su muerte, entonces? Claro, claro...

¿Yo? Pero si hubiese sido yo no hubiera vuelto... Claro... Volver. Ahí estaban mi reloj, mi cartera... y ella.

¿Pero yo? ¿Están ustedes seguros? ¿Y quién soy yo? ¿El del espejo o yo? Me llamo Luis Teruel Santurce... ¿Estado?... No sé.

Oh, si ustedes pudieran estar seguros, completamente seguros, de que soy yo!... Yo... Yo... Yo...

¡Eh! Luis, Luis, LUIS! Nada. Solo este frío de hierro en las muñecas. Te han esposado, Luis... ¿Me llamo Luis? Sí. Esto lo recordaba hace un momento. ¿Y qué más?... Solo este mar de sangre, esta sangre. Esta sangre dormida en la muerte, en la muerte de mí mismo...

Sosténganme... ¡Sosténganme! ¡Luz! ¡Enciendan la luz! ¡Suéltanme este nudo de la garganta!... Déjenme solo con la muerte... poco a poco... este trago... este sus...

.....
1910 — 1946

LUIS TERUEL SANTURCE

Nacido en Madrid

Fallecido hoy en La Habana

Descanse en paz

Juan de la tierra

I

Casi recién nacido, le colocaron en unas almohadas, sobre dos sillas bajas, rústicas y labradoras. Fue una caliente tarde de agosto. El campo olía dulcemente al moscatel maduro de los viñedos y a la resina de los pinos que rodeaban la casa. A su sombra estuvieron las sillas hasta que se puso el sol. Y a fue así todos los días.

Aquella yacija daba a la vida del niño no sé que signo de provisionalidad. Una cuna, con sus barandillas de barrotes en un lugar fijo de la casa, da la sensación de que la vida reciente que allí duerme, juega con los pies o llora es una vida esperada que se guarda cuidadosamente. Constituye el centro de ternura de la casa. Hasta un perrito chico tiene un cajón, abrigado y blando, con el fondo lleno de paja o de trapos. ¡Pero las sillas! El niño, sin embargo, parecía estar contento. Casi nunca lloraba. Quizás porque al principio no le oyeron, o no le hicieron caso, y había llegado a convencerse de la inutilidad del llanto y de la queja. Cuando alguien pasaba por su lado y le sonreía haciendo chascar el pulgar y el anular con mano festiva, el rorro abría mucho los ojos, rebullíase un poco y se quedaba después mirando al cielo, entre el ramaje de los árboles.

Una tarde apareció en el suelo. Lloriqueaba. Como ya había vivido cuatro meses sobre aquellas sillas, decidió bajar a la tierra. Se deslizó por las almohadas, hasta el suelo y, ya en él, se arrastró apartándose hasta dos metros del único mundo que durante meses había sido suyo. Pero la tierra era dura, estaba

cubierta de broza seca de pinos y al niño le dolió sobre su carne de leche toda aquella aspereza. No estaba contento de su aventura. Lloró hasta que acudió la madre que, asustada al verle, le tomó en brazos. Lo palpó. Le parecía imposible que no se hubiera roto. ¡Este chiquillo es el diablo! —exclamó entre asustada y orgullosa.

Desde aquel día pusieron las almohadas en el suelo y con las tres sillas echadas limitáronle al niño el espacio de sus aventuras.

Así comenzó Juan su vida. Una diminuta vida, casi abandonada sobre unos palmos de tierra. Le llamaban Juanele, Juanito, Juanitín, y, en valenciano, *Xuanet*. Yo le contemplaba desde la ventana de mi cuarto, en una pequeña casa de labor donde solía pasar mis vacaciones. Levantaba los ojos del libro o de las cuartillas, y me complacía largos ratos mirando aquella existencia minúscula, inquieta y solitaria las más veces. Vi cómo empezó a palpar las cosas que le rodeaban, y se olvidó de tocarse los pies. Apretaba un poco de tierra entre las manitas, la soltaba luego, volvía a cogerla de súbito, la llevaba a la boca. Era tierra de secano, salitre y amarga. Se llenó de polvo arisco los labios babeantes. Lloró. Pero en ese instante se desprendió de una rama una piña seca, y el asombro cortó brusco el llanto. La piña estaba entre sus pies, dura sobre la almohada blanda. ¡La gran sorpresa en su mundo pequeño! Para él, llovida del cielo. La tomó en las manos y la miró lentamente. Después volvió a dejarla y a tomarla muchas veces. Parecía muy contento. Agitando al aire los brazos exclamaba —*ah, ah, ah!* Había descubierto el mundo.

Una mañana decidí saludar a Xuanet. Fui hasta su pequeño mundo para regalarle una pelota de goma. El niño no estaba solo. Le acompañaba su madre que, sentada en una silla, remendaba un pantalón de hombre. Me agradeció visita y obsequio. Era una mujer como de treinta años, delgada y pequeña, con el rostro moreno de sol, la frente ancha, el pelo liso recogido en moño sobre la nuca, y los ojos inteligentes y brillantes. Me contó que hacía varios años que vivía allí. La casa era propiedad de un médico de Madrid, que pasaba los veranos en la finca con su señora y dos hijos. La madre de Xuanet era cocinera de la familia y el padre, marinero, pescaba con el señor. Cuando llegaba el

otoño ambos se quedaban en la casa, para cuidar de ella. Allí se habían conocido hacía ya siete años.

Parlera, mientras apedazaba el pantalón me fue contando su noviazgo y matrimonio. “Todo fue casualidad, como son casi todas las cosas de la vida” —me declaró. “Por unas cuerdecitas y unas calabazas, aquí me tiene ahora, con este rorro y remendando pantalones”.

Una tarde de verano, de mucho sosiego y bienestar, don Pedro, el médico, estaba sentado en la terraza de su casa con la mujer y los hijos, leyendo. La limpieza, aseo y sencillez de todo, la sombra y el olor del jardín, halagaban los sentidos. Rompió con su presencia tanta calma un pescador que no pudo gozar de aquella delicia. Porque apenas entró en la casa, rodeado de tanto bienestar, se sintió más descalzo y como si sus pies, sucios de arena, y sus piernas con el pantalón arremangado, le empobrecieran más. Saludó casi sin voz. Llevaba en sus manos unos torzales cuidadosamente ovillados y dos grandes calabazas huecas. Era un mozo enjuto y alto, de rostro agudo y nariz afilada. Por ella, sus compañeros le llamaban *Polena*. Su verdadero nombre era Antonio Fullana. Desde muy niño vivió en el mar; infancia de grumete de balandra de cabotaje, adolescencia de pescador. Cuando quedó huérfano, heredó el falucho y la autoridad de su padre y era patrón.

Don Pedro contestó afablemente a los buenos días del marinerero y le preguntó en qué podía servirle. Polena hubiese querido que todo sucediera sin necesidad de hablar, sin preguntas ni respuestas. Llegar, dejar los aperos de pesca y marcharse. Tenía el falucho embarrancado en la playa, a doscientos metros de allí, con la vela izada y flameante. Se acercó un poco a don Pedro y mostrándole el lío de torzal y las boyas:

—Me parece que son de usted. El temporal de ayer debe de haber arrastrado todo esto y lo he encontrado enredado a mis palangres.

Ya iba a dejar las artes de pesca, que en efecto había perdido el médico, cuando este se levantó muy contento, cogió calabazas y palangres y los colocó sobre una silla. ¡Vaya si eran los suyos! ¡Qué suerte que los hubiese encontrado él, y qué amable en traérselos! Pero... ¿no se sentaba un instante?

Toni señaló hacia el falucho. Iba a refrescar el viento, había dejado la vela suelta y tenía que marcharse... Pero el médico le instó para que se detuviera y sentase a conversar un poco y con muchas alabanzas por la gentileza de recoger y traerle aquellas artes, le presentó a su familia. Le convidó a tomar una taza de café y unos dulces. Todo lo trajo la cocinera en bandeja de porcelana muy fina, con bordada servilleta de hilo blanco, cucharilla diminuta de plata, azucarero panzudito y brillante de lo mismo y taza minúscula de floreada y transparente loza.

Toni lo miraba todo y no se atrevía a servirse. Don Pedro ordenó:

—Consuelo— sírvele tú misma.

Y volviéndose al pescador:

—¿Quizás usted preferiría una copa de ron o de coñac?

—No; no... Gracias. Y se sentó para que de la mano no le cayeran taza, cucharilla, plato.

Consuelo llevaba un vestido azul muy claro, un delantalillo blanco y olía a colonia y jabón. Toni aspiró aquel aroma, levantó los ojos y vio los de Consuelo, chicos, negros, picantes, sonreídos de su azoramiento. Tenía los labios gordezuelos y frescos y los dientes iguales y blancos le iluminaban y humedecían la sonrisa, que le llenaba de travesura toda la cara. La cintura, ceñida por el lazo del mandilillo, delgadilla, quedaba frente al rostro de Toni, cuyas miradas iban desde el contorno de las caderas a la dulce redondez del mentón de la muchacha. Bebió aprisa y turbado el café.

Don Pedro ordenó entonces a Consuelo que fuese hasta la viña, cortase unos racimos moscateles y los pusiera en una cesta para Toni. Este la veía ir con un paso gracioso y corto, ligera sobre los zapatos de tacón alto. Todo lo hacía sonriendo.

Otro día cualquiera, Toni volvió para regalar unas langostas a don Pedro. Después le invitó a pescar y fue hallando pretextos para ir casi todas las semanas a la casa. Así empezó el noviazgo de Consuelo. Ya casados, Toni durante el verano pescaba con don Pedro y le ayudaba a varias faenas de la hacienda.

Todo me lo refirió Consuelo minuciosamente.

Durante muchos veranos seguí pasando mis vacaciones en aquella casa labradora desde cuya ventana conocí a Juan. Le vi crecer como un árbol. Cada dos años, por el estío, a la sombra de los pinos de la casa de don Pedro, sobre almohadas y entre sillas, vi chuparse el dedo, tocarse los pies y alborozarse con las piñas secas a tres chiquillos más: Antonio, Rosa, Elena.

II

Ya no cabían todos en la casa del médico. Toni Polena compró un falucho mayor, con dinero que le regaló el doctor y algunos duros que le dieron por su casco viejo. Fue a pescar con dos marineros más que se enrolaron con él. Consuelo tenía que cuidar de los niños, coser para fuera y atender a la casa. Vivían en una del arrabal marinerero del pueblo, tosca, pequeña, de habitaciones oscuras, con ventanas muy estrechas, para que no entrara durante el invierno el frío viento salobre, ni por el verano el sol de fuego. Pero tenía un patio ancho, con dos granados, una higuera, una pequeña huerta de maíz y tomates, coles, alcaciles y berenjenas. De las bardas del patio solían colgar redes, boyas y calabrotes.

Esa casa era de un tío paterno de Toni. Era un viejo marinero retirado, fuerte y grueso. No le gustaba la pesca. Había viajado hasta los cincuenta años en veleros de cabotaje y haciendo alijos y prestando a usura reunió algunos ahorros. Edificó la casa sobre un terreno heredado de su hermano y compró un majuelo en el monte. Era sentencioso redicho y arisco. Nunca acariciaba a los niños: —“Las caricias malcrían. Y los hijos de los pobres tienen que ser fuertes” —afirmaba resabioso para disculpar su hosquedad.

Si le oía, Toni le miraba bizco de rabia. Tampoco a él le había acariciado jamás. Lo embarcó de grumete en una balandra que hacía cabotaje por toda la costa mediterránea, y por las noches, cuando le tocaba la guardia al limón, despertaba al sobrino, lo llevaba a popa, y mientras el niño empuñaba la rueda, él se tumbaba sobre cubierta, envuelto en la manta, y fumaba su gran pipa de picadura fuerte: —“Así aprenderás a ser marinero”, —le gritaba pellizcándole la pierna de cuando en cuando, si se le torcía el rumbo.

Pues era igual con los sobrinos. Durante el invierno, si el temporal interrumpía la pesca, algunos días, la comida en la casa era muy mezquina. Se sentaban a la mesa Toni y los cuatro niños. Consuelo escudillaba los platos con sopas de ajo y bacalao. El tío, sentado en una silla que reclinaba contra la pared, esperaba. Había que llamarle:

—¡Tío, a comer!— decía entre dientes Toni.

Y él, lentamente, preguntaba a Consuelo:

—¿Hay bastante?... Y sin aguardar la respuesta acercaba su silla a la mesa, engullía a grandes cucharadas su parte y cuando todos se levantaban, permanecía sentado, sacaba del bolsillo de su grueso pantalón de pana, una llavecita, abría un cajón —no del todo, lo necesario apenas para meter la mano con la faca— y cortaba a escondidas un pedazo de longaniza y la comía, preguntando sin mirar: —Ustedes no quieren, ¿verdad? Es un trozo viejo de mala longaniza.

Juan entonces tenía siete años. Iba mañana y tarde a la escuela y al salir jugaba con los niños en la calle. Si el sol era tibio, llegaba con ellos hasta el puerto, a bañarse desnudo en el mar remansado de las escolleras. Después, por los campos arrabaleros, recogía hierba para las cabras. Regresaba a casa con un gran capazo lleno de verdolagas, de campanillas, de tréboles, de avena silvestre. Su madre le ayudaba a descargar el fardo, mayor que el bulto de su cuerpo de niño. Le preparaba un poco de café. Alborotaban los demás pequeños en el patio, pidiendo también la merienda: una rebanada de pan, con pulpo seco o atún salado. Luego la madre, sentada al lado de la cocina, mientras cuidada del puchero y zurcía o remendaba ropa, tomaba a Juan la lección sobre la cartilla.

Miraba hacia los ojos del niño, fijos sobre la letra. Los labios, como los de ella gordezuelos, al pronunciar las sílabas le temblaban de tesón difícil para decir el nombre exacto, la palabra que por primera vez daba a las cosas conocidas una existencia nueva, dibujada en el papel del libro con la a y la r y la o, bajitas, y las letras altas y mayores: b, 1. Juan se detenía cada vez que pronunciaba leyéndola, una palabra entera. La repetía luego sin mirar la página: *árbol*. Como el granado y la higuera de su patio. Como los pinos de la finca de don Pedro. Levantaba los

ojos del libro y pensaba en cada árbol, en todos los árboles que había visto. De pronto le brillaba un poco la mirada. Y sobre un papel, con lápiz, reproducía la escritura y dibujaba un árbol. Tenía mucha maña para dibujar. Todo quería reproducirlo con su lápiz: durante largos ratos, muy quieto, se distraía pintando una cabra, la casa, una silla, un falucho, un niño, un hombre. Consuelo le miraba con tristeza, umbrosa de pensamientos. Recordaba al hijo mayor de don Pedro. Tenía trece años más que el suyo. Ella le había conocido cuando también aprendía a leer. Ya había terminado el bachillerato y comenzado estudios en la Universidad de Madrid.

Cuando se acababa la luz de la tarde y Juan recogía su cartilla, el papel y los lápices, regresaba el tío Antonio de su finca del monte. Volvía siempre con un fardo de sarmientos y yerba; llamaba a Juan:

—¡ Eh, ven a ayudar a tu tío! Lleva esa garba de sarmientos al huerto, junto a la leña. Así harás algo. ¡No todo es pintar monos en el papel!

Una de esas tardes, así que el muchacho salió al corral, el tío apostrofó a la madre:

—Bien está que el chiquillo aún vaya a la escuela este año y aprenda a leer y las cuatro reglas. Pero cuando vuelva a casa, que trabaje. Que se acostumbre. Ya tiene edad para eso. A sus años, ya iba yo embarcado de grumete; y su padre lo mismo. Pero a ti te cae la baba viéndole hacer monos. ¿Tú crees que es hijo de ricos? ¿Quisieras que fuese muy sabio, como los chicos de don Pedro, verdad?

—Sí; quisiera eso. Y bastante mal me sabe no poder enviarlo a un buen colegio; no quiero verle batallar en el mar o doblado sobre la tierra de otros. Porque el niño tiene talento, además.

—Pues con talento y todo, desde la semana que viene, o al mar o a la tierra. Ya ha cumplido siete años. Le basta con ir por la mañana a la escuela. Por la tarde me lo llevaré yo al campo, para que me ayude. Ya lo sabes.

Consuelo se rebeló. ¿Quién era el tío para mandar en sus hijos? Para eso estaban ella y el padre. El niño seguiría yendo a la escuela, por la mañana y por la tarde. Y como ir a la escuela

es también trabajar, al salir, jugaría con los otros chiquillos. Y más tarde, si no marchaban mejor las cosas y ella no podía llevar a su hijo a estudiar, ya vería el modo de colocarlo en un comercio o en una fábrica del pueblo, como aprendiz. Pero aún faltaban tres o cuatro años para pensar en eso.

La disputa se agrió. Las palabras de Consuelo crisparon el egoísmo del viejo. ¿A él? ¿Llevarle la contraria a él? ¿No les tenía viviendo allí por nada? ¿Y si los echara de casa? ¿Dónde irían? ¿Dónde dormirían aquella misma noche si los tiraba a la calle? ¿Lo había pensado ella? Pues podía ir pensándolo, porque a lo mejor lo hacía. Ya estaba harto de todos ellos y de las malas crianzas de los mocosos. No faltaría quien le cuidase si se quedaba solo...

Cuando regresó Toni, Consuelo, al lado de la lumbre, sollozaba. El rumor de su congoja sonaba fundiéndose con el bullir lento del caldo de la sopa. Los niños más pequeños jugaban con otros chicos en la casa del vecino. Juan estaba sentado al lado de la mesa, con los brazos cruzados sobre el tablero y la cabeza doblada y hundida entre ellos. El tío había salido al huerto y se le oía aún refunfuñar a solas mientras trajinaba con la cabra y las gallinas. La casa estaba casi a oscuras.

Desde el amanecer, Toni había estado calafateando el falucho y alistando redes y palangres. De madrugada quería zarpar para una playa distante, a más de cien millas. Pensaba demorarse allí dos o tres semanas, porque en los mares del pueblo no había peces aquella temporada. Ya había logrado que en la tienda le fiaran anzuelos y torzal y comestibles para el costo. Le quedaba una cosa por hacer: pedirle al tío cuatro o cinco duros para dejar dinero en casa hasta que él pudiera lograrlo. Con esa preocupación, y el cansancio, al entrar en la casa no reparó en la actitud del niño y de la mujer. Dijo entre labios *buenas noches*, tomó una silla y se sentó a la puerta de la calle. Pero a poco, la oscuridad y el silencio le turbaron:

—Eh, ¿qué hay? ¿No me habéis oído, o qué? ¡Tú, Consuelo, que haces ahí casi a oscuras? ¿Estás mal?

Se levantó, tomó entre las manos la cabeza de su mujer, volviéndosela suavemente:

—¿Llorabas? ¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Nada y lloras?

—Me habrá entrado humo del fuego en los ojos...

—Pues no te pongas tan cerca de la lumbre con la cabeza gacha. Anda, enciende la luz y dame un poco de café, si hay. Y arrégrame una muda de ropa para llevármela.

—¿Sí que te vas esta madrugada?

—Sí. ¿Y el niño, qué tiene? ¡Tú, Juan: no le dices nada a padre? ¿Te has dormido?

Juan levantó la cabeza y se restregó con los puños los ojos rojizos de llanto.

—No te duermas más con la cabeza metida entre los brazos, Juan, ni te restriegues los ojos así. Te los has puesto colorados. ¿No le das un beso a padre?

Se lo sentó en las rodillas. Le pasó la mano por la cabeza y le preguntó acariciándole:

—¿Quieres venir con padre?

Juan le miró sin responderle, con los ojos pensativos y graves. ¿Si él se fuera como el padre a pescar, el tío los echaría también de casa? ¡Y mejor ir con el padre a la mar, que con el tío al campo...

—¡Mucho lo piensas, Juanillo! ¿Quieres venir o no?

—Sí, sí quiero. Llévame. ¡Llévame! ¡Si voy a pescar, no nos echará de casa el tío!— Y estalló en un sollozo.

Cuando Toni averiguó lo sucedido, fue en busca del tío. Lo empujó violentamente hasta el postigo de la cerca del huerto y salió tras él a un ancho campo sin cultivar, un marjal cubierto de maleza y lleno de charcos de agua de mar.

—Ahora estamos usted y yo a solas. No nos ve nadie. Solos, frente a frente. Ande: ¡dígame ahora que nos va a echar de casa! ¡Atrévase!

Al principio el viejo temió que el sobrino le agrediera sin hablar, sin darle tiempo para defenderse. Pero cuando le oyó, cobró ánimo:

—Respetar mis canas, Toni. Soy hermano de tu padre, y un viejo, además. ¿Quién eres tú para hablarme así?

—El padre de mis hijos y el marido de Consuelo. ¿Lo oye? ¡Y usted es un granuja que vive de mi sudor y del trabajo de Consuelo y come nuestro pan gratis! ¡Y aún quiere echarnos de casa!

—Lo que yo he dicho es que el niño debe trabajar. Eso es lo que he dicho.

—Lo que usted ha dicho lo sé yo muy bien. Y sus amenazas se van a terminar ahora mismo.

Le cogió fuertemente por los brazos y zarandeándole con rabia:

—Tiene usted dinero en el Banco, una viña, vive gratis, ¡y aún amenaza!, ¡y se aprovecha de que yo no estoy delante! ¡Pues se acabó! Desde ahora va a pagar lo que gaste, y mañana mismo, subimos al pueblo, vamos al notario y me hace escritura de la mitad de todo esto. El huerto para usted. Yo la casa.

Le seguía sujetando por los brazos. Le apretaba tan fuerte que él mismo sentía daño en los dedos. El viejo se quejó:

—¡Suelta! ¡Me haces daño!

—Cuando conteste.

—¡Suelta, bruto!

—¿Sí o no?

—Lo pensaré.

—Pues estaremos aquí hasta que lo piense...

—¡Pero suéltame!...

—No.

—¡Suelta o grito!

—Tío: no le he matado al saber lo que ha dicho, porque es usted hermano de mi padre y un viejo, y porque yo no sé matar a un hombre. Pero como no me conteste enseguida que sí y se atreva a amenazarme...

—¿Qué quieres?, ¿que te dé la casa, que te pague encima, que tus hijos se críen sin trabajar? ¿Eso quieres? Suéltame los brazos y dilo claro...

—Le voy a soltar los brazos y le voy a coger del cuello... Sepa que la casa no es de usted solo. Porque el terreno lo heredé yo de mi padre. Mañana veremos eso en la notaría.

—Bueno: iremos a casa del notario. Pero empieza por soltarme.

Refunfuñando aún, regresaron a la casa. Antes de entrar, Toni le miró cara a cara y le repitió en voz baja, amenazadoramente:

—No lo olvide. De esta casa no saldrán nunca ni mi mujer ni mis hijos. Y si mañana no hace usted buena letra, peor para usted.

A Toni se le anudaba la amargura en la garganta. Por primera vez, desde niño, tenía ganas de llorar. Le hacían daño su propia violencia y la avaricia del viejo. Atravesó la casa en silencio, hasta el portal de la calle. Afuera jugaban los niños. Juan, sentado en el banquillo de la puerta, quieto, los miraba:

—¿Dónde va, padre?— preguntó, medroso.

—A la escollera, a ver la barca. ¿Vienes?

Echaron a andar, uno al lado del otro, despacio, callados. El padre se volvió antes de doblar el callejón:

—¡Elena —le gritó a la hija mayor— dile a la madre que Juan y yo hemos ido a la escollera. Que prepare la cena para dentro de media hora...!

Aquella jornada nunca se le borró a Juan de la memoria. Muchas veces me refirió esas escenas y cómo fueron después su padre y él, caminando entre las piedras de los farallones hasta el fondeadero del falucho, y saltaron a bordo. Sentados en la popa, el padre lo estrechaba contra su pecho, reclinándole la cabeza en un hombro. No le decía nada.

—¿Me llevará mañana? —preguntó Juan—. Si no voy a trabajar, el tío nos echará de casa.

—No. No nos echará. La casa es también nuestra.

—Yo puedo trabajar, padre. Puedo limpiar la barca, remar si no hay mucho viento, arreglar los palangres, poner anzuelos...

—Cuando seas mayor. ¿Te gusta el mar?

—Sí.

—¿Te gustaría ser pescador?

—Me gustaría ir en un barco muy grande, muy grande, con chimeneas...

—¿Qué te gusta más, la huerta o el mar?

—La huerta.

—Bueno; pues serás labrador. Pero ahora ve a la escuela...

Al día siguiente, ante el notario, el tío firmó la escritura que Toni quería. Bien mirado, menos pedía este de lo que era suyo. De allí a poco murió el viejo. De todo el dinero que tenía ahorrado no dejó un céntimo a su sobrino. Lo dio todo a una anciana del pueblo, con la que había tenido amoríos desde la juventud. Solo le dejó a Toni la viña, porque la ley le obligaba.

III

Ese mismo año, durante el verano, Juan pasó dos meses en casa de don Pedro. Servía de cosario entre el pueblo y la casa de campo, ayudaba a limpiar la chalana del hijo del médico, que le enseñó a escribir. Por primera vez era feliz: corría por el campo, cogía fruta de los árboles, dibujaba cuanto quería y comía bien.

Una mañana, al amanecer, su padre fue a buscar a don Pedro para ir a pescar juntos; él también quiso ir. Hacía un airecillo fresco. Pronto la costa fue solo breve línea dorada y azul: tierra y monte. Sobre el agua se rizaba el tornasol del amanecer. En la popa, Toni cantaba entre dientes una inacabable tonada, que a Juan le iba acunando como el brandar del falucho. Vencido por el sueño le acostaron sobre el pañol, a proa, arropado con una manta. Pero despertó súbitamente entre gritos y exclamaciones; el falucho había orzado a la banda y cabeceaba mientras la vela triangular y alta flameaba al viento, con sonoro batir, como ala herida de un ave inmensa. Juan subió a cubierta sobresaltado. A proa, a unos cuantos metros, flotaban hinchados tres cuerpos humanos. Las olas los mecían en vaivén y los hacían chocar a veces. Parecían grandes muñecos de goma. De cerca, pudo verse que dos de ellos estaban destrozados; a uno le faltaba casi entera una pierna. A otro, parte de un brazo. El más hinchado de los tres, tenía destrozado el cráneo.

—¿Nos acercamos?— preguntó Toni a don Pedro.

Cuando los tres cuerpos estuvieron junto a la amura de barlovento, Juan gritó estremecido de pavor. El oleaje hacía chocar los cuerpos contra el falucho; al tropezar con el casco sonaba sordamente.

—Esos cuerpos —dijo don Pedro— no llevan más de doce horas en el agua.

—¿Los dejamos o qué hacemos?

—Vamos a ver si podemos saber quiénes son. Habría que subirlos a bordo, para registrarlos.

Juan gritó horrorizado:

—¡No! ¡No! ¡Los muertos en la barca no! Hundirán el falucho.—Y tapándose de horror el rostro con las manos, bajó a la bodega y se abrazó al mástil. Ya sentía que los náufragos le apretaban con sus manos deformes, lívidamente yertas, y le echaban al mar. Se veía flotar, muerto también él, sobre las olas.

Don Pedro fue examinando a los náufragos uno a uno. Todos estaban heridos por pedazos de metralla, y se habían desangrado en el agua. “Quizás en tierra todos hubieran podido curarse de esas heridas” —comentó el médico. Al registrarles las ropas halló las cartillas del rol, guardadas en bolsitas impermeables. Eran dos marineros y un oficial de “Le Patrice”, vapor de carga de tres mil toneladas, con matrícula de El Havre. En una de las carteras había trescientos francos. En otra, la fotografía de una mujer joven, con una niñita de la mano, en pie, en el jardín de una pequeña casa provinciana. La fotografía tenía una dedicatoria en francés: “A mi Roberto, para que no le ocurra ninguna desgracia”. La otra bolsita guardaba dos sobres con la dirección escrita esmeradamente, envueltas ambas en una faja de papel con esta súplica: “ Si me ocurre algo, ruego que estas cartas sean enviadas a su destino”. Todo lo fue guardando cuidadosamente don Pedro. Miró a los tres náufragos, y cerrando de rabia los puños, exclamó sordamente: “—¡Qué crimen! ¡Guerra de bandidos!”.

Juan, abrazado al palo, crispadamente, asomaba la cabeza por la escotilla. Tenía los ojos muy abiertos, redondos de espanto. Un bandazo hizo rodar el cuerpo de uno de los náufragos y

la cabeza se le venció por el borde de la escotilla. Juan dio un respingo, palideció súbitamente y sus manitas resbalaron por las trizas del palo sin fuerzas para asirse de ellas. Cayó sin sentido sobre el pañol.

—¿Qué tiene? —preguntó Toni a don Pedro con apremiante angustia. El médico le tranquilizó: era un leve desvanecimiento. Hizo beber al niño un poco de alcohol con café, lo tendió en el pañol arropándole y mientras le mojaba el rostro con un pañuelo empapado en agua de mar, repetía: “No es nada, no es nada”.

Apenas Juan se repuso, don Pedro y Toni arrojaron al mar los cadáveres, atados a una boya, para que pudieran reconocerlos las autoridades marítimas y las del consulado francés.

El médico guardó los documentos en su chaqueta. Toni casó fuertemente la escota y dio camino al falucho. En pie, con una mano empuñaba la caña del timón mientras estrujaba con la otra, nerviosamente, su gorra vieja de pescador.

—¡Qué mala es la muerte en el mar! —murmuró con los dientes apretados.

El sol, levantándose por el horizonte, tiñó mar y vela de reflejos rojizos. Apenas se recobró, Juan, asustado aún, preguntó:

—¿Y los muertos?

En el mar, hijo. ¡Los muertos, en el mar!— contestó Toni. Y tras una pausa, llevando los ojos de la proa a su hijo, del hijo a la proa, ya rumbo a la costa, murmuró: —¡Maldita guerra! Tú no serás de la mar. Tú serás hombre de la tierra, ¿verdad, hijo?

Pero el hijo no contestó nada. Por primera vez, había conocido el espanto de la muerte...

IV

El pueblo de Juan, pescador y labriego, asomado al mar, se reclinaba en un abrazo de montañas. Las huertas de las últimas casas o daban a los callejones del puerto o a los caminos del monte. Laderas de tierra roja y mullida, sobre cuyos surcos los pámpanos de las vides o el fino temblor verde de los almendros, ponía luminosos resplandores de esmeralda. Cuando el viento rizaba la transparencia azul del mar, que con el coraje temblaba

como un prado, la costa se perdía: todo era campo de mar, prado de brisa y olas.

Las montañas eran abruptas y altas. Las cumbres de roca gris y malva, bruñidas de sol, broncas y violentas. Casi hasta ellas crecían los bancales, como una rompiente inmensa y trémula. Allí estaba la viña que Toni había heredado de su tío. Era de las más altas. Se llegaba por un sendero de cabras, bordeado de aulagas, romeros y tomillos. De trecho en trecho, la sombra de algunos algarrobos o el sosiego armonioso y fresco de los pinos, suavizaba el sendero. Cerca ya de la viña, la montaña se hendía en un gran barranco, que se llenaba de fresca sombra y húmeda brisa. Allí solía descansar Juan, camino de su tierra.

Mi tierra... Así llamaba con orgullo al bancal chico, con unas cuantas cepas, un jardinillo de huerta y tres higueras. El campo daba solo para comer algunas verduras los más días del año, uva y melocotones en el centro del estío, y cuando en agosto se vendía el moscatel, dineros para comprar zapatos. Nadie hubiese podido vivir de aquellos terrones rojos, que era preciso labrar a menudo, regar de cuando en cuando y escardar con frecuencia para que la maleza no estorbara el cultivo. Tampoco Juan vivía de la tierra. El bancal, como él decía, era solo una ayuda y un cariño.

Al salir de la fábrica de juguetes donde trabajaba desde los trece años, aunque ya declinaba la tarde, con los ojos cansados por los destellos del aparato de soldadura y la cabeza dolorida por el olor plomizo y penetrante de los barnices, subía a la huerta. Los domingos los pasaba enteros en la tierra. Él mismo había construido una barraca con piedras, jara y barro y unas viejas planchas de hojalata, oxidadas e inservibles, que recogió en la fábrica.

Una tarde de julio vino Juan a mi casa marinera para traermé una cesta de higos y uvas moscateles. Yo había tenido varios años sin vacaciones y hacía mucho tiempo que no le había vuelto a ver. Me sorprendió encontrarle crecido y hecho, con el pantalón de pana, la camisa blanca, la chaquetilla azul, de mecánico, al hombro, y el ademán seguro de sí mismo. La diversidad de sus oficios, que se advertía en su andar y en sus maneras, le

daban una traza muy personal. Había una sencillez labradora en la rusticidad y en la firmeza llana con que apoyaba los pies sobre la tierra; en cambio, la mirada era lejana y penetrante a la vez, como la de su padre, como la de todos los pescadores. La chaqueta azul sobre el hombro y la precisión de los gestos de las manos advertían su condición de obrero metalúrgico. Los pantalones de pana azul nuevos y bien cuidados, un poco rígidos, con las vueltas anchas caídas sobre las esparteñas, le hubieran afirmado el carácter marinero de la mirada si no le corrigieran el porte los pliegues blancos de la camisa amplia, con lorzcas en la pechera, muy campesina, que parecía más dominguera y labradora aún porque en el ojal del cuello llevaba un ramito de romero con dos o tres florecillas de jazmín.

Era una tarde quieta y sin viento; sobre el mar de estaño la luz vibraba blanqueando el azul desvaído del reflejo del cielo. De la montaña se colgaba una espesa nube blanda, algodonosa, que bajaba a jirones desde la cresta a los bancales.

Juan y yo nos sentamos a fumar y charlar. Quiso que probara en seguida las uvas y los higos.

—Son más sabrosos que los de tierras de la marina— me decía. Cómalos paladeándolos, que ya tal vez sean los últimos...

—¿Vas a arrancar las cepas y las higueras?— le pregunté.

—No; pero quizás voy a vender el bancal. El padre ha tenido muy mal año de pesca, la madre ha estado muy enferma durante el invierno, y tenemos atrasos. Y como quizás yo me quede sin trabajo, pues habrá que vender el bancal para salir adelante.

—Pero, ¿tú no trabajas en la fábrica de juguetes?

—Trabajaba. Estamos en huelga desde hace días. Por eso he tenido tiempo de venir a verle.

—Pero si ganáis la huelga cobraréis más jornal...

—Quizás la ganaremos, aunque no del todo; mejorarán algo los jornales. Pero el dueño nos despedirá a tres o cuatro, los que hemos dirigido el paro. Y como los trabajadores de las otras fábricas no nos han apoyado, porque todavía no tienen suficiente conciencia de lucha, nos quedaremos en la calle.

Entonces tendré que vender el bancal, para pagar las deudas de este invierno, y volver al mar con mi padre, hasta que encuentre otra vez trabajo...

Todo fue sucediendo como Juan lo había previsto. Antes de vender la finca, fuimos él y yo a pasar un día entero en ella. Juan, al llegar la tarde, fue recogiendo poco a poco los enseres y avíos personales que guardaba en la choza. Lo envolvió todo en el jergón de un catre y ató el petate con un cordel de esparto, de los que usaba para entablar bien recta la hortaliza. Todo lo hacía en silencio y cuidadosamente, como si recogiera y dispusiese el equipaje para largo viaje. Cuando terminó, nos sentamos juntos en un ancho pedrusco que estaba a la entrada de la choza. Todo el campo se doraba de sol último y había un gran silencio en el monte. Subía húmedo desde el mar un airecillo fresco.

—Ahora ya está todo recogido— dijo Juan. Mañana me prestará un amigo una mula, y me llevaré estas cosas para el pueblo. ¿Ve qué bonitas están las higueras y las cepas? Pues ya nada es mío. Todo vendido por quinientas pesetas. Ya de todo esto no me quedará más que un apodo. ¿Sabe cómo me llaman en el barrio de pescadores? Juan de la tierra. Como los motes se quedan me llamarán así siempre. Y yo no tendré un palmo de tierra mía. Mire hacia levante, más allá del barranco, después de aquel algarrobo tan copudo...

Juan señalaba con el dedo una casa grande, blanca, recién hecha, con el tejado rojo y nuevo, de teja francesa. Delante, dos cipreses le hacían centinela.

—¿Ese chalet es nuevo, verdad?— pregunté.

—Lo hicieron esta primavera. Es uno de los más bonitos de toda la montaña. Es del patrono de la fábrica de juguetes donde yo trabajaba. Cinco años he trabajado allí. Y en esos cinco años, él ha hecho la casa y yo vendo mi pegujal y mi barraca... Y de seguro que yo quiero a la tierra más que él. El no venía todas las tardes, después de cerrar la fábrica, a cavar un bancalillo, a podar una cepa, a asear un tablar de patatas... a segar un poco de alfalfa para las cabras. Y no volvía hasta el corral del pueblo, con la garba cargada al cuello, oliendo el forraje y sintiendo so-

bre el sudor de la espalda aquel fresco tierno de la yerba recién cortada...

Se dobló un poco y tomó con la mano un pedazo de terrón rojo y compacto. Lo aplastó apretándolo contra la otra mano, se llevó con ambas la tierra menuzada a la nariz y la olió.

—¡Qué buena tierra! De seguro que no la van a cuidar ahora como yo la he cuidado.

Ya era casi de noche, cuando volvíamos al pueblo. En el mar, los triángulos verdes de las velas de las barcas pescadoras unían el horizonte con los farallones del pueblo como una larga viñeta de gaviotas. Las últimas eran, apenas, unas débiles vírgulas que acentuaban la caída de la tarde.

—Dentro de unos días —dijo Juan— iré a bordo de una de esas barcas. Aquella velita de más afuera debe de ser el falucho de mi padre. Sale ahora, y hasta mañana por la tarde no regresará. ¡Qué vida! ¡Y qué resignación la suya! Como la barca le pertenece, y los que van con él están asociados en la pesca, y tienen redes propias, y además van por el mar, se sienten libres. Pobres, pero libres. ¡Cuántas veces le he oído decir esto a mi padre! Pero cuando mañana regresen, venderán el pescado al precio que quiera el arriero. Y el arriero lo venderá después tres veces más caro. El año pasado quisieron hacer una sociedad todos los pescadores para vender ellos directamente lo que cogían y exportarlo a Cuenca, a Murcia, a Madrid. Los arrieros les exigieron que les pagaran inmediatamente algunos adelantos usurarios de dinero, y les amenazaron con embargarles embarcaciones y redes. Tuvieron que seguir vendiéndoles a ellos el pescado. ¡Pobres, pero libres..!

Seguimos caminando. Callábamos los dos. El silencio de Juan parecía envolverle, llenarle de sombra los ojos, apretarle las sienas. Cuando hablaba tenía un gesto de voluntarioso esfuerzo, como si le costara gran trabajo romper esa habitual envoltura. Una vez que yo le hacía observar esa dura tenacidad de su callar, me dijo:

—Es costumbre. En la fábrica, con el ruido de la soldadura y la careta puesta, no es fácil hablar. En el campo, solo, tampoco hablo. En casa, la madre y el padre están cansados del trabajo

de todo el día; no tienen ganas de hablar mucho. Y cuando yo llego, ya de noche, como y me pongo a leer. Solo hablo con mis compañeros de trabajo, y nos entendemos con pocas palabras. Todo lo que tenemos que decirnos es muy claro. Con quien más hablo es con usted.

Pero conmigo también hablaba poco. Sonreía alguna vez, con una sonrisa apretada y maliciosa, cazurra, que se le iba deshaciendo y borrando en los labios un poco contraídos.

Cuando llegamos a su casa del pueblo, en la puerta esperaba a Juan su madre. El resplandor de una rojiza lamparilla del alumbrado público, alargaba dramáticamente en la acera su cuerpo pequeño que, reclinado contra el marco del portal, parecía encogerse y apretarse a su sombra. Apenas nos divisó llamó al hijo:

—¡Juan! ¡Juan!

Tenía en la voz prisa y congoja de ansia y susto.

Juan advirtió la desgarradura patética del acento de la madre y apresuró el paso.

—¿Qué hay, madre? ¿Qué tiene?

—Hay un recado de la Comandancia del Puerto para ti. Te han venido a buscar.

Y apenas se acercó el hijo le abrazó y rompió a llorar.

—¿Pero, qué pasa, Consuelo?— indagué yo.

—Han venido de la Comandancia. Se lo llevan mañana. Le habían dado inútil para el servicio de la Marina, y ahora, de repente, han venido a buscarle. Tiene que salir mañana mismo.

Consuelo hablaba hipando, entre lágrimas.

—Bueno. No llore, madre— Juan sacó del bolsillo de la blusa su pañuelo de algodón de color y le secó los ojos. Le besó luego la frente.

—Ande; entre, que ahora vuelvo.

Y dirigiéndose a mí:

—Le acompaño un momento.

Cuando habíamos dado unos pasos por la callejuela estrecha que salía al puerto, Juan murmuró, entre dientes: “Pobres, pero libres...”

—Quizás te llaman para un nuevo reconocimiento— sugerí yo.

—No; me llaman por lo de la huelga. Me habían dado inútil temporal. Pero el patrón es muy amigo del Comandante: como me guarda rencor y me teme porque yo he organizado a los obreros, habrá hecho que se me lleven.

Sin hablar más, llegamos a la escollera. Allí nos detuvimos para despedirnos. Juan miraba hacia el mar, inmenso y oscuro ya, que de cuando en cuando resonaba bronco entre los pedruscos del malecón o murmuraba glugluante.

—¿Sabe en qué pensaba?— me preguntó Juan de pronto.

Y como yo le contestara que no, que no lo sabía, moviendo negativamente la cabeza continuó:

—¿Recuerda, cuando yo era niño, aquellos naufragos destrozados?

Sí. Los recordaba. Y veía otra vez, en los ojos de Juan, el mismo asombro espantado de aquella mañana de su infancia. Solo que, ahora, aquel espanto se le cargaba de cólera con la sombra de la noche entrante en la cual los ojos brillaban con pequeños destellos parpadeantes, como ni inscribiesen en ellos un puntillado mensaje telegráfico.

De súbito me volvió la espalda, diciéndome rápidamente y entre dientes “hasta la vista”; y se alejó caminando con prisa.

Me quedé mirándole hasta que, ya solo oscura silueta se perdió camino de su casa por el callejón que la noche estrechaba y cerraba.

Aunque acababa de cumplir diecinueve años y caminaba con prisa, se le doblaba con pesadez el cuerpo hacia adelante, con la cabeza inclinada al suelo.

Dentro de unas horas sería un soldado de la Marina de Guerra, para “servir al rey” durante dos años. Los mejores de su vida.

V

Pasaron ocho sin que volviese a ver a Juan de la tierra. Cuando decidí ir durante unos días de permiso a la casa marinera de mis vacaciones estudiantiles, pensé en seguida en él. Le había recordado muchas veces.

Aún parece que respiro el aire fresco de aquella mañana (marzo de 1938) llena de luz transparente, envuelta por un cielo alto y azul y un silencio tranquilo, que acariciaba el campo y lo hacía más apacible y suave. Era un silencio tierno como la infancia jugosa de la yerba recién nacida, transparente y clara como la blancura de los almendros delicadamente florecidos; tan ligera y vaporosa era aquella blancura de matices rosados, que parecía una nube prendida a las ramas de los árboles; temíase que si soplaba un viento fresco se desharía en el infinito azul límpido. Sorprendía ese sosiego geórgico a las pocas horas de haber abandonado el frente de combate.

Los padres de Juan vivían en la casa de don Pedro, porque la de ellos, en el pueblo, había sido destruida por un bombardeo de aviación. Al llegar, vi a Consuelo y Toni cogiendo hortalizas en el bancal. Vinieron apresurados a saludarme. Les pregunté por Juan.

Ha llegado ayer del frente, con tres días de permiso. Pero en vez de descansar, ha ido a la fábrica. Ahora está convertida en fábrica de municiones de fusil y ametralladora. Juan dice que es necesario producir más, y desde esta mañana se ha puesto a trabajar para animar a sus compañeros. Ahora la fábrica es de un comité de trabajadores. El está en el frente de Teruel.

Todo me lo fue contando Toni mientras la madre nos miraba callada, con ojos humedecidos de lágrimas contenidas, y el rostro tan quemado por el sol como estirado por el sufrimiento.

Cuando el padre terminó de contarme la partida del hijo; los propios trabajos de pescador bajo el peligro de los cazas que perseguían a las pequeñas embarcaciones; las peripecias de la faena labradora, para la cual él no servía y los desastres que habían causado en el pueblo los frecuentes bombardeos de la aviación y de la artillería de los acorazados fascistas, Consuelo, que iba puntuando las palabras con

algún suspiro, hizo una pausa larga como si pensara en algo que no acertaba a expresar. Dos veces movió los labios para decirlo. Volvió a callar. Se le humedecieron más los ojos. Al fin suspiró:

—¡Si usted quisiera!

—¿Qué, Consuelo? ¿En qué puedo servirle?

—¡Ay, para mí sería la vida! Toni dice que es lo mismo, que hay que tomar las cosas como vienen... ¡Pero yo lo he pensado más veces!

—Lo que quiere —aclaró Toni— es que usted reclame a Juan y se lo lleve a su frente. Tiene la manía de que a su lado estaría mejor el chico.

Entonces Consuelo me tomó las manos, y apretándomelas entre las suyas, me instó suplicante:

—No me diga que no. Hágalo por él y por mí. Yo no quiero que se lo lleve para que no esté en el frente. Demasiado sé que también está usted allí, como lo están todos los hombres de bien. Sé también que cada uno hemos de dar lo que tenemos. Pero a su lado él se sentirá más fuerte y yo más segura.

Comprendí toda la angustia de Consuelo. Seguramente recordaba aquellos lejanos años en que yo tomaba a su hijo en brazos y lo izaba hasta las ramas de los pinos, cuando lloraba de soledad, acostado entre las almohadas, al lado de la soca de los árboles. Le parecía que aún podría protegerle como a un niño, allá en las trincheras, frente a las balas y los obuses. También ella, durante los bombardeos al pueblo, acostada en la tierra, abrazaba fuertemente a sus hijas, y le parecía ampararlas así de la muerte, con su vida crispada.

¿Pero qué podía yo hacer por Juan, allá en el frente? Sería como todos los demás soldados, compañero de vida y de muerte. Así era la guerra que nos habían impuesto. Recordé al teniente Esbrí, jefe de operaciones del Estado Mayor de la División, estudiante de filosofía antes de la guerra. ¡Qué largas horas nocturnas habíamos pasado juntos, después de redactar la orden general de la División y ordenar el trabajo y las operaciones del día siguiente, sentados bajo una encina próxima al puesto de mando, cerca de nuestra ribera del Tajo, hablándome del ser, del espacio, del tiempo! “Todos los días —me dijo una

de esas noches Esbrí— estoy viendo morir a compañeros llenos de vida; todos los días estoy oyendo silbar la muerte a mi lado; y no creo en ella; me parece que es una soledad lejana, a la que emigramos en silencio. Existen los muertos, que son seres que se ausentan de la vida; eso que nosotros llamamos bajas. Pero la muerte no existe, porque nosotros peleamos contra ella y por la vida”. Y una mañana Esbrí, en un puesto de ametralladoras, cayó herido por una bala de fusil que le entró en la boca, al abrirla para gritar una orden. Hice que le enterraran al lado de la encina en cuyo tronco tantas veces nos habíamos apoyado, y yo mismo grabé sobre una piedra grande, que colocamos sobre su tierra: “Ramón Esbrí. Teniente de la 36 División. La muerte no existe”. La frase terminó siendo el lema de nuestra unidad.

Y simultáneamente, mientras sentía mis manos apretadas por las de Consuelo y sus ojos implorantes fijos en los míos, vi abrirse sobre ellos la imagen de otros, grandes, quietos, dulces: los ojos de aquel cabo de morteros, un muchacho campesino de Hinojosa del Duque, que había sido herido tres veces en campaña. Era voluntario desde el primer día del alzamiento fascista. Tenía veinte años. Un día, para arreglar la línea de un teléfono de avanzadilla le vi saltar por encima del parapeto que cubría los morteros y caminar erguido en vez de arrastrarse a gatas. —“¡Echate a tierra!”— le grité. Y él lo hizo, pero protestando: “¡A mí las balas no me pueden!” Y sí que pudieron con él. Le vi a los pocos días muerto de un tiro en el pecho, en Ajofrín. Estaba tendido en una camilla, en la enfermería, al lado del jefe de su brigada, al que también mataron en el mismo combate. Había quedado con los ojos abiertos, sin dolor ni espanto, grandes, negros, hondos. Probablemente se murió en un lento desmayo, mientras su sangre iba empapando la tierra, y sus ojos se le quedarían mirando al cielo, cada vez más lejano, más pálido, hasta que no sería ya bóveda azul, sino agua, agua de un río por el cual él iría flotando hasta olvidar la vida.

Y así otros, y otros. La muerte era igual en todos los frentes y yo no podía proteger a nadie contra ella. Desafiándola, todos defendíamos la vida. Pero Consuelo seguía mirándome y oprimiéndome las manos.

—¡Dígame que lo hará!

Y lo hice.

Amanecer

Había en el cielo unas estrellas agudas, que parecían sonar como campanillas de plata cuando resplandecían temblando. Álamos altos, escuetos, aguzaban su ramaje fino contra la profunda transparencia comba del cielo. La brisa meneaba un poco las ramas más delgadas y las hojillas leves.

Al lado de esos álamos, a las tres en punto de la madrugada, cuatro hombres arrebujados en mantas y zamarras, con las chicas boinas negras hasta las orejas, permanecían quietos y en silencio. A las tres precisamente era la cita.

Hacía más de media hora que estaban allí, frotándose las manos, golpeando la escarcha del prado con los pies, para que no se les entumeciesen. Llevaban a la espalda sendos zurrones bien cargados, que no se atrevían a dejar en el suelo por si tomaban humedad.

Al fin, uno de ellos preguntó:

—¿Tú crees que vengan? Ha pasado ya más de media hora...

No creas que tanto. Es que el tiempo, de noche y en el campo, con frío, sueño y hambre, se hace muy largo. Mayormente, cuando no hay más reloj para medirlo que el propio pulso de la sangre en las sienas. No te impacientes. Vendrán seguro.

Pedro dijo estas palabras con pausada firmeza, mirando a sus tres compañeros. Era un mozo labrador, que conocía bien el campo y medía certeramente a los hombres por su coraje.

—A veces, el rumor de las hojas de los álamos parece que es de gente que camina— observó otro.

Y replicó zumbón, con cierto deje agrio, un tercero:

—A ver si es miedo. ..

—¿Miedo? Mira, Manuel: no sé si alguna vez he tenido miedo; pero te juro por mi madre que esta madrugada no lo tengo. Cuando uno sabe bien lo que hace y por qué lo hace, el miedo se le vuelve a uno corazón y le empuja la sangre... Y no pienses en el miedo de los demás, no vaya a ser que el tuyo asome la oreja...

Replicó el Manuel:

—Bueno; mejor es no hablar de tonterías. Si estamos aquí, es que no tenemos miedo o nos lo sabemos guardar.

Cerca de los álamos pasaba el río. No se oía casi el rumor de la corriente. Iba el agua silenciosa y viajera bajo la sombra del puente de piedra, un viejo puente de cinco arcos, del tiempo de los romanos. Poco más lejos, las varillas de hierro de otro puente, metálico, sobre el cual pasaba la vía del tren, se cruzaban como fantásticos sarmientos. La luz débil de un farolillo rojo, al oscilar con la brisa, movía y rizaba sobre el río la sombra de los hierros.

En este paraje, cruce de la carretera y del ferrocarril, se celebraban siempre las verbenas y romerías del pueblo. Había cerca una ermita, milagrera y humilde. Para los cuatro hombres que esperaban allí, el paisaje tenía recuerdos de una cintura flexible para bailar, de unos ojos encendidos de promesas, o de un caliente temblor de palabras y de labios, relampagueantes de risas o húmedos de caricias furtivas.

Pero también, junto a aquellos puentes, en aquel trozo del prado, que llamaban la chopera o la ermita, habían pasado otras cosas durante los últimos años. Los recuerdos felices ya no eran más que ecos de vida frente a esas cosas; se habían tornado ásperos y amargos. Allí, en aquel prado, habían llevado a morir a muchos hombres de las aldeas del alrededor. Los cuerpos aparecieron a veces en el río.

Allí, una mañana, bajo un sol caliente de agosto, fue Pedro en busca de su padre. Hacía ya más de seis años y aún se le anudaba la garganta cuando pisaba aquella tierra. Lo había encontrado al lado de unos fresnos, hinchado bajo la camisa destrozada y sucia, con los pies en el fango, deshechas las botas, y

los pantalones de paño negro, ásperos y manchados de sangre y barro. Casi no pudo reconocerle; tenía el rostro desfigurado por una herida ancha en un carrillo y un agujero en la frente. Los labios blancos y abultados, llenos de tierra y lombrices; el pelo y la piel, con cárdenos cuábulos de sangre podrida.

A pesar de lo oscuro de la noche, pudiera precisar el sitio exacto donde estaba enterrado. Porque él mismo, a solas, bajo el sol quemante del mediodía de agosto, con su azadón de labranza abrió una fosa en aquella pradera, a la orilla del río, y en ella guardó a su padre. Sin caja ni nada. Solo entre broza de jarales, juncos y fresnos secos, para que la tierra no le cayese sobre el mismo cuerpo.

El padre también se llamaba Pedro: Pedro Sanabria Olmedo. De toda la familia solo quedaba la madre, Dolores, y una hermana, Lola, que desde hacía unos meses era viuda. El hermano mayor, Juan, había muerto de una herida en el pecho, en Monte Arruit, siendo soldado de zapadores. Pedro tenía entonces dos años.

—“¡Que te tuerces, Perico!” —“No le tires tanto del ronzal al rocín, y empuja con fuerza la esteva”... Le parecía volver a oír esas palabras. Desde los nueve años tuvo que salir al campo con su padre, a cavar y labrar, porque con un jornal no había bastante para la casa.

Al principio, de bien poco valía su ayuda. El rocín, y los terrones desmoronándose, y la entraña dura de la tierra, podían más que él. Se le iba de las manos el viejo arado romano. El padre siempre tenía que estar gritándole: “¡Que te tuerces!”... ¡La gran lección, tener que abrir bien derecho un surco! “Todo en la vida has de aprender a hacerlo como los surcos; hacia adelante y sin torcerte”, —le decía el padre.

Bien podía predicarlo; porque él no se había jamás doblegado a nadie. Una vez que el cacique del pueblo le pidió el voto contestó: —“Mire, don Abilio, usted puede pedirme mi sudor, y mi trabajo; pero el voto es el pensar de uno, y mi pensar no me lo puede pedir nadie, ni yo lo doy, ni lo vendo”... Si alguien le avisaba de que tan resueltas razones no conviene tenerlas con los poderosos, solía afirmar castellanamente: “Nadie es más que nadie”.

En la soledad impaciente y fría del amanecer, al lado de sus tres compañeros, en silencio, Pedro recordaba estas cosas y le parecía ver a su padre. ¡Aquellos días, cuando de la mano de la madre, iba a verle a la cárcel del pueblo, donde estaba detenido por haber organizado el Sindicato de Trabajadores de la Tierra! No podría olvidar nunca cómo sacaba los brazos entre las rejas del calabozo, lo cogía entre sus manazas, y le frotaba la barba áspera, sin afeitar, por las mejillas! Y aquella otra mañana de abril, en que asomado al balcón de piedra del Ayuntamiento, con una bandera republicana en la mano, habló a todos los que estaban en la plaza. “Comienza una nueva vida para España y para sus labradores” —dijo.

El 18 de julio, se llevaron preso al padre, junto a todos los concejales del Ayuntamiento. Decían que a la cárcel de Valladolid. Al cabo de unas semanas, alguien murmuró que lo había visto en la del pueblo. Pedro fue a informarse al cuartel de la Guardia Civil. El teniente del puesto le contestó con muy malos modos: —“Yo no sé donde está. Y tú, recuerda aquello de que de tal palo tal astilla, porque si sales a tu padre, puede no irte muy bien”. ¿Pues a quién iba a parecerse él? Al salir del cuartel, la voz del padre le gritaba dentro de su propia sangre: “Eh, Perico: adelante y recto; no te tuerzas...”

Habían pasado seis años de todo aquello. Más de dos, saliendo al amanecer al campo, solo, con el rocín y el arado, el azadón al hombro, para labrar y cavar hasta que se ponía el sol. Al entrar y salir del pueblo, una pareja de la Guardia Civil le pedía un papel que le dieron en la Comandancia y le registraba. Después, cuando cumplió los diecinueve, le movilizaron y vistieron con la ropa militar. Pasó dos meses en un campo de instrucción, cerca de Salamanca. Luego lo llevaron a Teruel, a un Regimiento de Infantería, que estaba de reserva, reorganizándose después de las batallas de Cataluña. Cuando iba a entrar en fuego por el frente de Extremadura, disolvieron el Regimiento. Aún anduvo seis meses más de cuartel en cuartel y al fin le llevaron a prestar servicio de guarnición en un campo de castigo, cerca de Oviedo. Hasta que se enfermó, y lo condujeron a un Hospital Militar, en León. De noche, en la sombra fría del largo claustro del convento transformado en hospital, veía a su padre y oía dentro de sus

propias sienes, golpeándole, las sílabas de las palabras involudables: —“¡hacia adelante y sin torcerte!”. Estuvo ocho semanas enfermo. Al darle de alta, lo licenciaron y le enviaron al pueblo. Volvió a labrar y a cavar. De sol a sol. Ya no tenían tierra propia. La madre y la hermana cosían a jornal... Después, hambre, registros de la policía, y...

—¿Crees que no serán ya las tres? —dijo súbitamente Manuel, interrumpiendo los recuerdos de Pedro.

Se frotó él la frente con la mano, miró al cielo, y como si en las estrellas hubiese leído exactamente la hora, contestó:

—Ya no faltará mucho, pero es preciso esperar todavía un poco. En las noches muy despejadas y frías, como esta, se oye desde aquí la campana del reloj del Ayuntamiento... Yo la he oído ya otras veces...

Todos volvieron a guardar silencio. Pedro, apoyando los codos sobre las rodillas, descansaba la cabeza entre las manos.

—¿Sueno? —le preguntó uno de los cuatro.

—No.

—Es que esta tierra tiene para Pedro muchos recuerdos, ¿no es verdad? —replicó Manuel.

—Sí; los tiene para todos. Pero no parecen recuerdos; todo le duele a uno como si aún estuviese pasando.

—Así es...: como si estuviese pasando. Todos los días sigue pasando...

—Por eso estamos aquí —dijo Pedro, entre dientes—. No es para llorar ni para quejarnos...

Era la tercera vez que aquellos cuatro hombres se reunían de noche en el campo. Pedro, aunque de menos edad, como había hecho la instrucción militar, sabía manejar las armas, y además tenía temple de organizador, era el jefe. Su corazón estaba lleno de odio a los asesinos de su padre. Él no los conocía personalmente: no hubiera podido decir que era el hijo de don Abilio, el cacique; o Agustín Ibáñez, el dueño usurero del molino de trigo; o Santiago Peláez, el antiguo alcalde monárquico; o don Práxedes León, el notario joven, que hacía siete años había venido de Madrid, y organizó con algunos señoritos del pueblo

una escuadra de Falange. Sabía que eran todos ellos, o, como decía él mismo, uno cualquiera de su mala sangre. Y habían asesinado al padre no solo porque era labrador, sino porque había organizado a los braceros del campo, y desde entonces hubo que pagar más jornal, y solo se trabajaba seis horas y don Santiago Peláez no podía vender al precio que le daba la gana arados y azadas, porque los trabajadores de la tierra habían creado un cooperativa sindical. Y porque don Abilio tuvo que repartir ochenta hanegadas de sementera y a otros ricos del pueblo también les expropiaron parcelas para dárselas a los braceros que nunca habían poseído ni el más chico pegujal. Por eso habían asesinado antes que a nadie a Pedro Sanabria y Olmedo. ¿Quiénes? Ellos. Los amos.

Y habían pasado seis años, y allí estaba otro Pedro Sanabria. Un día en que todo se iba acabando en su casa y él estaba sin trabajo y lo que ganaban cosiendo su hermana y su madre no alcanzaba para comer, Pedro había decidido ir a Rioseco para vender el rocín en la feria.

Allí encontró a dos paisanos que faltaban hacía tiempo del pueblo. Hablaron. Al principio, a Pedro se le antojaba muy difícil hacer lo que ellos pretendían.

—¿Y si no crees que se puedan encontrar tres o cuatro hombres dispuestos, no tendrías tú valor, tú solo, para venir con nosotros? No pareces hijo de Pedro Sanabria y Olmedo.

Y volvió al pueblo y los encontró. Llegaron a juntarse seis. Ahora quedaban cuatro. A uno, Miguel del Río, le habían condenado a treinta años; le acusaron de incendiar dos tanques de gasolina del Ejército a la entrada del pueblo. Por más que le torturaron no consiguieron saber quiénes iban con él. A otro le dispararon un tiro por la espalda. Fueron a registrarle la casa, donde vivía solo con su padre, un viejo albañil paralítico. Alguien había denunciado que allí se copiaban hojas subversivas que andaban por el pueblo. Y sí que era verdad. Se copiaban las hojas y además el viejo albañil y su hijo preparaban cartuchos y granadas que los otros llevaban a los guerrilleros de la comarca. Nadie supo nunca cómo llegaban a aquella casa pólvora y plomo. El pasado diciembre, una noche, padre e hijo sintieron que se detenían unos caballos la puerta. Atrancaron bien, y el

hijo puso el papel y la munición en el pajar. Cuando oyó las voces de la Guardia Civil, prendió fuego a la paja y saltó por una ventana, a la corraliza. Al derribar la puerta, los guardias solo hallaron al viejo. Pero empezó a estallar la munición entre las llamas. El mozo había huido por las bardas del corral. Siguieron sus huellas. Estaba el camino nevado, y las pisadas se marcaban hondas y se veían claras con la luna. Debieron de tirarle cuando estaba ya a más de trescientos metros. Pero eran buenos cazadores de hombres. Al día siguiente colgaron el cadáver de la puerta de la casa socarrada. Se llamaba Gonzalo Muñoz Serrano. Tenía treinta años. Pertenece al Partido Comunista y era en el pueblo el jefe del movimiento de resistencia. Desde su muerte, lo fue Pedro.

Hacía cada vez más frío. Del río llegaba un viento ligero, que ponía temblor de agujillas de escarcha en las hojas de los álamos. El rumor de la brisa en los árboles y en la hierba del prado, agudizaba aún más la sensación de silencio. Era como si todo el paisaje, el trébol, la ermita, el agua del río, los álamos, contuviesen el aliento. El de los cuatro hombres, en medio de la oscuridad, se diluía en el aire como humo de cigarrillos.

En esa quietud silenciosa y helada del paisaje, que hacía más solitaria la profundidad de la noche, se oyó redonda, clara y lejana, la voz de bronce de la campana del reloj del Ayuntamiento. Las tres en punto. Hubo un instante de pausa, en que la hora pareció matizar la sombra, acelerar el centelleo de las estrellas; y los corazones de los cuatro hombres latieron, después de contener la respiración para oír mejor, como si trataran de poner sus vidas con la hora que acababa de sonar. Al instante, ciertas, más limpias, se volvieron a oír las tres campanadas.

—El tren pasa a las tres y media— dijo Pedro, levantándose y frotándose las manos. Esperaremos todavía unos minutos y, si nuestros amigos no llegan, empezaremos nosotros el trabajo.

—Bueno— asintió Manuel—; cuando tú lo mandes.

—Tú subirás conmigo al puente, por la escalera que hay a la derecha. Vosotros dos, por el centro, donde está el pilar de mampostería. Cebareis el boquete que se cavó el otro día. Después, cada cual, como pueda, corre hasta aquí. Y los tres me esperan, si no hay novedad. Porque yo me quedaré más cerca,

con el contacto del detonador en la mano, para dispararlo cuando vaya a pasar el tren.

—Está bien.

El asfalto de la carretera brilla, con la escarcha, como un río. Cuatro miradas se clavan en él. Por allí han de verse las sombras de los que lleguen. De pronto, a Manuel le parece oír un rumor.

—¿Habéis oído? —pregunta, señalando hacia el cruce de la carretera y el camino vecinal, a unos quince metros de la ribera.

—Sí. Parecen pasos. Pero no se ve nada, —replica otro.

—Tiraos al suelo y observad. Tomad las pistolas en la mano. Si yo no lo mando, no dispara nadie.

Los cuatro labradores se tienden sobre la yerba, como Pedro manda. En sus pechos hay un poco de anhelo. No esperan a los amigos por allí. ¿Les habrán vigilado? ¿Estarán vigilados y guardados los puentes?

Alguien, cerca, silba. ¿Alguien? ¿No es un cuclillo, una lechuga? Es un silbido como un bisbiseo. Se repite tres veces. La señal.

Pedro se vuelve hacia sus compañeros:

—Creo que son ellos. No moverse. Que ya no se oiga el aliento de nadie.

Cautelosamente, Pedro contesta: tres toses fuertes. Desde allá han de responder con tres silbidos. Suenan los silbidos.

Pedro avanza hasta un metro de la cuneta.

Cruzan la carretera diez hombres. Sus siluetas se recortan sobre la oscuridad de la noche con violenta negrura. Van embozados en mantas oscuras y llevan boinas hundidas hasta el cerviguillo. A algunos, la manta se les empina picuda, sobre un hombro, como una jiba violenta: es el cañón del fusil. Al llegar al centro de la carretera se tienden sobre el asfalto. Solo uno de ellos permanece en pie y avanza. Con voz áspera y honda, pregunta casi susurrando : —“¿Sanabria?”

—Soy yo— contesta Pedro, que pregunta a su vez:

—¿Ramón?

—Ramón Soto.

Soto. ¡Qué bien! Respira profundamente y deja caer su brazo derecho cuya mano, con el índice sobre el gatillo, sostenía la pistola. Necesitaba oír ese Soto, después del nombre pronunciado por él. Porque quien tenía que responderle no se llamaba Ramón, ni Soto. En la negrura de la noche, para la cita, erizada de riesgos, ese nombre era la identificación convenida.

¡Ramón Soto! ¡Cómo lo llevaban todos en el corazón! Era el nombre de una muchacha de dieciocho años, guerrillera, que había pasado por varón durante dos meses, sin que nadie descubriese que era mujer. Hasta que la hirieron de muerte en un combate con fuerzas de la Guardia Civil, mientras cubría la retirada a otros compañeros.

Pedro avanza al encuentro del recién llegado, quién le pregunta echándole a la cara un vaho de palabras cortas:

—¿Cuántos sois? ¿Habéis podido traerlo todo?

—Somos cinco. Dos bajas, en estos días, en el pueblo. Pero lo traemos todo. La dinamita, los fulminantes, la mecha.

—Bien. ¿Están hechos los taladros en la manipostería?

—Sí.

—¿No ha habido ninguna novedad? ¿Desde cuándo estáis aquí?

—Llegamos a eso de las dos. Ninguna novedad.

—Bien. Cuatro hombres de los que vienen conmigo, se quedarán aquí, vigilando el camino por si sucede algo. Los tuyos, con los zurriones cargados, vendrán con nosotros dos hasta el puente. Dos arriba, en la vía. Los otros dos treparán hasta los taladros de mampostería, para cebarlos. Los demás compañeros defenderán el puente mientras trabajamos. Tienen fusiles y granadas de mano. Vamos ya. No hay tiempo que perder. Tenemos veinte minutos para todo.

Pedro solo conocía de oídas a este jefe de la guerrilla de la montaña. Sabía que le llamaban Lope de Brozas y que había peleado en Asturias. Era alto, delgado, con unos ojos pequeños que le brillaban acerbamente grises en la noche. Hablaba sin gestos, abriendo apenas los labios, y con ligeros y bruscos movimientos de cabeza, puntuaba enérgicamente cada extremo de

su orden. A Pedro le gustó ese mandar rápido, concreto, de jefe seguro de sí mismo y transmitió la orden a sus tres compañeros.

Apenas tardaron quince minutos en terminar el trabajo. Falaban tres más para el paso del tren, si este no llevaba retraso. Ya era todo más sencillo. Cuando se oyera la locomotora, más allá del cruce de la vía y la carretera, prenderían las mechas, y saldrían corriendo, hacia el punto convenido para reunirse. Solo Pedro tenía que permanecer sobre la vía, a quince metros del puente, para conectar las bombas colocadas en los raíles en el mismo instante en que el tren fuera a cruzarlo. Había medido ya la distancia exacta del salto que había de dar hasta un álamo que alzaba su tronco alto y flexible desde el río hasta la altura del pretil de hierro. Por él se deslizaría a la pradera, para retirarse con los demás. Cuando la explosión terminara, observarían desde su escondite el resultado. Era necesario, si todo salía bien, acercarse otra vez al puente y reconocer los restos del tren para recoger lo que fuera útil para la guerrilla: armas si las había, víveres, dinero. Cuanto llevaban esos trenes que robando al hambre del pueblo su cargamento lo llevaban fuera para los nazis. En los vagones iban pintados unos carteles que decían “Sobrante de España”.

Cuando Pedro quedó solo en la vía, puso el oído sobre el rail. El frío del hierro le dolió en la mejilla y en la oreja. Era como una herida ardiente. La grava de la vía le hacía daño en su cuerpo flaco, y la escarcha, confitada sobre las guijas, le clavaba cristalinios en las manos. Aún no se percibía nada.

Redondo, con retumbo de ecos, rodó por el campo el tañido largo de la campana del pueblo: las tres y media. El tren llevaba más de diez minutos de retraso. Pedro acercaba de cuando en cuando los dedos a los contactos de las bombas, medía imaginativamente los movimientos que había de hacer para que todo resultare exacto y perfecto. Volvía a escuchar.

Cuando al fin percibió sobre los raíles la cercanía del tren, el corazón empezó a latirle aceleradamente. Clavó los ojos y tendió el oído hacia el itinerario oscuro.

Ya se oía el tren. Aún no se veía su luz, porque la ocultaba una larga curva del valle; pero crecía la trepidación; ya resonaba y vibraba la armadura de hierro.

A Pedro le estallaba el ansia de la espera. Le parecía que ningún tren había caminado tan lentamente nunca. El ver de pronto la luz blanca del farol piloto de la locomotora y los farolillos rojos de los topes, casi le hizo gritar. De repente sintió que el tren se precipitaba con máxima velocidad; que no le daría tiempo a apretar los botones del detonador. Oía el jadeo de la locomotora, resoplando como una enorme fiera desbocada contra él. Avanzaba lanzando crepitantes chispas por las fauces de la caldera. Tras los ojos rojos y relucientes, todo el cuerpo crujiente de aquella bestia de fuego y hierro era negro y compacto, y crecía agigantándose, mientras escupía relámpagos de ira incendiado. Silbó desgarradamente horadando toda la noche, clavando en el silencio y la oscuridad un largo aullido que llegó hasta el horizonte rasgándolo. Cuando ya los dedos de Pedro iban a oprimir los detonadores, a pocos metros de la entrada del puente, como si aquel silbo aullante hubiese desgarrado a la misma locomotora, frenó su carrera y se detuvo.

Pedro apretaba el cuerpo contra la tierra y las piedras. Hubiese querido ser de piedra él mismo, y enterrarse entre los guijarros. La locomotora estaba a sesenta metros de él. ¿Habrían parado para reconocer la vía? Fijaba los ojos en la máquina. El resplandor del faro le deslumbraba un poco y no podía ver si alguien bajaba del tren para reconocer el puente. Mas sobre el haz de luz se destacó de súbito la doble silueta de dos bultos humanos. Crecen, se recortan, avanzan; tienen al fin contorno preciso una pareja de Guardia Civil. Avanzaban abriéndose hacia las barandas. El pavón de los fusiles y el charol de los tricornios brillaban a la luz de la locomotora. Caminaban lentamente. A medida que se acercaban, a Pedro le restaba mayor esfuerzo seguirles con la mirada. Había de volver la cabeza, apretándola más contra el suelo, y temía hacer sonar las piedras. Cuando ya estuvieron muy cerca, no alcanzó a ver de ellos más arriba del pecho. Pensó que podría hacer si llegaban hasta él y le descubrirían. ¿Volaría el puente aunque el tren no hubiese entrado? Volar el puente, sí, y huir. La pareja volaría también. ¿O dispararía antes? ¿Y sus compañeros? ¿Y si había más guardia civil en el tren y organizaban una batida en torno? ¿Podrían con todos? Sentía la tortura de hallarse aislado de sus compañeros. Pensó que tampoco él podría disparar ni huir, si esperaba hasta el

último instante, hasta que la pareja estuviese casi a su lado y le descubriera. Temió caer muerto, despedazado, sobre aquella misma tierra que cubría a su padre. De pronto, la luz de una linterna eléctrica pasó por su rostro y le cegó los ojos. ¿Le habrían visto? Fue solo un instante. Le pareció quedar ciego.

Cuando pudo mirar de nuevo serenamente, vio a un Guardia Civil acercarse al farol rojo. Lo tomó en la mano. Lo alzó, y, bajándolo de nuevo a la altura del pecho, lo meció lentamente, dos veces. Puso otra vez el farol sobre el escámo de hierro de la baranda. El otro Guardia Civil se unió a su pareja y regresaron al tren. Resopló la locomotora. Pedro expiró una gran bocanada de aliento contenido. Tras un silbido el tren se puso en marcha, lenta y solemnemente. “Cuando la locomotora tenga la mitad del furgón sobre el puente” —se dijo Pedro, midiendo el instante preciso de oprimir el botón del contacto. Fijó los ojos en aquel lugar exacto y los volvió luego hasta el tren. Quería por última vez cerciorarse de todas las distancias, medir cada segundo, cada milímetro. Vio la sombra de los guardias civiles caminar despacio hacia el convoy. El tren avanzaba muy pausado. Seguramente ellos lo esperaban para tomarlo en marcha. Pensó que aquella lentitud le obligaría a esperar un poco para disparar su máquina; otra vez sus ojos se clavaron en el hierro del puente visado como referencia exacta. Desde que la locomotora llegara hasta allí hasta que estallara la explosión todo el tren estaría sobre el puente.

¡Ya!

Pedro cayó de bruces sobre la hierba helada que crecía próxima a la soca del álamo. Silbaban como obuses las astillas y los pedazos de hierro de la vía y de los vagones, y como salvas artilleras los estampidos de algunos cartuchos de dinamita que explotaban sueltos, con retraso. Todo el campo parecía reventar de ruido y los montes lejanos devolvían hasta el río los ecos de los estampidos, como si se desgajaran sobre el agua rebotando en todo el valle.

Cuando Pedro se reunió a sus compañeros en el lugar exacto de la cita, la cabeza se le aturdió con pesadumbre dolorosa, el aire le hacía daño en el pecho y sobre los labios le escocía un sabor ácido y áspero.

Al cesar las explosiones, se acercaron al puente. Dos pilares de mampostería y gran parte de la estructura férrea habían quedado destrozados. La locomotora iba hundiéndose en el río, pero se mantenía en parte empotrada contra los escombros de los pilares empinándose. Pitaba estridentemente un escape de vapor, gemido de todo el tren destrozado. ¿Habrían podido salvarse el maquinista y los fogoneros? Sobre el puente, rotos, volcados, quedaban algunos vagones; en el interior de uno de ellos se veía arder, una luz semiapagada. De pronto se oyeron mugidos violentos, lacerantes: unos toros habían quedado aplastados en un vagón jaula y los hierros retorcidos se les clavaban en el cuerpo. Por las varillas chorreaba un hilo de sangre oscura, que brillaba como agua turbia en la tiniebla.

Cuando Pedro y Lope se aproximaban a los restos del tren, el relámpago de un disparo fulguró entre los escombros. Oyeron el silbido de la bala a la altura de sus cabezas. Se tiraron ambos al suelo. Vieron moverse dos bultos entre los restos de un vagón destrozado. Continuaban disparando desde allí. Avanzaron un poco, arrastrándose y, fijando bien la puntería, dispararon a su vez. Contestaron desde el otro extremo del puente. Tiraban con fusil automático y con pistola.

—Hay que terminar inmediatamente con esto— dijo Lope. Estamos a ocho kilómetros del primer puesto de Guardia Civil, y pueden llegar fuerzas ahora mismo. Reúne a todos los nuestros aquí cerca. Que avancen pegándose a la tierra. Dejas a dos centinelas en la carretera. Date prisa.

Cesaron un momento los disparos. Oyéronse algunos quejidos, voces de socorro, blasfemias. Y otra vez tiros. Lope calculaba las fuerzas del enemigo. Le era muy difícil precisarlas. ¿Eran numerosos y tiraban para hostigarles y obligarles a combatir? ¿Eran solo diez o doce? ¡Ah, si fuera así, acabarían con ellos y podrían luego recoger el botín del tren! De lo contrario habría que retirarse, combatiendo para despejar el camino hacia el monte, y reunirse con el grueso de la guerrilla.

Ya se agrupaban los compañeros en el alud de la vía, a ocho o diez metros de allí. Lo avisaba Pedro, otra vez al lado de Lope, quien le murmuró al oído las preguntas que se estaba haciendo a solas.

—No creo que sean muchos. Pero... habría un medio de saberlo. ¿Tienes una linterna?— sugirió Pedro Sanabria.

—Sí. ¿Los vas a contar a la luz de la linterna?— le replicó Lope irónico.

—No. Podemos colocarla, como señal, a nuestra derecha, a unos cuantos metros.

Desde los escombros del tren seguían disparando espaciadamente...

—¿Y qué!— preguntó Lope.

—Desde aquí, les gritamos que se dirijan hacia la linterna con los brazos en alto, y que si no lo hacen, vamos a cazarlos a todos. Si no se rinden y continúan tirando, lanzamos unas bombas de mano. Por el fuego de su respuesta podremos saber si son muchos o no. Entonces, tú decides.

—Bueno. Yo mismo voy a poner la linterna. A lo mejor me la apagan de un tiro.

—Ponla en el suelo, que es más difícil que la acierten.

Desde enfrente dispararon hacia la luz. El silbido de la bala era un relampagueante foete que hería el mismo aire que respiraba Lope. Pero no la alcanzó ningún tiro. Pudo regresar al lado de Pedro para gritar, silabeando:

—¡Si no quieren que les cacemos a todos, vayan con los brazos en alto hacia la luz! ¡Ríndanse!

Hubo un instante de silencio. El eco lento y distante prolongaba las palabras de Lope, a través del estupor del campo. Y de repente rumores de voces, gritos que alborotaron la sombra entre los vagones destrozados. Sonaron dos disparos de pistola, cuyas balas no cruzaron el aire hacia los guerrilleros.

—¡Vayan inmediatamente hacia la luz o tendremos que usar nuestra dinamita y granadas de mano!— rugió Pedro rabioso, levantando el grito sobre el vocerío.

Un agudo mosquito fugacísimo e invisible le chilló silbándole al oído. La bala había cruzado esta vez tan cerca, que Lope preguntó:

—¿Te han herido?

—No. Calla. Escuchemos. Parece que se disputan. Y no tiran como antes...

—Ve junto a nuestros compañeros— ordenó Lope; si esa gentuza no se rinde, mandas fuego. Espera solo lo que tardas en contar hasta cien.

...Setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco...

Hacia la linterna comenzaron a deslizarse fantasmales sombras que manoteaban el aire con los brazos en alto.

Interjecciones, llantos, gritos de queja y miedo. Lope no podía contar las sombras. La noche las borraba, las fundía, y más que contorno o bulto eran oscura y larga humareda, agigantada y movediza, que crecía y se apelotonaba en torno a la linterna.

Oculto entre matorrales Lope volvió a gritar:

—¿Están ya todos ahí?

Varias voces exclamaron que sí.

—¡Que nadie se mueva! ¡Los brazos en alto!

Como un anillo, los guerrilleros rodearon el grupo de sombras. Permanecieron un instante inmóviles y silenciosos. Frente a ellos, un anheloso murmullo de susurros. Detrás, del lado del tren, nada. Al fin, Lope mandó:

—En pie compañeros. No dejéis de apuntar con vuestros fusiles. ¡Al primero que se mueva, fuego!

Pistola en mano, al frente del cerco, Pedro y Lope hicieron desfilar ante ellos, uno por uno a todos los prisioneros. Dos guerrilleros los registraban, a la luz de la linterna. Entre cuatro Guardiaciviles, cinco soldados y un teniente de infantería, había paisanos, mujeres y hombres. A los guerrilleros les arañaba la rabia el pecho: ¡llevar viajeros en trenes que transportaban materiales de guerra hacia la frontera!

Lope hizo desarmar a los militares y los guerrilleros les ataron luego las manos a la espalda con fuerte nudo de soga.

—¿Cuántos soldados había en el tren?— preguntó Pedro.

—Veinte— contestó uno de ellos.

—¿Y los otros quince?

—Después de la explosión solo he visto a cuatro. Uno herido, medio muerto en la vía. Los otros habrán caído al río o se habrán escapado por el campo.

—¿Y Guardiaciviles, cuántos venían?

—Seis parejas.

—Aquí hay dos. ¿Las otras...?

—A tres guardias los vi caer, no sé si heridos o muertos. Los otros, no sé. Tres huyeron por el campo, cuando al teniente que venía al mando de ellos lo mató de un tiro un viajero porque no permitía que nos rindiésemos.

Cortó súbitamente el interrogatorio la voz de un guerrillero:

—¡Alto! ¡Arriba los brazos!— En la sombra, se recortaba a pocos metros el contorno negro de una flaca figura de hombre:

—No puedo levantar los brazos— respondió. Estoy esposado.

Era cierto. Al acercarse, un poco inclinado, respirando ansiosamente, Pedro pudo verle la carne de las muñecas, sangrantes entre los hierros que las apretaban. Bajo una manta parda, el uniforme gris de presidiario. La voz, ronca de angustia y de noche, le temblaba un poco al hablar:

—Me llamo Álvarez Quintana del Bierzo. Teniente de la 46 Brigada mixta del Ejército de la República. Me trasladaban desde Carabanchel a Santoña. Estoy condenado a treinta años de cárcel. Ayúdame a quitarme las esposas. Lleva cuidado que hace mucho daño.

Había terminado el registro. Cuatro guerrilleros quedaron custodiando a los militares maniatados y a los viajeros. Pedro y Lope, con Álvarez Quintana, y los demás, reconocían los restos del tren. En el furgón de correos entre astillas y hierros retorcidos, hallaron varios sobres intactos de valores declarados. A pocos pasos, yacían tres Guardia Civiles, muertos; les cogieron los fusiles y las pistolas, con la munición de las cartucheras. Entre pedazos de vagón y raíles, más allá, vieron, mutilados por la explosión, algunos cadáveres todavía sangrantes. Y en un vagón de primera, volcado pero casi intacto, con el escudo de la Guardia Civil sobre el cuero incrustado, un maletín. Al abrirlo

apareció un grueso fajo de billetes de mil pesetas, entre dos botellas de coñac y enseres de aseo.

—¡Buen maletín!— Exclamó Pedro mostrándolo a sus compañeros. ¿Dónde estará el dueño?

Tendido bajo otro vagón, vientre a tierra, reptileaba un cuerpo grueso, envuelto en capote negro y grana el jefe de la Guardia Civil. A la luz de una lamparilla eléctrica, señalándole con el cañón de su revólver, Pedro lo identificaba:

—¡Mirad qué pieza! Por las estrellas del capote, Coronel de la Guardia Civil. ¡Salga de ahí y póngase en pie! ¡Manos arriba!

Al alzar los brazos, al coronel se le cayó el capote. Tenía un rostro viscoso y linfático, enmemecido por una sotabarba colgante. A la luz de la linterna, con los brazos en alto y el uniforme todo sucio de barro, carbonilla y hollín, se tambaleaba. Tiritaba de frío. Cuando fueron a atarle las manos, quiso engañarse.

—¿Qué van a hacer conmigo?— Tenía la voz bronca y borracha.

—Desarmarle— replicó Pedro, mientras le quitaba el revólver del tahalí. Y atarte las manos como a un asesino vulgar, que es lo que eres. Eso por ahora. Y le cogió los brazos altos doblándoselos por la cintura contra la espalda. Tenía un aspecto estúpido de pelele. Aun quiso protestar y balbució:

—¡Soy coronel!

—¡Qué coronel ni que...! ¡En marcha!— Y apretándole el cañón de la pistola contra la espalda, le hizo caminar delante de ellos. Al Guardia Civil le temblaba al andar, rebasándole la tirilla, el cogote apoplético.

Ya reunidos todos los guerrilleros, ante los supervivientes de la voladura y los militares capturados, en aquella oscuridad fría y densa, Lope alzó la voz con estas palabras:

—“¡Compañeros, guerrilleros de la República! Podemos estar orgullosos de este combate. Nosotros no quisiéramos destruir, ni matar. Pero la destrucción y la muerte fascistas nos obligan a utilizar estas armas!

“¡Os habéis cubierto de gloria! Nuestro destacamento ha cumplido con honor la misión que se le había encomendado. A cuantos han contribuido con su esfuerzo y su valor al éxito de

esta hazaña, yo les felicito y les saludo en este compañero —y extendió el brazo sobre el hombro de Pedro— que ha sabido ser digno de la memoria de su padre, un campesino luchador asesinado por los fascistas, enterrado en esta misma pradera, bajo ese mismo puente. Saludo también al teniente del Ejército de la República Álvarez Quintana, libertado por nosotros. Como a él, libertaremos con nuestra lucha a todos nuestros presos y a nuestro pueblo.

“Hemos impedido que llegue a los nazis un cargamento más de armas y víveres”.

“Hemos conseguido más armas para nuestra lucha. Estos fusiles y estas pistolas iban a ser empleados contra España y contra nuestros hermanos de otros pueblos. Desde hoy, estarán al servicio de la República, de la libertad. Prometemos usarlas con honor, hasta acabar con Franco y la Falange.

“Los pasajeros del tren que se encuentran aquí nada tienen que temer. Dentro de unos instantes quedarán libres. Si antes no habían visto guerrilleros ya saben lo que son: somos hombres honrados, que combatimos por la libertad de España. Los militares serán conducidos a nuestro Cuartel General como prisioneros, y juzgados: ¡Muera Franco! ¡Viva el Ejército guerrillero español! ¡Viva la República!”.

La emoción apretaba las gargantas de todos. En el silencio ancho y conmovido la voz de Lope quedó resonando como si fuese la de toda aquella tierra, oscura y fría, bajo la noche: tierra de horizonte distante y entraña profunda y fuerte.

Vendaron los ojos a los prisioneros. Los paisanos quedaron agrupados bajo la vigilancia de cinco guerrilleros que los dejarían en libertad tan pronto como los otros camaradas se hubieran alejado del lugar. Ya habían emprendido el regreso al Cuartel General.

Iban por un sendero que clareaba en la negrura como un reguero de agua amarillenta. Caminaban lentamente. Delante, Lope y Pedro. Quiso decir estas unas palabras y sintió que tenía la garganta seca y oprimida. Con el cansancio le subía a ella toda la pena cruelísima de aquel vivir de fieras hostigadas.

Se iba levantando un airecillo madrugadero que venía de las montañas, y el prado olía a trébol, a tierra con rocío, a musgo. Pero a la fragancia fresca, que Pedro conocía tanto, se mezclaba el olor de pólvora.

A poco Lope, mirando a Pedro, se detuvo un instante:

—¿Tú sigues?

Aunque era la primera vez que caminaba al lado de aquellos compañeros y no conociera anteriormente a Lope, su compañía no le causaba extrañeza. Iba con ellos por aquel camino, como se va a la labranza o se regresa al pueblo por la carretera, al lado de los demás braceros. Es la compañía del mismo trabajo. Y ese trabajo no era nuevo para él. No conocía la vida de las guerrillas en el monte, ni su campamento en la serranía. Pero él, con sus compañeros, en la villa, era también un guerrillero. Trabajaba para los del monte y por lo mismo que ellos. Y ahora, terminado el combate de la noche, caminaba al lado de Lope, y no se había preguntado si volvía al pueblo o subía hasta la montaña, ya para quedarse allí, con todos ellos. Como Pedro no respondiera, Lope prosiguió:

—Me doy cuenta del sacrificio que supone trabajar así en un pueblo y de la audacia que necesitáis tener. ¿Crees tú que podrás seguir trabajando allá? ¿Qué piensas hacer?

Oía estas preguntas como un eco de las que él mismo se estaba haciendo, después de aquellas dos primeras palabras de su camarada: “¿Tú sigues?”.

Cuando salió del pueblo, sí pensaba volver. Llegaría con los demás al prado de la ermita, colocarían el explosivo en el puente y antes de que estallaran los cartuchos y las bombas, volvería a casa. El conocía los atajos y los senderos más extraviados de todo aquel campo y, en el pueblo, un callejón del arrabal donde estaba su casa y en el cual no había centinelas. Por allí, saltando una barda, entraría sin ser visto. Si después de la explosión registraban en el pueblo, ya le encontrarían a él en la cama.

Pero todo había cambiado. Como habían permanecido en el puente durante la voladura y se había prolongado el combate con las fuerzas que escoltaban el tren, el estruendo haría ya más de media hora que se habría oído en el pueblo. Ya la Guardia

Civil del Cuartelillo estaría seguramente movilizada. Todo lo pensaba Pedro en silencio.

—¿Qué cuentas hacer?— repitió Lope.

—Lo que tú mandes. Tú tienes más experiencia...

—Lo que yo mande, no. Te pregunto qué piensas hacer y si crees que todavía puedes ser útil en el pueblo, sin correr el riesgo de que te detengan inmediatamente...

—Yo había pensado volver; pero ahora me parece que será muy difícil seguir trabajando sin que me descubran. Creo que es mejor que suba con vosotros y me quede allá arriba.

—¿Y tus compañeros?

—Les dije que vinieran con los demás camaradas y que decidiríamos juntos cómo volver al pueblo.

—Tú crees que a ellos les sería más fácil que a ti seguir trabajando en él?

—A dos, Antonio y Manuel, no. Pero al más joven, a Andrés, creo que sí. Me parece que hasta ahora no sospechan de él ni le vigilan. Toda su familia es muy de la Iglesia. El padre, que murió hace un año, era monárquico, y dueño de la herrería del pueblo. Siempre había votado con don Abilio.

—¿Y él? ¿Qué oficio tiene? ¿Cómo es que está con nosotros?

—Sigue con la herrería. Está con nosotros sobre todo por odio a los fascistas y principalmente a Falange. Tenía en Rioseco una novia...

Lope comenzó a andar de nuevo. Resbalaba sordo y lento el paso silencioso de los guerrilleros. A Pedro le parecía más honda la noche y más desierto el campo. Allí, en aquella soledad, sentía la presencia de su padre, humanizada en la quietud oscura del valle, como si todo el aire se llenara de su vida y de su muerte. Pedro comprendía que el odio podía ser santo, sagrado. Prosiguió:

—El padre de la novia era socialista. Lo fusilaron junto a quince republicanos más al principio de la insurrección, en el 36. Hicieron que los familiares de las víctimas presenciaran la ejecución. La muchacha se salió de la fila y se abrazó al padre. No hubo fuerzas que la arrancaran de él. Ni los ruegos del mismo

padre. La gente se amotinaba, chillaba de horror ante aquella escena. El oficial, impaciente y rabioso, mandó fuego de repente y padre e hija cayeron juntos, acribillados por las mismas balas.

—Deberías hablar con ese compañero. Puede ser muy útil en el pueblo. Los demás, ¿tienen confianza en él?

—Tanta como yo. Se la ha ganado.

—Pues si tú no vuelves...

—Sí; voy a volver. Iré, daré un beso a mi madre, y antes de que sea día claro saldré para juntarme a vosotros.

—Eso me parece mal. Si vas para volver, no vayas. Es correr un riesgo demasiado grande. El puede decirle tu madre lo que quieras.

—Serán ahora las cuatro y media. No amanece hasta las siete menos cuarto. Atajando y con prisa, a las seis puedo estar de vuelta. Sé esconderme bien por esos caminos.

—A casi todos los que descubre la policía los encuentra bien escondidos.

Ya habían pasado la ermita. Era el punto de reunión con los demás compañeros, los que habían quedado como centinelas de los viajeros sobrevivientes. Les esperaron. A Lope le sorprendía no haber oído aún algún rumor de fuerzas destacadas para perseguirles desde los pueblos vecinos. Y estaba impaciente por partir. Antes del amanecer quería llegar a lo más bronco de la sierra, cerca del cuartel el general. Delante seguían avanzando los camaradas que conducían a los prisioneros que, con los ojos vendados, tropezaban torpemente al andar.

Parados allí, el frío les penetraba los huesos a Lope y a Pedro. Era un frío húmedo, y la niebla del río, que comenzaba a dormirse en el valle, lo apretaba sobre la piel, como compresas de algodón mojado. Lope sacó del maletín una botella de coñac, bebió un trago y la ofreció Pedro.

—¿Tú madre vive completamente sola?

—Con una hermana mía, viuda.

—¿No tiene para vivir otra cosa que tu trabajo?

—Casi nada más. A veces ganan ellas alguna peseta co-siendo.

—Te voy a dar algún dinero para que se lo envíes con el muchacho de la novia.

—No quiero dinero. No creo que en mi pueblo, si yo falto, dejen morir a mi madre sin ayudarla. Ese dinero, y todo, para allá arriba.

—Mira, ya están ahí— interrumpió Lope oyendo llegar a los camaradas. Diles a los que quieran volver al pueblo que se guarden y trabajen...

—Voy a ir yo mismo... resolvió súbitamente Pedro.

—Te digo otra vez que si es para volver me parece mal.

—¿Cómo no voy a volver? Antes de que sea día claro ya estaré de regreso, a algunas leguas de aquí, camino de la montaña...

Los ojos de Pedro se volvieron al cielo mientras hablaba. La niebla no le dejaba ver las estrellas:

—¿Tú llevas reloj?— preguntó.

—Sí.

Dando una chupada fuerte a un amargo cigarrillo de hojas secas, leyó Lope al resplandor de la lumbre la hora exacta:

—Van a dar las cuatro y media.

Cuando se esparció bronco y redondo el eco del reloj del Concejo más próximo —una sola campanada opaca, borrosa con la niebla— Pedro, apresurando el paso, ya caminaba solo hacia su pueblo.

La proximidad del amanecer iba penetrando con lívida claridad el aire oscuro de la noche. Cuando Rosario abrió la puerta del corral, el vientecillo del valle, buido y sutil, le dolió, estremeciéndola, en el rostro y las manos. Llevaba en estas un odrecillo para ordeñar leche y un candil de aceite. La llama se había puesto amarilla y con el viento el pábilo chisporroteaba extinguiéndose casi y desprendía un aliento pegajoso de sebo.

Refunfuñó Rosario: “¡tener que echarle sebo al candil!”. Y soplándole la llamita amarillenta lo dejó en el suelo y entró en la cuadra.

¡Poner los pies en aquel corral! Ya por el alba no despertaban los gallos para llamar al sol. Los suyos habían sido de los más madrugadores del pueblo y con su cacareo incitaban al alboroto a todo el averío del arrabal. Ahora solo le quedaban dos gallinas, dos cluecas conservadas por si alguna vez podía incubar una puesta. La ausencia del rocín había amontonado sobre el pesebre telarañas espesas y polvorientas. En un rincón, la cabra, rumiando, con la testa bañuda hacia el suelo, ponía dos puntos brillosos y dorados en la oscuridad del corral: miraba hacia Rosario, que iba a sacarle un poco de leche para tenerla caliente cuando regresara el hijo.

¡Cómo tardaba! Ella le había oído salir cuando apenas serían las dos. Oyó crujir bajo los pasos de Pedro las tablas de madera de los peldaños. Le sintió bajar de puntillas, y cómo se detenía un instante a la puerta del cuarto, para escuchar si ella dormía.

Rosario se estuvo muy quieta para no turbarle. Sabía que a esas lloras Pedro no salía al campo para la labranza; recordaba que por la noche, después de cenar, su hijo tenía el mirar grave y estaba silencioso y cerrado en sí mismo. Cuando volvió a oír los pasos y el gemir de la puerta de la calle cerrada sigilosamente, suspiró entre sus labios: —“¡suerte, hijo!”. Ya no pudo dormir. Se le alucinaba la vigilia de conjeturas que le desvelaban el cansancio y le arreaban el corazón. Y como una sombra que abre a cada instante obsesionada la puerta de un pasadizo de ensueños veía a su hijo caminar por la montaña, hacia el cuartel de las guerrillas.

Cuando resonó el eco lejano de la explosión, como un trueno inmenso de tormenta entre montañas, como un derrumbe de peñascos, Rosario se sobresaltó y vistiéndose después de prisa, pegó el oído a la ventana. Le pareció oír algún disparo lejano. Después el silencio iba alargando las horas, que redondas como grandes sombras, se cobijaban en su cuarto, cada vez que sonaban graves y lentas, en el reloj del Concejo, o con timbrada ternura de campana aguda, en el de la iglesia. Por la rendija de

la ventana los ojos impacientes de Rosario veían la primera claridad del alba.

Después de ordeñada la leche, mientras la calentaba al rescoldo de unos troncos que ardían en la llar, Rosario miraba el viejo reloj que había sobre la alacena. Si Pedro, como ella imaginaba, había ido hasta el puente del ferrocarril, y todo había salido bien, debería estar ya de vuelta. Porque desde que ella oyó el estruendo distante habían pasado dos horas. Atajando y a buen paso no se tardaba más de una. ¿Habría pasado algo?

Con los ojos chicos, oscuros y hondos; los labios delgados, pálidos y sumidos; quemada por el sol la piel del rostro enjuto, finamente ovalado, la cabeza ya canosa, enmarcadaida por un pañuelo negro atado con lazo de picos bajo la barbilla aguda, Rosario tenía una tristeza recogida y severa. El dolor le ponía un asombro inmóvil en toda la figura. Estaba sentada y quieta, con los brazos cruzados sobre el regazo, como si ya no hubiera de moverse nunca, como si ella, el alba, el silencio, todas las cosas fueran a permanecer inmutables hasta una hora desconocida y esperada, en la que todo volvería a nacer o se quedaría para siempre sin aliento, sorprendido por la muerte, como si Dios diese a todo una dura eternidad de piedra. Ella sentía ya su dolor como algo que dentro de su cuerpo se fuese convirtiendo en roca, apretada y seca. Dolor sin voz y sin lágrimas, con los ojos abiertos y la casa cerrada: así era su vida.

Se iban ahogando las estrellas en el primer resplandor del alba; iba creciendo el amanecer. Ya por los cristales barnizados de escarcha se biselaba la luz ajeno del día naciente. La cal blanca de la pared del zaguán lividecía con matices suaves de marfil casi traslúcido. La oscuridad de la noche iba disolviéndose en esa claridad de la aurora como una nube compacta y negra de tempestad, que se va desvaneciendo entre grises más tenues de otras nubes suaves, cuando el cielo se abre después de la lluvia. ¡Lentos amaneceres de Castilla, larga espera del alba, entre el sueño azul oscuro de los montes y la niebla de ópalo de los ríos, que se vuelve transparencia malva y esplendor rosado sobre la tierra, hasta que el día nace elevándose con la hoguera súbita del sol!

Aún era de leche y anís la luz, cuando gimió sobre las bisagras la puerta del corral. Rosario volvió la cabeza y antes que sus ojos le vieran, ya la voz de su hijo le sorprendía:

—¡Soy yo, madre!

Él, en pie y entero. Vivo ante ella. Rosario se yergue, y los brazos extendidos y abiertos hacen casi vuelo sus pasos hacia el hijo. Se estrechan ambos en silencio. Cuando Pedro, después de besar a su madre, se deja caer rendido en una silla junto a la lumbre, ella, en pie, le contempla abrazándole todavía con los ojos. Por primera vez desde hace años siente que se le humedecen, que se le van a llenar de lágrimas. Y los aprieta para no llorar. ¿Cómo iba a ponerse a llorar delante de aquel hijo?

Pedro miraba a su madre, tan dolorida, tan serena y tan fuerte, con tan hermosa dignidad por todo el rostro, con tal firmeza en el busto silencioso, y sentía, de pronto, que erguida, bañada de luz del alba, con el resplandor leve del fuego de la llar en los ojos, era como toda la tierra de Castilla, y se le fundía el cariño de su madre y el de la tierra para consuelo de su cansancio y aliento de su valentía.

—Siéntate, madre. Tenemos que hablar.

—He calentado leche para ti. Toma un tazón, que te hará bien.

—¿No ha venido nadie?

—Nadie. El mismo silencio de ahora, toda la noche. ¿Voló el puente, verdad?

—¡Volamos el puente, madre. ¿Oíste?

—¿Todo salió bien, hijo?

—Todo, sí. ¿Tú conoces a Andrés, verdad?

—¿El de la herrería?

—Ese. De los cinco que hemos ido al puente de la ermita él es único que se quedará en el pueblo. Los demás no tendríamos aquí vida segura ni trabajo posible... Si alguna vez necesitas algo, mándaselo decir. El no conviene que venga por la casa... El mismo Andrés cuidará de que no te falte lo necesario para sostenerte...

A todo asentía la madre inclinando la cabeza y sin decir palabra. El hijo calla. Están los dos sentados frente a frente, junto al fuego, rodeados de silencio. De cuando en cuando, se oye toser a Dolores. Por la ventana del zaguán entra una claridad más azul a cada instante. De la madre al hijo, de este a Rosario, van y vuelven fijas miradas que se quedan mudas, quietas, fundidas con el gran silencio de la casa y de todo el pueblo. No dicen nada. Están. La presencia de sus dos vidas late en la quietud con que se observan, mirándose para siempre, con la misma ansiedad del riesgo presentido.

—¿No quieres ver antes a tu hermana?— pregunta de pronto Rosario, rompiendo el silencio.

—No, madre. No la despiertes. Tú le dices, luego.

—Te vas allá arriba, al monte con los nuestros, ¿verdad?

—Sí.

Los dos escuchan en silencio, lentas, claras, hondas, como si cayeran sonoras en un lago, las seis campanadas del reloj del Concejo. Las remedan en seguida las horas agudas de la torre de la Iglesia.

En la lejanía del pueblo, se replican, ahondados por el silencio, el cacarear de un gallo y un ladrido obstinado. Cerca de la casa suenan con disimulo femenino dos viejas toses ancianas; casi como su eco se oye el susurro de los pies que se arrastran sobre las losas de la acera. Son dos beatas vecinas que hace medio siglo, todas las mañanas, a la misma hora, con la misma tosecita, van a la misa de alba. Cuando ya no se percibe el rumor de sus pasos, Pedro ruega a su madre.

—Mira si nadie ronda la calle, tras el corral, madre.

Y ella va lentamente hasta la puerta. Escucha unos instantes; y como no oye nada, abre un poco el postigo. Anda con tanto esmero de secreto, que ni su hijo oye sus pasos por el corral.

—No veo a nadie, hijo. Es como todas las mañanas. Parece que el pueblo se ha quedado solo.

—Sí. El pueblo se va quedando solo...

Rosario se aprieta los ojos con el dorso de las manos. Pedro se levanta, se abrocha la pelliza, deja la manta sobre la silla.

Desde que murió su padre, colgada de una alcayata de madera, está en el zaguán la capa de pardo paño recio y el sombrero negro de fieltro que él llevaba. Los ojos de Pedro detienen allí un instante la mirada. Luego los vuelve a la madre:

—¿Te sabría mal, madre...?

—No, hijo. ¡Ni a él le sabría mal tampoco!

Si no se le viera el rostro más joven, con aquellas prendas cualquiera diría que era Pedro Sanabria Olmedo. Rosario le mira lentamente: igual que el padre, hace treinta años.

—Si alguien preguntara por mí, madre, di siempre lo mismo: que esta mañana a las seis salí para Rioseco...

—Saliste para Rioseco, y no sé cuando has de volver. Todas las horas te estoy esperando, como si fueras a llegar. Y pasa un día y otro... Saliste para Rioseco una madrugada... cuando todo el pueblo dormía aún... Pedro yo sé que has de volver. Cuando haya un día de amanecer más claro... Suerte, hijo mío.

En un abrazo fuerte y largo, madre e hijo estrechan juntamente su pena y su esperanza.

Rosario ha cerrado cuidadosamente el postigo del corral. Los pasos de Pedro en la calle, que en ninguna oreja suenan, ella los oye con el corazón. Ya los estará escuchando toda su vida. Lentamente cruza el corral, cierra la puerta del zaguán, se sienta al lado de la lumbre, en la misma silla donde su hijo ha dejado la manta y la boina. En el piso alto, la hija tose. Rosario cierra violentamente los puños, mira con fijeza al fuego, y con los dientes apretados, solloza. Sobre el reflejo rojo de la llama en el rostro, un claro rayo de amanecer, desde la ventalla, ilumina la nieve de sus canas bajo el pañuelo negro de la cabeza.

Después de un largo rato, Rosario se levanta y se dirige a la escalera. Va a llevarle leche a Dolores, que sigue tosiendo allá arriba. —“Todo tiene que ser así”,— piensa Rosario. —“Hasta terminar con esta maldad. ¿Qué otra cosa podía hacer él, por su padre y por mí? Y ahora...”

En su pensamiento hubo una brevísima pausa, como si quisiera fijar bien clara la imagen de todos los días, uno tras otro,

de soledad y de espera. Y se dijo apenas con voz, plantada en la mitad de la escalera, irguiendo el cuerpo todo lo que podía:

—¡Ahora, soy la madre de un guerrillero!

Ya se doraba de luz el día. Por la calle, se oyó cruzar un rebaño de ovejas. Era uno de los rebaños de don Abilio. La voz del zagal cantaba:

Ya se van los pastores,
ya se van marchando;
más de cuatro zagalas
quedan llorando.

Rosario recordó la canción: ¡la había cantado ella misma tantas veces, de moza! Y la había oído luego a sus hijos, y a los mozos del pueblo, en las ferias y romerías. Pero ahora se llenaba de nuevo sentido para ella. Y subiendo los últimos peldaños de la escalera, mientras se alejaba en la calle la canción, ella se decía bajito la copla siguiente:

Lucerito que alumbras
los guerrilleros;
dale luz a mi Pedro
que es uno de ellos.

Pasaron varios meses antes de que Rosario tuviera noticias de su hijo. Ni los interrogatorios de la policía, ni las habladurías de las gentes del lugar, ni la pobreza, eran tan dolientes como la incertidumbre y el silencio que llenaba los días. Los primeros fueron los de mayor angustia porque así que crecía la mañana, todo el pueblo se llenó de comentarios sobre la voladura del tren, y hasta llevaron al hospital del municipio algunos heridos, y la guardia civil y algunos policías llegados de fuera comenzaron a hacer investigaciones. A Rosario la tuvieron varias horas presa e incomunicada; ella temía que hubieran seguido a Pedro y que lo hubieran matado por el camino. Cuando al cabo de algunas semanas volvieron a martirizarla interrogándole por el paradero de su hijo, se sintió aliviada: si le buscaban, es que no habían dado con él. Habría podido llegar hasta el monte, y reunirse con sus camaradas.

Al fin supo de Pedro. Estaba bien. Había sido en tantas ocasiones tan ejemplar por la valentía y la prudencia, que ya

era jefe de un destacamento de las guerrillas. No le llamaban Pedro, sus compañeros. Tenía un nombre que le habían puesto y que había ido creciendo para él hasta hacerse muy suyo, en la comunidad de combate en la cual había ingresado. Todo se lo contaba a Rosario una mujer de unos treinta años, que llegó al pueblo una mañana vendiendo cintas, hilo para coser, agujas y peines. La mercancía le servía solo de disfraz. Hacía apenas una semana que había visto a Pedro. Rosario aborbotonaba las preguntas. Sí; estaba grueso, y fuerte, y tenía una hermosa barba negra. Y de una cinta doblada dentro de una caja, sacó aquella mujer un papel y se lo entregó a Rosario, para que lo leyera y lo rompiera luego. Un papel de su propio hijo, sí. Con su letra. Lo leyó hasta tres veces seguidas. Y lo rompió luego —¡con cuánta pena!— y quemó los trozos en la lumbre de la chimenea. “Ten valor y esperanza” —le decían aquellos papelillos que ardían. “Adelante y recto, como decía padre ¿recuerdas?...”

Tres días después, en un combate sostenido por las guerrillas con la Guardia Civil, después de un asalto a la prisión de una aldea próxima, murió peleando Rodrigo de Arazona.

Rosario aún no sabe que Pedro Sanabria, allá en la montaña, se llamaba con ese nombre. Ha leído en los periódicos que la Guardia Civil ha conseguido matar a uno de los jefes más peligrosos de una partida. Ya hay una doble leyenda en torno a Rodrigo Arazona. La leyenda popular del héroe Arazona. La leyenda fascista del bandido. Rosario piensa que un día su hijo será tan famoso como Arazona. Los corazones de todos los españoles harán palpar sobre los labios las sílabas de ese nombre: Pedro Sanabria. Pero su hijo vencerá a la muerte. Volverá del monte un día de amanecer claro. Hacia adentro y sin voz, Rosario ruega por su hijo:

Lucerito que alumbras
los guerrilleros;
dale luz a mi Pedro
que es uno de ellos.

Muerte de nadie

Silencio de piedra dormida, humo quieto y verde de los árboles, cerrado o entoldado sueño; eso era la ciudad, y olvidada de vivir, vacíos los cauces lentos de las calles. Bajaba a oscuras y a tientes, desde las avenidas altas hasta los arrabales, y se quedaba arrodillada en los muelles del puerto, en el cual empezaba a respirar, movida por el alba próxima, una brisa que apenas rizaba el mar estancado.

Hacía ya más de un año que durante las noches —largas, densas, negras— ni el parpadeo de una luz silabeaba en el seno de la ciudad el rumor de su vida. Solo de tarde en tarde llegaba al puerto algún barco y se animaba la bahía con el velado resplandor rojo y verde de los faroles de rumbo; pero estos se apagaban tan pronto fondeaba la nave. Cuando el arrabal marinero retumbaba con el estrépito de las cadenas del ancla, parecía que la ciudad iba a despertar de súbito. Pero el silencio espeso de sueño volvía a reclinarsse en las sombras de las calles.

Eran barcos pequeños, vapores de pesca y viejos cascos de cabotaje, que navegaban costeramente. O bien, lanchas artilleras de las patrullas de vigilancia, que regresaban después del relevo de media noche. Los mercantes de subido tonelaje, o las grandes unidades de guerra, no solían fondear allí.

Solo Moulet, un viejo piloto ya retirado, siguió después del toque de queda paseando de noche por los muelles y las escolleras. Salía de su casa a altas horas y caminaba a tientes hasta la punta del muelle. Si alguna goleta atracada tenía la plancha tendida, saltaba a bordo, se sentaba en la orla, o en el cabres-

tante y fumaba una pipa. Recordaba sus buenos tiempos. Había navegado desde niño, y se retiró siendo capitán de un barco mercante que hacía la travesía del Pacífico. Ya viejo consiguió una plaza de piloto del puerto. Tenía cerca de setenta años. No se le conocían sino tres amistades: la pipa, un calafate anciano como él, que al jubilarse abrió un bar en el barrio marinerero y Blat, un perro lanudo y cegato, que le lamía las manos refunfuñando, cuando Moulet le acariciaba la cabezota pesada y tristonera.

Cuando cerraron el bar, de sus tres amistades solo le quedaron la pipa y Blat. No es extraño, pues, que Moulet fuera el único que una noche vio detenerse, a menos de un cuarto de milla de la escollera, la sombra oscura de un barco sin faroles de vigía. Se mantuvo un instante, proa al puerto, viró después un poco ladeado por la marea, y comenzó a moverse de costado y a la deriva, muy despacio.

De pronto, hizo sonar la sirena. Débil nota contenida y profunda al principio, fue creciendo hasta desgarrarse, aguda, y luego se hundió en el mar, grave y ululante; resonaba en invisibles caracolas de agua ronca, que alargaban el eco de su gemido. Como si toda el agua, de un verde casi negro, se convirtiera en voz incesante. Voz del unir, primero; luego, resonancia del aire, armonía oscura de los ecos. Hasta que desbordando el arrabal del puerto, rodó inmensamente por la ciudad y, más allá de las calles, por el campo. Y otra vez el silencio, en la soledad oscura.

Moulet sintió que aquella sirena le horadaba la vida. Todas las noches pensaba que habría de llegar un barco como aquel, detenerse ante el puerto y llenar el mundo con su voz desgarradora. Lo esperaba y lo temía; y no era presentimiento supersticioso. Es que no había podido olvidar lo que sucedió algunos meses atrás, cuando arribó hasta la embocadura del puerto otro barco mercante, probablemente igual al que ahora clamaba en el mar oscuro y sin horizonte de la noche. Fue una mañana de domingo, inundada de sol, bulliciosa de mercado. Aún no habían evacuado la ciudad. Moulet se encontraba en el bar de su amigo el calafate, fumando en silencio una pipa, mientras saboreaba a sorbos pequeños un vaso de ginebra. Hacía ya muchas semanas que no llegaban barcos de carga: el puerto se iba pareciendo

a un lago. Las grúas habían quedado con sus brazos de acero levantados, desperezándose en permanente ocio. Los estibadores paseaban lentos por los muelles, como los domingos, pero con ropas viejas y los rostros graves.

Cuando después de esperar unas horas en la rada, el barco fue remolcado hasta un dique del muelle, algunos se dijeron: —“por fin, habrá trabajo”. Se fueron agrupando los cargadores, acudió gente curiosa de la ciudad. Pero no había órdenes para la descarga. El vapor no llevaba mercancías: tampoco en los tingslados había nada que cargar.

Sonó a bordo una corneta militar. Formaron sobre cubierta unos soldados negros; las bayonetas destellaban brillantes al sol y su acero hería sobre cubierta la luz como sobre el mar el salto de los delfines.

Desde el cuartel del puerto otros soldados, llevando también fusiles con la bayoneta calada, bajaron de cuatro en fondo hasta la explanada del muelle. Moulet pensó que irían a relevar a las tropas de la guarnición. Antes de empezar la guerra lo hacían dos veces al año: llegaban en un mercante los soldados de la metrópoli, formaban sobre cubierta y cuando los del cuartel estaban ya preparados en el muelle, la banda militar tocaba una marcha, las compañías presentaban las banderas, se saludaban los jefes y unos bajaban a tierra y otros se embarcaban, mientras los oficiales gritaban sus órdenes. Pero con la guerra de allá lejos, probablemente habrían suprimido las ceremonias.

—Van a relevar— dijo Moulet a su vecino, un grueso cincuentón cariancho, almacenista de cordajes, conocido suyo, que contemplaba con la boca abierta la llegada de las tropas.

—O traerán más soldados...

Antes de que pudieran discutir sus conjeturas, llegaron las dos compañías de la comandancia, abriéndose paso entre la multitud, e hicieron alto frente al barco. Descansando los fusiles, giraron y se partieron en dos filas, espalda contra espalda. Cada columna, con el fusil apoyado en las caderas, avanzó hacia el público y obligaron a todos a retroceder unos metros de manera que entre las dos filas de la tropa quedaba un ancho pasadizo. Los oficiales y los soldados gritaban ásperamente: —¡atrás, atrás!

Moulet volvió a murmurar a su vecino:

—No es como siempre.

Y el tendero susurró, con la boca cerrada:

—Nada normal.

—Es la guerra— añadió Moulet.

—Pero aquí no hay guerra. La están haciendo lejos. A la gente se la llevan. No la traen.

—Ah, ¿qué sabe usted?— La guerra está por todas partes, y hay muchas clases de guerra.

Lo dijo sin gran convicción íntima, pero creyendo de ese modo mostrarle al vecino perspicacia y superioridad de piloto viejo.

Al hacerse hacia atrás, el público se había apretado compactamente. Se oía el rumor de sus comentarios en voz baja, y de cuando en cuando un silencio espeso, como una nube de algodones, tapaba todas las bocas.

—La gente habla y se calla como la resaca del oleaje en una caleta— murmuró Moulet.

Un soldado que le oyó, nervioso, le replicó bruscamente, mirándole con mal humor:

—Bueno, ¿y qué? ¿Tiene algo que ver eso?

Moulet se calló. No le gustaba discutir. Pensó hacia adentro: “el malhumor hace insolentes a los hombres cuando tienen un fusil entre las manos. Mala cosa”.

El comandante de la plaza se acercó al muelle y saludó al que venía al frente de la tropa recién llegada. Hablaron unas palabras en secreto. Se hizo entre la multitud un silencio estirado; todos hubieran querido oír aquellas palabras. Miraban cuchichear a los jefes; pero estos hablaban sin un solo gesto.

Tan pronto el comandante recién llegado volvió a bordo, la cubierta del barco se pobló de gente; de dos en dos hombres de raro porte subían de las escotillas de proa y de popa. Detrás de ellos, los soldados con los fusiles apoyados sobre las caderas. Tras pasar lista, vociferando empezaron a desembarcar. Eran hombres de muy diferentes edades, de diversa catadura, vestidos

andrajosamente ya de militar o de paisano. Llevaban colgados a la espalda, o en las manos, pequeños hatos de equipaje o maletas sucias y rotas, atadas con cordeles; algunos caminaban con el paso firme; los más con esfuerzo, doblegados, pero con el rostro alzado. Algunos, dolientes, se apoyaban sobre sus compañeros, para mantenerse en pie y avanzar. Estaban enfermos o heridos: como dos jóvenes que, apoyándose cuidadosamente en las muletas, descendían las pasarelas esforzándose por no caer.

Así que ese pasaje andrajoso iba concentrándose en el muelle, se espesaba el silencio de la multitud, deprimida por la tristeza que se desprendía de aquellos hombres.

Moulet los miraba con obstinación llena de asombro. Se preguntaba si eran prisioneros o gentes recogidas en las zonas devastadas por la guerra. La confusión entre jóvenes, ancianos, militares y paisanos, le desconcertaba. Toda aquella gente solo tenía de común el aspecto miserable.

—¡Extraña gente!— pensó en voz alta.

—Muy extraña. Por eso los traen custodiados— replicó el vecino.

Los soldados interrumpieron el diálogo: “¡Silencio! ¡Atrás!”

Cuando todo el cargamento humano estuvo sobre la aplanaada del muelle, el comandante gritó con furia:

—¡Atención! ¡Firmes!

Los desembarcados se apretaron en filas de a cuatro. Y antes de que el comandante tuviera tiempo de gritar de nuevo: —“¡De frente, mar!”— de toda aquella masa humana se levantó un canto unánime. La primera estrofa de La Marsellesa se agrandaba y henchía; más que un sonido era una llama ardiente, roja, crepitante, incendiando el aire que ascendía. Aquel fuego de voces quemó los pechos de los espectadores que hasta entonces habían contemplado en silencio el desembarco. Hombres y mujeres comenzaron a cantar y gritar. Los versículos de La Marsellesa eran un coro robusto: crecían como una arboleda sonora, azotada por un gran viento.

Sobre el cántico resonó de pronto un clarín militar. El comandante de la fuerza avanzó hacia uno de los desembarcados y lleno de cólera le dio un puñetazo en la boca. No se movió el cuerpo del forzado. Le bamboleó un poco la cabeza y de su garganta, más ronco, empapado en un borboteo de sangre, siguió manando el versículo de La Marsellesa. Hubo un rugido de rabia en la multitud. Moulet sintió que el puñetazo le había herido a él mismo. Pero cuando quiso revolverse ya no pudo. A culatazos unos soldados hacían retroceder a la multitud, mientras otros, imitando al comandante, agredían a los desembarcados. Uno de estos consiguió escalar una farola del muelle y asido a ella, dominando a todos, gritó:

—Estamos condenados por amor a la libertad. Nos llevan a morir al Sahara, por luchar contra el fascismo. Compañeros...

No pudo terminar la frase. Sonaron unos tiros y él cayó al suelo. Le saltaba la sangre del cuello; la fuentecilla roja, muda, gritó más que su voz.

Entonces fue cuando Moulet se sintió empujado por los espectadores que estaban tras él y, perdido el equilibrio, resbaló dando de bruces contra un soldado. Este le rechazó violentamente de un puñetazo sobre el pecho. A Moulet se le llenaron los ojos de niebla y sangre. No veía ya nada. Sentíase derrumbado y percutido por una marea humana. En los oídos le estallaba el seco tableteo de los tiros, que poco a poco se fueron distanciando, hasta apagarse. Cuando comenzó a recuperar el sentido, hallóse solo, sentado en un banco, en la avenida del puerto. Estaba terminando ya la tarde. Le dolían los músculos de todo el cuerpo. Se palpó. No estaba herido. Lentamente comenzó a caminar hacia el bar del calafate. Estaba cerrado. Sobre la puerta metálica una esquila decía: “Por orden del comando militar”. Toda la ciudad estaba desierta. Moulet caminaba a solas por las calles, repitiéndose: “por orden del comando militar”. Encendió su pipa. Volvió hacia el muelle. Había algunas parejas de soldados y policías armados. Uno de ellos se le acercó y le pidió los papeles de identidad. Sacó Moulet su carnet de piloto del puerto.

—Está bien— dijo el policía. Vaya a que se lo sellen en la comandancia.

Así lo hizo. Todos sus documentos quedaron en regla después de un corto interrogatorio. Al salir de la comandancia, un teniente que había sentado en la puerta y al que Moulet conocía de llevarle contrabando en la lancha de prácticos, le saludó complacientemente y le explicó:

—Hubo esta mañana veinte muertos y cincuenta heridos. Ya se llevaron al Sahara a toda esa chusma que trajeron por la mañana. A los levantiscos de aquí también se deportará o se les guardará en la cárcel. Así no les quedará ganas de cantar La Marsellesa con los presos.

Y enlazando los dedos de ambas manos las fue cerrando como una argolla, igual que si estrujara entre ellas la respiración de la ciudad.

Moulet todavía paseó aquel día varias horas por las calles desiertas y solitarias. Al principio, una sensación de horror y de angustia no le dejaba pensar. Le dolía por dentro, en la frente, una obstinada voluntad de comprender. Le escocía en el pecho agobiado un sentimiento duro de rencor. Nunca había reflexionado en lo que él llamaba política. Creía que la política era cosa de gente de tierra, de la ciudad. Y no le interesaba. Porque él era hombre del mar. “El mar —decía— es mi tierra”. Le gustaba la frase y la repetía con frecuencia. Pero no por alarde de ingenio. Se le ocurrió porque era verdad, su verdad. El mar para él era la libertad, el horizonte sin vallas, el camino abierto. En el mar, durante su vida de navegante, había hecho sus mejores amistades. “En el mar —decía también Moulet— el hombre es más hombre que en la tierra”. Había acabado por despreciar casi todas las cosas, menos al mar, al calafate y a Blat.

Y hacia el final de su vida, le empezaba a crisar el rencor. Comprendió que aquella mañana, en la cual había perdido a su perro Blat, se había cometido un crimen contra el hombre. Allí, frente al mar. Y desde entonces empezó a temer que el crimen se repetiría. Pero de noche. A oscuras.

Aún traerían a la ciudad, vacía de sí misma, a más hombres que, como él, amaban la libertad. Hombres libres encarcelados.

Y los llevarían escoltados y custodiados tierra adentro, al desierto, a morir entre la arena.

Y por eso iba Moulet todas las noches al puerto y vio primero que nadie aquel barco oscuro que, delante de la boca de los escolleras, viraba poniendo la proa al viento.

Tres Pedros

I

Pedro tuvo muchos oficios y en todos los que ejerció, unas veces le fue bien y otras mal. En verdad, ninguno le importó mucho. Los había escogido al azar u obligado por muy diversas circunstancias. Hasta que tuvo treinta años, estas le habían impedido ser lo que de verdad era; se sentía nacido para alfarero. Construir alguna vez un ánfora perfecta, un ejemplar maravilloso de búcaro, un cántaro de formas tan armoniosas que sus curvas pareciesen tan claras y hasta delicadamente sonoras como el agua de las fuentes más puras, he ahí el ansia que Pedro había sentido desde la niñez.

Cómo le nació ese anhelo ni él mismo lo comprendía; pero estaba seguro de haber tenido desde hacía años la certeza de que modelar un ánfora hermosa sería como modelar su propia vida y que esta no tendría hechura y armonía hasta que no se realizara en el ánfora soñada.

Cuando Pedro llegó a la madurez de su juventud —treinta años son como una vela henchida de viento para navegar sin temores por todos los mares— advirtió con tristeza que le faltaba viento a su vida, que esta no era de lienzo blanco y recio sino de trapo burdo y que, mal timonel de sí mismo, no había puesto la proa de su voluntad hacia tierras donde los días fuesen más luminosos que los que él había ido malgastando. Después de haber ejercido muchos oficios era, como todo hombre de muchas faenas, un pobre diablo. Beneficios de ese andar de una en otra cosa, ninguno. Sí; como vulgarmente se dice, hombre sin

oficio ni beneficio; que es tanto como no ser hombre de carne y hueso, sino pelele. Eso era Pedro; al menos, tuvo el valor de reconocerlo: un pelele.

¿Y la ilusión de toda la vida? ¿Y el ánfora? Viéndose tan desvalido de fortuna, con la certidumbre de que no podía seguir perdiendo su propia vida, decidió al fin —al fin de esas decepcionadas reflexiones de sus treinta años— al buen tun tun y como fuese, realizar su sueño. Tenía que ser alfarero. Ingresó como aprendiz en un taller de vasijas de barro. El oficio era duro. Tuvo que pasar muchos días elaborando las mezclas de tierras, arcillas pegajosas y resquebrajables, que se resistían a la forma; después, cuidar de esas mezclas, humedecerlas, removerlas en las balsas; luego, apelonarlas, en pequeños cilindros para entregarlas a los modeladores en las grandes plataformas giratorias; más tarde, horas y horas de sujetar el barro en el torno; posteriormente, poner en el horno las vasijas ya labradas, vigilar su cocimiento con temperaturas mantenidas cuidadosamente a los mismos grados y, ya cocidas, secarlas a la intemperie y barbizarlas y volverlas al horno, para luego pintarlas y otra vez a cocer y airear. Cada labor era tan minuciosa y lenta que en su aprendizaje empleó semanas y semanas. Ya llevaba un año de aprendiz y sentíase incapaz de labrar el ánfora soñada. Mas, como era hombre de voluntad, al menos de esa encendida voluntad de llamarada intensa con que encienden los soñadores su alma para forjar en vida las ilusiones o morir con ellas, un día escogió la arcilla más suave de las balsas, modeló con esfuerzo una esbelta ánfora, la sometió a todas las operaciones necesarias para que se conservara sin resquebrajamientos... Cuando al día siguiente de este afán contempló su obra se avergonzó de la fealdad de la vasija. ¡Qué mal empleo había dado a un año de esfuerzos y una vida de sueños! Cogió el ánfora entre los manos para estrellarla contra el suelo. Se le anudó la garganta de angustiosa pesadumbre. Se contuvo, reteniendo entre los brazos aquel feo barro hueco y panzudo, sin gracia ni hermosura. Estuvo un momento en pie, como absorto. Se le rendían los brazos con el peso del cántaro. Tenía ansias de llorar. De súbito, cargó el ánfora sobre su hombro, como se carga un madero... Fue caminando muy despacio desde el taller hasta el río; pensaba arrojarla en la presa de un molino cercano a la alfarería.

Allí se iría rompiendo entre las guijas, golpeada por la fuerza de los chorros del agua espumosa. Mientras se hundiese, él oiría en la garganta del ánfora el glú glú de las burbujas, como un quejido. Caminaba con paso muy cansado. Aquel tinajón, porque más parecía un tinajón que un ánfora, vacío, le pesaba sobre los hombros como si fuese su propia vida, también vacía y deforme, que llevaba ya a cuestas, sin ilusión tras su fracaso.

Bajaba, titubeante el paso, por un senderillo rocoso e hísido. Se le nublaban los ojos de cansancio.

Ya al borde de la represa, cuando alzaba el ánfora entre sus brazos y tras mover estos hacia atrás los adelanto fuertemente con el impulso de lanzar su obra imperfecta —que era tanto como lanzar su vida— ¿lo pensó acaso un instante, ese en que sus brazos se tendían?— se desprendió una piedra en que tenía apoyado el pie derecho y el ímpetu con que distendió todo su cuerpo para arrojar el ánfora le hizo perder el equilibrio y cayó, con el ánfora entre las manos, a la represa. El torbellino del agua arrastró a Pedro y su ánfora. La vasija hacía glú glú; hundiéndose en el río, la garganta de Pedro hacía gló gló.

II

Pedro tuvo muchos oficios y en todos los que ejerció, unas veces le fue mal y otras bien. Por su gusto no hubiese elegido ninguno de los que tuvo que seguir para asegurar su mantención. Como su padre era albañil, desde niño trabajó entre ladrillos y argamasa; emigrado de su tierra natal, había vivido, desde los 18 años, de paso por varios países. En ellos fue carpintero, pintor decorador, chofer, camarero, fotógrafo, vendedor ambulante, cómico. En ninguno de estos oficios hizo nada notable. Se le desmadejaba su vida de cosa en cosa como se le perdía de tierra en tierra. Siempre de paso. Hasta que llegó a tener la sensación de que, en la vida misma, estaba de paso. ¡Ah, si él hubiera podido ser lo que de veras quería!

No todo hombre sabe lo que quiere ser. Ni siquiera si quiere ser. ¿No hay muchos que parecen muy asentados y no piensan que vivir es hacer algo determinado con la propia vida y la emplean totalmente en el juego o afán de ese quehacer? Pues,

de contrario, Pedro, condenado a vivir de paso, era de los que saben que andar de paso por tierras, cosas u oficios es pasar por la vida sin estar en ella. Y él quería estar. Sabía que elegir un modo de estar es ser, y que ser sin modo de estar elegido no pasa de existencia de traje en maniquí o más exactamente aún, colgado en percha.

Claro que él quería hacer de su propia vida obra perfecta; no imperecedera o eterna, puesto que le llegaría la muerte, para avisarle de haber o no vivido, cuando le fallara un tic o un tac de su corazón; pero por eso mismo, porque siempre había pensado en que la vida se acaba sin plazo fijo y en día inesperado, quería tenerla acabada, hecha, realizada como obra útil y hermosa en cualquier instante en que la muerte pudiera venir a decirle que se le había terminado el tiempo de trabajar en su vida como el escultor trabaja en su mármol. A veces, reflexionando sobre esto que él llamada *el destino de cada uno*, solía decirse: la vida es un trabajo que tenemos que tener hecho a cada momento, porque no sabemos cuándo se nos vence el plazo para entregarlo. Pedro era así. Y además, le parecía que ese era el único modo de ser hombre. Y lo que más quería él, con ese querer más algo que es no renunciar nunca a ello y darlo todo por su logro o por el trabajo de lograrlo, lo que más quería Pedro, su algo supremo, era la hombría.

De niño, Pedro, que había pasado algunos años en la Escuela de Artes y Oficios de su pueblo, iba los domingos con su maestro al Museo de las antigüas. Le impresionaba más que todas la sala de arte griego y, de esta, una colección de ánforas. Ninguna era tan hermosa como una de un barro alazán, delicadamente pulida, ceñida por el simple adorno de una greca que como sarta delicadísima le abrazaba el cuello. Era este muy delgado y se abría en lo alto como boca de pichel, en forma de lirio. Se abultaba en su centro suave y proporcionadamente, con sensualidad de caderas de mujer joven y desnuda. Era tal el prodigioso equilibrio de esta ánfora que, con tener muy delgada su base, se sostenía con afirmada seguridad gracias a la justa distribución de su volumen. ¡Pensar que aquella prodigiosa hechura tenía más de dos mil quinientos años y estaba allí, como si dentro de ella viviese todavía el frescor dulce de la hidromiel,

dando aliento y hasta figura de aromas a la tersa y ovalada cerámica de su redondez casi femenina!

Jamás había olvidado Pedro, a pesar de su vida trajinada y de sus muchos oficios, la visión de aquella ánfora. Y no la olvidó porque desde que la viera pensó que él podría ser alfarero y lograr, al cabo de años y años de artesanía abnegada y paciente, una obra así de perfecta. Ello hubiera sido tanto como hacer de su propia vida, con igual perfección, un ánfora armoniosa donde guardar, a punto siempre de derramarse con lozana frescura, su alma educada en la paciencia de la obra imperecedera.

Como el ajetreo de su vivir no le permitió nunca tener taller, ni hallar trabajo en alfarería alguna, desde los veinte años había comenzado a aprender el oficio consagrándole lo mejor de su devoción de hombre enamorado y lo más de su tiempo ocioso en faenas de esas que precisan para el sustento. En todos los lugares donde había vivido y en cualquier rincón de su cuarto, ponía Pedro una mesa sencilla y sobre ésta los trebejos de artesano alfarero y el ánfora en la que diariamente trabajaba para que fuese bella y duradera. No faltó quien le considerase un maniático. Es que sobran gentes que consideran manía el afán perenne de consagrar cada día lo mejor de nosotros mismos al empeño de lograr, no se sabe cuándo ni cómo, algo, por muy poco que sea, perfecto.

Pues de los veinte a los cincuenta años Pedro trabajó en su ánfora. ¡Qué tozudez de ilusiones, qué brío de esperanzas, qué fortaleza ante los desengaños —barro partido, barniz agrietado, asa quebrada, días sin horas para el ocio, semanas en las cuales hubo de vivir sin techo, durmiendo bajo puentes o en portales, siempre velando el ánfora, guardada junto a él con fervoroso esmero o ansia angustiosa contra los peligros de perder o romper su vasija cada vez comenzada de nuevo!

Ya al final de la vida de Pedro, que llegó algunos años después de haber doblado los cincuenta y cuando menos él esperaba su tránsito, el ánfora se parecía a la que él recordaba desde niño. Una mañana de domingo, sentado en una silla, buscaba afanosamente con ojos que hacían brillar el deseo y los cristalinos de las gafas, un descuido que corregir, un barniz que acentuar, y meditaba si esculpiría un nuevo adorno... De pronto

sintió que la vista se le nublaba un poco. Se quitó las gafas, alzó los ojos que volvió hacia la ventana de su cuarto, por donde se asomaba un cielo de azul claro y transparente. No lo vio azul. Era de un gris cada vez más claro. Apenas sintió que le faltaba la luz y le subía una breve congoja a la garganta. Se le dobló la cabeza sobre su mesa de trabajo. Su frente tropezó con el ánfora, que cayó al suelo. No se partió.

Al cabo de varios días de la muerte de Pedro alguien recogió el ánfora y quiso llenarla de agua. No servía como recipiente. Por un agujerillo de la base el agua se salía, con un chorrito muy fino y delgado que brilló al sol como hilo de plata.

III

No voy a deciros cómo era Pedro. Le conocí poco antes de su muerte. Tuvo una vida desafortunada. Creo que su edad pasaba poco de los cincuenta años. Quizás sus muchas desventuras fieles y sus pocas venturas tornadizas le habían envejecido prematuramente; ya aparentaba sesenta.

Había tenido muchos oficios y en todos los que ejerció, unas veces le fue bien y otras mal. Todos sin embargo los había hecho con amor, porque como él decía, “hacer algo, sea lo que sea, es hacerse a sí mismo. Y eso es la vida; hacerse”. En sus últimos años solía decir también: “Quisiera hacer algo perfecto; pero no solo”.

No es que temiese a la soledad, a encontrarse a sí mismo buscándose en lo más hondo de su conciencia para hallar en ella la voz íntima de su propio vivir. Algunas horas del día Pedro se encerraba en su habitación o iba a las afueras de la ciudad y, las manos cruzadas en la espalda, caminaba por la carretera, sombreada de laureles. Solo. Si se preguntaba qué hacía durante esas horas respondía: “escucho mis pensamientos”. Pero la soledad era para él un remanso, bien último y merecido fruto del trajín diario lleno de afanes muy diversos: los del trabajo para el sustento propio y los que ponía en batallar, junto a sus compañeros de faenas, por lo que él consideraba mejor para el bien de todos y enaltecimiento del hombre.

Pedro había nacido para ser un gran artista; le hubiera gustado ser pintor, o escultor, o poeta. No tuvo tiempo ni medios para lograrlo. Hubo de trabajar en muchos oficios además del suyo, el que mejor aprendió, que era el de zapatero. A veces pensaba que también como zapatero hubiese podido ser un gran artista. ¿Pero cómo? Ya no eran los suyos los tiempos de la artesanía cuidadosa. La industria del zapato convertía al hombre en un asalariado que hacía separadamente pequeñas piezas de cada zapato, en serie. ¿Y cómo pedirle a ese hombre, que haga una obra de arte si además vive mal de un jornal exiguo y mientras se enriquece el dueño de la fábrica él carece de horas libres y descansadas para visitar un museo o leer un poema?

A pesar de estas desventuras y otras que trae consigo la pobreza del asalariado, Pedro no renunció a enaltecer su vida. “Hay que vivir trazándose una norma de conducta”— decía; y se esforzaba porque su norma fuese justa y bella. Pensaba que la vida es como una flecha que disparamos hacia un blanco elegido. Hay que apuntar alto y bien.

Algo parecido le había oído decir a un amigo suyo. Era un humilde alfarero, que trabajaba en un pequeño obrador propio, en las afueras de la ciudad. Hacía macetas y jarrillos de barro y los vendía en los jardines y tiendas de flores. Cocía él mismo sus tiestos y búcaros y los decoraba luego pintándolos. Mostró una vez a Pedro una anforilla en la cual trabajaba desde hacía mucho tiempo, y como Pedro le preguntara por qué se entretenía tanto en esa labor le respondió: “quiero que por lo menos una de mis ánforas sea perfecta. Veremos si lo consigo. Uno tiene que hacer así las cosas: con amor de perfección. Al fin y al cabo, hacer un ánfora bien hecha es como labrar la propia vida. La vida hay que hacerla también como yo hago esta ánfora”.

Fueron estas palabras las que le sembraron a Pedro el deseo alfarero. Un día decidió ir al taller de su amigo y empezar el trabajo. Eligió el mejor barro, compró palillos finos para labrar los adornos de arcilla, puso el mayor esmero en modelar sobre el torno de mano la forma del ánfora, que copió de un grabado de arte cretense. Sería la suya un ánfora esbelta y grande; solo con mirarla habría de sentirse la belleza de una flor

de alto tallo, el aroma de un perfume bien guardado, el fáustico sabor de un vino ligero y alegre, la vida en suma y la felicidad.

No comenzó inmediatamente su obra. Pasaron meses hasta que se adiestró en el oficio. Y el día en el cual iba por fin a tomar su barro elegido para modelarlo, su país entró en la segunda guerra mundial. Pedro fue movilizadado, a pesar de su edad.

No desistió de su propósito. Cuando llegara la paz, podría otra vez intentar la fabricación de su ánfora. Pensaba que fuese, por su forma y sus dibujos, emblema y símbolo de sus esperanzas de libertad y justicia en el día de la paz.

Pero apenas terminada aquella guerra había comenzado la preparación de otra. Pedro sintió la necesidad de seguir una nueva batalla: la batalla contra la guerra, la batalla por la paz. ¿Y el ánfora? Ah, el ánfora era también la paz. Porque había de ser como la vida. ¿Y para qué querían los hombres la paz, sino para vivir? ¿Y qué es vivir sino un constante hacer cosas y principalmente las soñadas?

La vida jornalera de Pedro se hizo mucho más difícil de lo que ya era antes de la guerra. A veces carecía de trabajo. Otras era perseguido por defender la paz. Así pasaban meses sin que pudiera consagrarse a su ánfora. Cuando sus amigos preguntabanle por ella, aunque durante muchas jornadas no hubiese ido al taller, respondía: “estoy haciéndola”. Y si advertía algún asombro ante la respuesta: “Sí, estoy haciéndola —insistía. Todo lo que hago, todo lo que me sucede, todos nuestros esfuerzos son barro de mi ánfora. ¿Acaso pensáis que esta podría ser bella si no estuviese hecha de todo esto que es nuestra vida? Yo amo mi ánfora; quiero que sea perfecta. Por eso pienso poner en ella todo lo que amo”.

Y todos los momentos de su ocio y de su soledad o las horas de su esfuerzo jornalero los consagraba, en su trabajo, en ansias o en pensamiento, al ánfora. ¡Qué largo afán!

Desde elegir la greda y mezclarla con caolines y anilinas escogidos hasta amasar las mezclas, buscar los barnices, insistir una y otra vez en el modelado, pulir una superficie con mayor delicadeza, dejar otra un poco menos labrada. Y luego, con la misma paciencia artesana, dibujar los adornos en el papel,

trasladarlos calándolos a las grecas, reproducirlos en la materia noble de su alto vaso. Todo lo que hacía como acariciando la materia a la cual imprimía su voluntad de forma. Sí; con ternura de caricia: que todo cuanto se hace con amor, hecho está con caricia. Sus pulgares cuidadosos y forjadores o el índice leve pasado casi sin rozar por un borde áspero de alguna estría abierta por la gubia, parecían besar la cerámica. A alguien que le dijo zumbonamente: —“no te falta más que besarla”, Pedro, que tenía un modo muy suyo de hablar, le respondió muy grave: “el beso es una forma de creación y vida y yo no quiero un ánfora muerta”.

Pasaron muchos meses más antes de que Pedro diera por terminada su ánfora. Cuando creyó alcanzada toda la perfección que podía salir de sus manos la encerró en una caja que había construido especialmente para transportarla. Envuelta entre algodones y paja la llevó a su habitación. Ya tenía preparado un soporte de hierro para colocarla en una esquina de su cuarto. ¡Cómo embellecía, ennobleciéndola, la soledad y simplicidad de la alcoba! Podría servir el ánfora para tantas cosas: guardaría fresca el agua limpia, o un vino aromático, o miel. Porque Pedro quería que el ánfora sirviese. No solo por su hermosura había de ser perfecta, sino también por su utilidad. Contemplaba Pedro el ánfora, pensando que también podría poner en ella ramos de flores espléndidas, y sonreía como ante una promesa de felicidad.

No pudo sin embargo cumplir sus sueños. A los pocos días se enfermó. Fue una tarde, al volver del trabajo. Fue tan súbito su malestar que ni tiempo tuvo para llamar a un vecino avisando de su mal y pidiendo el socorro de un médico.

A la mañana siguiente los vecinos hallaron a Pedro, yacente sin vida en su cama. Tenía una de sus ánforas cerca de su lecho y las manos abrazadas al esbelto talle de su obra. Debió de buscar en aquella esbelta forma toda la vida que había puesto en ella. Llegó, con el juzgado, un médico. Puso este el oído sobre el corazón de Pedro y comprobó que ya no sonaba: ni un latido, ni un tic-tac. Pero el alfarero del humilde taller, poniendo el oído sobre el cuello de todas las ánforas, oyó que sonaban como el viento o el mar. Estaban llenas de vida.

Índice

| | |
|------------|-------------------------------------|
| 5 | Prólogo |
| 13 | Prólogo a la primera edición |
| 21 | Peregrino sentado |
| 35 | Cazador de su muerte |
| 50 | Olvidado de su sangre |
| 64 | Juan de la tierra |
| 87 | Amanecer |
| 116 | Muerte de nadie |
| 124 | Tres Pedros |

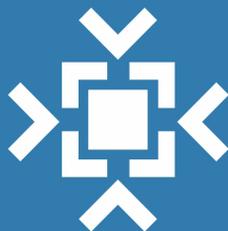
La primera edición de *Fábula y vida* fue publicada por la Universidad de Oriente en 1955. Juan Chabás Martí (Denia, Alicante, 1900 – La Habana, 1954), escritor español, fue recibido por esta joven institución de Educación Superior como miembro de su claustro en condición de profesor de Literatura Española, en la Facultad de Filosofía y Educación de 1949 hasta 1954. El texto formó parte de la colección que publicaba la Dirección de Extensión y Relaciones Culturales. Estuvo al cuidado del Dr. José Antonio Portuondo, destacada figura de la crítica literaria en el país. Los referentes de Chabás pueden ubicarse en la Generación del 98 y entroncan con la modernidad de la Generación del 27.

La lucha de guerrillas, la resistencia española durante los años de Guerra Civil, el flujo de conciencia de un personaje muerto que recuerda a ratos su vida; la lucha de clases, la vida rural, el amor y los celos... son algunos temas de *Fábula y vida*. Expresa la actitud vital de Juan Chabás y su concepción del mundo. La estructura narrativa escogida es sencilla, directa y lineal. El tiempo es cronológico con escasas retrospectivas. Los cuentos descubren “su recia personalidad [...] su profunda ternura que acaricia hombres y cosas y modela el paisaje con plástico deleite de pintor o mosaísta. Maneja por igual los tonos brillantes y los sombríos de la paleta. Pinta la atmósfera con habilidad de buen impresionista”.

ISBN:978-959-207-701-0



9 789592 077010



Ediciones UO